
CONEJO MALDITO
BORA CHUNG
2ª ed.
ALPHA DECAY



Bora Chung (Seúl, 1976) es escritora y traductora. Ha publicado varias novelas y colecciones de relatos, y ha traducido al coreano varias novelas rusas y polacas. *Conejo maldito* es el primero de sus libros traducido al castellano; en 2022, la edición inglesa traducida por Anton Hur quedó finalista del prestigioso Booker Prize.

Bora Chung

Conejo maldito

Traducción del coreano de Álvaro Trigo Maldonado



ALPHA DECAY

CONTENIDO

CONEJO MALDITO

Mi abuelo solía decir: «Los objetos que van a contener una maldición deben ser hermosos».

Y la lámpara, que tenía la forma de un conejo sentado bajo un árbol, era muy bonita. La parte del árbol se veía algo falsa, pero se notaba que habían puesto verdadero empeño en hacer el conejo. La punta de sus orejas, la de la cola y los ojos eran negros y el resto de su cuerpo blanco como la nieve. Aunque estaba hecho de un material duro, los labios rosas y el pelaje esponjoso parecían suaves al tacto. Cuando se encendía la lámpara el conejito brillaba como si en cualquier momento fuese a mover las orejas o arrugar la nariz.

«Todo objeto tiene una historia y esta lámpara maldita con forma de conejo también la tiene». Sentado en el sillón junto a la lámpara, mi abuelo me contaba la historia que yo ya había oído un montón de veces.

La lámpara había sido fabricada para un amigo suyo.

No está permitido crear objetos malditos para uso personal. Tampoco se puede utilizar objetos destinados a la venta para maldiciones personales. Estas reglas no escritas se han transmitido de generación en generación en nuestra familia, que se dedica a la fabricación de fetiches malditos. Este conejo, sin embargo, era la única excepción.

—La familia de mi amigo se dedicaba a destilar bebidas alcohólicas —dijo mi abuelo—. ¿Sabes lo que es destilar alcohol? —añadió.

Por supuesto que lo sabía. Había oído esa historia muchas veces, pero mi abuelo nunca me dejaba responder.

—En otras palabras, es producir licor. En aquella época tenían la mayor destilería de la región. Hoy día es difícil encontrar empresas familiares dedicadas a eso, pero en aquel entonces su fábrica daba trabajo a casi todo el barrio. Por eso eran muy queridos por la comunidad.

Mi abuelo no recordaba cómo se hicieron amigos el hijo de una familia tan respetada y él, en cuya casa se fabricaban fetiches malditos.

—La verdad es que no lo recuerdo —me decía siempre.

Oficialmente éramos una familia de herreros. Así, fabricábamos o reparábamos aperos de labranza y herramientas de metal por encargo, pero todo el mundo en el barrio, incluidos los niños, sabían a lo que nos dedicábamos realmente.

En aquella época, las actividades que actualmente reciben el respetuoso término de «ocultistas» —chamanismo, adivinación o servicios funerarios— eran despreciadas por todo el mundo. Se trataba de una discriminación injusta, pero así eran las cosas. La familia de mi abuelo, o mejor dicho, mi familia, ni siquiera estaba en el nivel de la clase más baja. La gente no sabía cómo clasificarnos. No éramos chamanes, no celebrábamos rituales a cambio de dinero, tampoco adivinábamos el futuro ni nos dedicábamos a preparar los cuerpos para los funerales. Se sabía que nos dedicábamos a algo relacionado con el ocultismo, pero nadie se atrevía a decirlo en voz alta y de cara a la galería regentábamos una herrería. Además corría el rumor de que quien se cruzara en nuestro camino se arriesgaba a que le echásemos una maldición. Mi familia jamás habría utilizado un fetiche maldito con alguien al que conociéramos personalmente, pero nuestros vecinos ignoraban nuestras reglas, y aunque las hubiesen cono-

cido, no nos habrían molestado por si acaso. De todas maneras, se mantenían alejados de nosotros.

—Pero a mi amigo no le importaban esas cosas —recordaba mi abuelo una y otra vez.

A ese amigo le daban igual los rumores que corrían por el pueblo, los cuchicheos, las miradas aterradas y a la vez curiosas de los vecinos. Para él, todos los niños del barrio que iban a la misma escuela y tenían edades similares eran amigos y la profesión de los padres no era razón para dejar de jugar con alguien. Y así, gracias a la amistad del hijo de aquella familia rica, con tierras e influencia, mi abuelo terminó siendo aceptado por el resto.

—Sus padres eran buenos e inteligentes —subrayó una vez más mi abuelo—. El dinero y el poder nunca les sirvieron de excusa para tratar mal a la gente; saludaban con una reverencia a cualquier vecino del barrio y siempre estaban dispuestos a echar una mano en las bodas y los funerales.

Además, los padres de su amigo eran lo que ahora llamaríamos empresarios innovadores. Empezaron destilando de vez en cuando para los vecinos y pronto supieron estandarizar y modernizar los métodos de producción para primero ampliar su red de ventas a otras regiones y más adelante a nivel nacional. Con el estallido de la Guerra de Corea huyeron al Sur como todos, y al regresar se encontraron con la destilería arrasada y el pueblo en ruinas. Lejos de desanimarse, decidieron aprovechar la ocasión para volver a empezar, esta vez con un sistema de producción verdaderamente moderno y estandarizado.

El amigo de mi abuelo comprendía las ambiciones de sus padres y se tomaba en serio el negocio familiar.

—Pensábamos que, como iba a heredar el negocio, estudiaría empresariales en la universidad, pero se especializó en ingeniería. Dijo que quería investigar cómo hacer vino a gran escala con arroz fermentado, pero que conservara el sabor del destilado de forma artesanal. ¡Un chico de dieciocho años diciendo que con-

quistaría el mundo con los licores de su familia! ¡Eso sí que era tener las cosas claras!

Pero la nueva política alimentaria nacional echó por tierra sus planes. El gobierno insistía en que Corea debía lograr la autosuficiencia en el suministro de arroz, por lo que se prohibió su uso para fermentar bebidas alcohólicas. El método tradicional —consistente en echar agua sobre una mezcla de arroz cocido al vapor y malteado y dejar que fermentara— fue sustituido por un alcohol barato que inundó el mercado. Para que fuese bebible, las empresas añadían agua y saborizantes artificiales.

Al amigo de mi abuelo se le cayó el alma a los pies, pero no se rindió. Era el último descendiente de varias generaciones de artesanos destiladores y poseía conocimientos especializados en ese campo. Aceptó la política del gobierno que consideraba el arroz como un recurso precioso y que comerlo era mucho más importante que beber alcohol. Investigó formas de producción que pudieran recuperar el sabor de antaño imitando los métodos artesanales tradicionales —la proporción de ingredientes, el contenido alcohólico, la temperatura de fermentación y las técnicas de destilación— sin contradecir la política gubernamental.

Mi abuelo siempre hacía una pausa dramática cuando llegaba a esta parte de la historia:

—A ver, ¿qué crees que pasó después? —preguntaba mirándome e interrumpiendo su narración—. ¿Crees que mi amigo tuvo éxito o que fracasó?

Era una historia que había oído muchas veces, de modo que sabía la respuesta. Sin embargo, siempre sonreía sacudiendo la cabeza.

—Tuvo éxito, por supuesto. Era un chico listo y decidido —decía mi abuelo con una sonrisa triste—. Pero al final lo perdió todo.

El amigo de mi abuelo se concentró en desarrollar una tecnología mejor para elaborar bebidas deliciosas y saludables. No tenía ni idea de que, en la nueva era de la posguerra, las co-

nexiones con los altos funcionarios del gobierno, la creación de una red de contactos, el entretenimiento de estos y los sobornos ocasionales eran más importantes que la calidad de los productos o la tecnología. Además, había una empresa mucho más grande que estaba haciéndose con el mercado de bebidas alcohólicas con una estrategia totalmente diferente; tenía sólidas conexiones políticas y era experta ofreciendo entretenimiento. Esa empresa tenía el descaro de anunciar su mezcla de alcohol y saborizante artificial como «la bebida favorita del pueblo» y «el auténtico sabor tradicional». Publicaron anuncios en los medios de comunicación y al mismo tiempo organizaron una campaña de difamación paralela en la sombra, acusando al amigo de mi abuelo de «mezclar alcohol de uso industrial» en sus bebidas y afirmando que podía causar ceguera, minusvalía e incluso la muerte si se tomaba en gran cantidad.

Las ventas del amigo de mi abuelo cayeron en picado y la fábrica tuvo que cerrar. Por mucho que la empresa desmintiera las calumnias de su gran rival, la gente no la creyó. El amigo de mi abuelo intentó beber su producto delante de las cámaras para demostrar que era seguro, pero ninguna cadena quiso emitirlo. Entonces no había internet, así que cuando los periódicos, la radio y la televisión le dieron la espalda no tuvo nadie a quien recurrir. Tampoco había forma de resolverlo por la vía legal porque en aquella época no podían grabarse las conversaciones telefónicas ni hacer capturas de pantalla de los mensajes de texto: así, era imposible demostrar dónde habían empezado y cómo se habían propagado los rumores de que mezclaba alcohol industrial. Los tribunales dictaminaron que la denuncia por calumnias o difamaciones carecía de fundamento y el amigo de mi abuelo acabó endeudado hasta las cejas tanto por el cierre de su negocio como por las costas. Con apenas treinta años se ahorcó y dejó una nota a su familia diciendo que lo sentía. Su mujer, que había encontrado el cadáver, se desmayó varias ve-

ces durante el entierro y poco después se reuniría con su esposo en el más allá. Afortunadamente unos parientes que vivían en el extranjero se hicieron cargo de los hijos huérfanos, aunque esa fue la última noticia que se tuvo de ellos.

La misma empresa competidora que había difundido los rumores sobre el «alcohol de uso industrial» y los había llevado a la bancarrota compró la fábrica a un precio irrisorio. Los procesos de producción a los que el amigo de mi abuelo había dedicado su vida también terminaron enterrados en las profundidades de una caja fuerte de la competencia.

—¿Por qué los pusieron en una caja fuerte? —pregunté ingenuamente la primera vez que escuché esa historia.

—Porque lo único que le interesaba a esa empresa era ganar montones de dinero vendiendo licores baratos, no tenían intención de desarrollar productos nuevos y mejores —me explicó el abuelo—. Y como no iban a mejorar sus productos, si querían ser competitivos tenían que impedir que otras empresas lo hicieran.

Así fue como la receta modernizada que bebía de las tradiciones transmitidas de generación en generación de aquella familia fue condenada a desaparecer en la oscuridad.

Y por eso mi abuelo creó el conejo maldito.

—No es ningún crimen producir y vender buenos licores, pero por los supuestos delitos de no tener contactos con los poderosos ni capital para conseguirlos, una familia entera fue exterminada.

Mi abuelo sacudió la cabeza.

—Mi amigo era tan bueno y amable, estaba tan dedicado a su empresa y era tan devoto de su mujer… Era un gran amigo…

A pesar de haber contado la historia docenas de veces, siempre que llegaba a esta parte la voz le temblaba y se le enrojecían los ojos.

—Acabaron con sus vidas y destruyeron su hogar… ¿cómo es posible que la ley permita que pasen estas cosas?

Pero estas cosas están permitidas y la gente que las permite está en todas partes. Es precisamente por eso que mi abuelo, mi padre y ahora yo podíamos ganarnos la vida con los fetiches malditos.

Pero no le digo nada a mi abuelo. Como de costumbre me limito a escuchar esa historia que me ha contado tantas veces.

El destinatario de la maldición tiene que tocar el fetiche con sus propias manos. Ese es el aspecto más importante de cualquier fetiche maldito y la parte más difícil de conseguir. Mi abuelo removió cielo y tierra hasta que logró dar con el conocido de un conocido de alguien que trabajaba para un subcontratista de la empresa que había acabado con la vida de su amigo. Les pidió que entregasen en persona la lámpara de conejo al presidente de la empresa competidora. Había un interruptor insertado en la parte trasera del conejito de manera que la lámpara se encendía cuando lo acariciabas como si fuera un conejo de verdad. El tipo que trabajaba para el subcontratista visitó al presidente de la empresa competidora y le dijo que la lámpara era un regalo que su jefe le había traído del extranjero. Acto seguido le hizo una demostración encendiendo y apagando la lámpara con los guantes puestos. El presidente asintió distraído mientras firmaba unos documentos, atendió a una llamada que le pasó su secretaria y acto seguido salió apresuradamente del despacho diciendo que tenía una reunión con un miembro de la Asamblea Nacional.

El tipo que conocía a alguien que conocía al abuelo y al que le habían pedido ese favor no tuvo otro remedio que dejar la lámpara de conejo en el despacho del presidente y marcharse. Al salir, le rogó a su secretaria que no dejara que nadie tocase la lámpara del conejo salvo el presidente, pero como no era más que un simple empleado de un subcontratista ella asintió distraída como había hecho su jefe y siguió leyendo su revista.

Cuando se enteró de lo que había pasado, mi abuelo dejó escapar un suspiro al pensar que el curso de la maldición se alteraría ligeramente.

Pero supuso que mientras el conejo maldito siguiese en algún lugar de la casa o del despacho del presidente no sería un fracaso total.

La lámpara de conejo pasó un día descansando sobre la mesa del presidente hasta que la retiraron para llevarla a un almacén cuando los trabajadores se disponían a volver a casa.

Esa noche el conejo se dedicó a mordisquear cualquier papel que encontró por el almacén: las cajas de cartón, los papeles de periódico utilizados como relleno de embalaje, las pilas de facturas antiguas y los viejos libros de contabilidad que llevaban décadas abandonados. Nadie visitó el almacén durante la noche, así que el conejo pudo mordisquear todo lo que quiso.

A la mañana siguiente, cuando el empleado de seguridad abrió el almacén, el suelo estaba sembrado de trozos de papel mordidos y excrementos de conejo. El guardia se puso a limpiar todo mientras murmuraba que tenía que comprar veneno para las ratas.

El conejo siguió en un rincón del almacén y a la noche siguiente volvió a mordisquear los papeles. De vez en cuando pasaba algún vigilante o algún trabajador del turno de noche con su linterna, pero nadie se fijaba en lo que ocurría en el interior, solamente echaban alguna mirada al ventanuco de la puerta. Una vez el conejo hubo mordisqueado todos los papeles que había en el almacén empezó con la madera.

Un vigilante vio algo blanco en el almacén. Parecía un trozo de algodón esponjoso, pero al acercarse desapareció. Pensó que se lo había llevado una corriente de aire. Al día siguiente había dos o tres de esas cosas blancas y un día después cinco o seis. El vigilante pensó que saltaban como conejos, pero era imposible que hubiese conejos viviendo en los alrededores del almacén de la destilería. No le dio importancia: había que cargar

camiones de mercancías para unas sucursales de la empresa. El vigilante, el empleado de la sucursal, el camionero... ninguno de los tres se fijó en los conejos de pelo blanco y orejas y cola de puntas negras que se habían subido y saltaban entre las cajas de licores.

Poco después, los almacenes de la central, las sucursales y las distribuidoras se vieron afectados por una plaga de animales sin identificar que mordisqueaban todo el papel y la madera e iban esparciendo por el suelo pequeños excrementos del tamaño de un guisante. Las trampas para ratones y el veneno para ratas no sirvieron de nada, ni siquiera los gatos ayudaban. Al ver los excrementos alguien señaló que eran demasiado grandes para ser de rata y que más bien parecían de conejo. La chica que expresó esa acertada opinión trabajaba en el departamento de contabilidad y tenía una sobrina en la escuela primaria que criaba conejos para la clase de ciencias naturales, así que los había visto muchas veces e incluso los había alimentado con hierba seca. Sin embargo, nadie de las sucursales ni de las oficinas de las distribuidoras había visto ningún conejo en los almacenes y aquella empleada tampoco era ninguna experta en conejos, solo era una chica que se pasaba el día haciendo inventario, preparando café y que dejaría la empresa poco después de casarse, así que no le hicieron el menor caso.

La empresa obligó a todos sus empleados de la central y las sucursales a participar en una campaña de desratización masiva. Se capturaron muchas ratas y, si bien los empleados terminaron exhaustos, gracias a esa campaña el nivel de limpieza en los almacenes mejoró. Pero bastó una noche para que los suelos volvieran a llenarse de papeles roídos y excrementos demasiado grandes para ser de ratas.

Como el papel continuaba deteriorándose, la empresa decidió trasladar sus documentos más importantes, como libros de contabilidad antiguos y los planos de la fábrica, a sus oficinas. Mientras lo hacían, nadie se dio cuenta de que esos conejitos

con cuerpos blancos y las puntas de las orejas y de la cola negras, invisibles a la luz del día, estaban siendo transportados a la oficina.

Se extendió el rumor de que los almacenes de la destilería estaban infestados de ratas. Era inevitable que ocurriese, pues gran parte de la población local trabajaba en la empresa, tanto en los almacenes y la fábrica como en la oficina central y las sucursales.

Una sucursal despidió al responsable del almacén como advertencia para silenciar al resto y otra convocó a sus empleados a una reunión y les pidió que no difundiesen extraños rumores por ahí. Resultó que el empleado despedido tenía a su cargo a una anciana madre postrada en la cama, a tres hijos pequeños y a cinco hermanos menores, y más tarde fue descubierto por el vigilante nocturno mientras intentaba saltar la valla con una lata de gasolina para prenderle fuego al almacén. Mientras tanto, en un periódico local de la región donde habían reunido a los trabajadores para aleccionarlos sobre la propagación de rumores, apareció un artículo de opinión a toda página sobre los peligros que las ratas suponían para la seguridad alimentaria.

Las noticias sobre el «problema de las ratas» habían corrido como la pólvora por toda la región y la empresa decidió celebrar un evento de degustación considerando superada la fase de amenazar e intentar silenciar al personal. Los empleados, sus familias, los vecinos y especialmente los dignatarios locales y otras personas importantes fueron invitados a degustar bebidas alcohólicas del almacén para demostrar que no había ningún problema con la calidad e higiene del producto y que la destilería estaba haciendo grandes esfuerzos para contribuir al desarrollo de la región.

El acto se celebró en los jardines de la sede central. Asistieron el presidente y su hijo, el director general, con su esposa y el hijo de ambos, que estaba en la escuela primaria. Aburrido por los largos discursos, la música a todo volumen de la banda

contratada y la gente, que no paraba de beber, el nieto del presidente se escabulló y se puso a deambular por los terrenos de la empresa. La nuera del presidente advirtió la ausencia de su hijo y fue a buscarlo. Cuando lo encontró agachado ante una puerta abierta del almacén y le preguntó qué estaba haciendo, el niño respondió que estaba jugando con el conejo. Ella le preguntó dónde estaba el conejo y el niño la llevó de la mano hasta el interior del almacén y señaló la lámpara de conejo que descansaba en una esquina sobre un archivador de metal lleno de polvo. El niño rogó a su madre que le dejase llevárselo a casa.

Su madre le dijo que tendrían que preguntárselo al abuelo porque pertenecía a la empresa y enseguida se olvidó del asunto mientras arrastraba a su hijo de vuelta al lugar del evento. Pero el niño no lo olvidó. Cuando el abuelo borracho oyó que su nieto quería un objeto extraño del almacén le dijo que se lo llevase sin darle ninguna importancia y siguió bebiendo con los adultos importantes.

La degustación fue un éxito. Todo el mundo se quedó hasta tarde, bebiendo todo el alcohol gratis que quisieron hasta altas horas de la noche. La nuera del jefe aguantó todo lo posible y se marchó con el niño cuando este empezó a llorar y quejarse de cansancio. En el coche de camino a casa el niño iba abrazado a la polvorienta lámpara con forma de conejo.

Después del evento pareció que los rumores sobre las «ratas» de los almacenes quedaban zanjados definitivamente. El motivo fundamental que los había provocado, la lámpara del conejo, se había trasladado del almacén a la casa del hijo del presidente. Aun así, los conejos, que ya se habían extendido por los almacenes de la oficina central, de las sucursales y de las distribuidoras, no desaparecieron. Los que se habían trasladado a las oficinas junto con los documentos también se quedaron. Siguieron reproduciéndose y mordisqueando todo lo que encontraban a su paso.

Todas las noches, en los cajones y archivadores de metal, hacían trizas documentos: contratos, hojas de pedido, informes de resultados, libros de contabilidad. Incluso los documentos más importantes –el dinero en efectivo, los cheques y las facturas– que habían sido trasladados a la caja fuerte.

Contrataron a una empresa profesional para realizar una fumigación en el edificio y sacaron todas las cosas al patio, incluido el contenido de las cajas fuertes. Entretanto, el nieto del presidente hacía sus deberes a la luz de la lámpara del conejo y por las noches dormía en una cama junto a ella. Al niño le encantaba la lámpara con ese conejo tan bonito sentado bajo el árbol y muchas veces presumía delante de sus amigos diciendo que era un regalo que su abuelo había recibido del extranjero. El nieto del presidente tocaba la lámpara varias veces al día acariciando el lomo del conejo para encender y apagar la luz.

En la casa del hijo del presidente el conejo ya no mordisqueaba papeles.

En vez de eso empezó a masticar otra cosa.

El nieto del presidente estaba en el último curso de primaria. Aunque era un poco pequeño para su edad gozaba de buena salud y no mostraba ningún signo de enfermedad. Según su madre era un buen chico al que le gustaba ir a la escuela y se le daban bien los estudios, aunque prefería jugar a la pelota con sus amigos que hacer deberes o estudiar para los exámenes.

Al principio nadie le prestó mucha atención cuando empezó a olvidarse los deberes y el material escolar. Era nieto del dueño de la destilería y siempre había sido buen estudiante, así que en vez de regañarle el profesor solo le llamó la atención. Sin embargo, el niño empezó a olvidarse no solo los deberes sino el hecho de que se los habían puesto, y se enfadó cuando un día el profesor se lo recordó, lo que provocó una llamada a casa.

—Hoy en día los niños entran temprano en la pubertad y les cuesta controlar sus emociones —le dijo el profesor a la madre, que se mostró de acuerdo.

Después de las vacaciones el niño empezó a obsesionarse con la comida. Insistía en que no había comido, cuando era evidente que sí lo había hecho, robaba comida de la heladera y la escondía por su habitación y cuando su madre intentaba quitársela se ponía histérico. La familia pensó que era porque estaba creciendo e intentaron darle más comida y más variada, pero eso solo hizo que su avidez, paranoia e histeria empeorasen.

El primer día de colegio, el niño se perdió cuando volvía a casa. Era el mismo camino que había recorrido todos los días durante los últimos seis años, una distancia que un niño podía cubrir en unos diez o quince minutos como mucho. Una vecina lo encontró sentado en medio del camino, aturdido después de haber estado merodeando por los alrededores del colegio. El niño olía fatal. La mujer que lo acompañó a su casa, avergonzada, dijo que el niño parecía haberse hecho pis encima, y se dio la vuelta y se marchó apresuradamente antes de que la madre pudiera recuperarse de la impresión y darle las gracias.

El hijo del presidente y su mujer llevaron al niño al médico. El pediatra local les recomendó que fuesen a un hospital, pero ni siquiera en el hospital universitario de la ciudad le encontraron nada malo, ya que en aquella época no había resonancias magnéticas. Sin embargo, el médico del hospital observó que el niño temblaba sin parar, no enfocaba la vista, murmuraba palabras incomprensibles y se había hecho pis encima. El doctor les recomendó que consultaran a un psiquiatra. El padre se levantó de golpe y al hacerlo volcó la silla, y exclamó: «¿Insinúa que mi hijo está loco?». Con el rostro enrojecido de ira, se puso a gritarle insultos terribles al médico mientras apartaba a su suplicante esposa de un empujón y tomaba en brazos a su hijo antes de aban-

donar el hospital. La pobre madre le pidió perdón al médico con los ojos llenos de lágrimas y siguió a su marido hasta la salida.

Tras la visita al hospital el estado del niño se fue deteriorando con rapidez. No reconocía el rostro de sus padres, ensuciaba los pantalones constantemente, no podía caminar bien y murmuraba para sí mismo, pero era incapaz de formar palabras con sentido. Pasaba la mayor parte del día tumbado en la cama y mirando al techo con la vista desenfocada, susurrando de vez en cuando. Solo parecía tener ojos para la lámpara del conejo. Habían trasladado la lámpara desde el escritorio a la mesita de noche e incluso mientras murmuraba al techo se volvía hacia ella cada poco para comprobar que seguía a su lado, lo que parecía tranquilizarle. Cuando alguien la tocaba se ponía muy ansioso y gritaba.

Mientras dormía, el niño arrugaba la nariz, masticaba e incluso movía las orejas como un conejo, pero ninguno de los adultos que le rodeaban se dio cuenta. En sueños el niño se sentaba bajo un árbol junto a un conejo blanco muy bonito con la punta de las orejas y la cola negra, y mordisqueaba con gusto su propio cerebro. Cuanto más lo hacía, más se iba estrechando su mundo hasta que fue incapaz de abandonar ese árbol donde se sentaba junto al conejo. Para entonces ya no podía entender nada y solo se alegraba de estar con el conejo.

Mientras el nieto del presidente se moría lentamente en la cama junto a la lámpara del conejo, las estaciones se sucedieron y el gobierno y el mundo también cambiaron. Las personas que habían permitido a aquel empresario monopolizar el mercado del alcohol con sus bebidas alcohólicas baratas y de mala calidad perdieron el poder. Por primera vez desde su fundación, la empresa fue objeto de una auditoria fiscal.

Para entonces, los conejos invisibles ya habían devorado la mayoría de los informes de rendimiento, los libros de contabilidad, los estados de cuentas y los memorandos diarios de la empresa. Todos y cada uno de los registros de beneficios de

explotación y de los impuestos pagados estaban hechos pedazos y resultaban ilegibles.

Ahora los conejos se dedicaban a comerse el papel pintado de las paredes de las oficinas dejando marcas de dientes en las paredes y puertas de madera.

Todos los documentos importantes de la empresa no eran sino un montón de excrementos de ratón y los edificios empezaban a tener un aspecto penoso. El desmoronamiento de la empresa era más que evidente para los empleados, pero el presidente se negaba a reconocerlo y seguía haciendo la vista gorda.

Durante mucho tiempo su nieto permaneció tumbado en la cama mirando al techo con la mirada perdida, respirando. Hasta que un día dejó de respirar.

Al volver a casa después del funeral, el padre se encerró a solas en la habitación vacía del niño muerto y estuvo llorando durante mucho tiempo. Se sentó en la cama con la lámpara del conejo que tanto le gustaba a su hijo en el regazo y la acarició mientras pronunciaba el nombre del niño una y otra vez entre sollozos.

La Agencia Tributaria determinó que la empresa no solo tendría que devolver todos los impuestos que había evadido con habilidad en el pasado sino incluso los que sí había pagado, y con intereses. Por mucho que intentasen demostrar desesperadamente que habían pagado algunos, no tenían ni un solo documento legible que presentar como prueba.

Cuando se extendió la noticia de que los registros financieros y de operaciones habían desaparecido, los deudores afirmaron que no debían nada a la empresa y se negaron a efectuar los pagos. Al mismo tiempo los acreedores insistieron en que se les pagara de inmediato. El presidente estaba furioso. Fue a una caja fuerte secreta donde guardaba un cuaderno que solo él conocía, un registro de todos los activos y documentos de créditos y deudas

de la empresa. Pero cuando la abrió descubrió que ese cuaderno secreto también había sido mordisqueado, parcialmente devorado y reducido a una papilla inservible.

Llegados a ese punto no habría sido extraño que el presidente sufriera un ataque al corazón, pero el conejo maldito no era tan generoso. Al que sí le ocurrió algo fue a su hijo.

Agotado de tanto llorar, el hombre se había quedado dormido en la habitación de su hijo, y cuando a la mañana siguiente se levantó de la cama, puso el pie mal y se rompió el tobillo. Al caer extendió el brazo para proteger la cabeza y se lo rompió por tres sitios, además de sufrir una fisura.

El hijo del presidente era un hombre sano que todavía no había cumplido los cuarenta. No había sufrido ninguna lesión grave en su vida y tampoco se había roto ningún hueso.

Mientras el hijo del presidente yacía en la cama del hospital con grandes escayolas en la pierna derecha y el brazo —lo habían operado y le habían puesto unos clavos intramedulares—, la empresa fue hundiéndose con rapidez. El presidente estaba tan ocupado huyendo de la Agencia Tributaria y de sus acreedores, como también persiguiendo a sus deudores, que ni siquiera pudo visitar a su único hijo en el hospital. El hijo del presidente interrogaba con impaciencia a su esposa sobre el estado de la empresa, y creyendo que no podía quedarse allí tumbado mientras el negocio familiar se desmoronaba, intentó levantarse de la cama. Sin embargo, cuando puso el pie izquierdo ileso en el suelo se lo rompió y en la caída se fracturó también el coxis.

Estuvieron operándole durante nueve horas. Después lo llevaron a la habitación del hospital donde, bajo los efectos de la anestesia, permaneció quieto durante mucho tiempo. De vez en cuando arrugaba la nariz y se mordisqueaba los labios.

El conejo mordisqueaba y mordisqueaba.

Al final, el presidente visitó a su hijo la tarde en que la empresa quebró. Sedado, dormido y vendado de pies a cabeza parecía una momia. Cuando se despertó de la anestesia murmuró

que había un conejo sentado en la cama. Al principio nadie se lo tomó en serio. El hijo del presidente insistió en que había un conejo sentado en la cama y que estaba comiéndose su manta. Tampoco le hicieron caso. Al final, el hijo del presidente gritó que el conejo se estaba comiendo sus pies y trató de saltar de la cama. Presa del pánico, su esposa pidió ayuda y tres enfermeras se apresuraron a sujetarlo. Él se resistió gritando algo incomprensible sobre un conejo. Dos enfermeras le sujetaron los brazos y su esposa se abrazó a su torso. Y le rompieron el brazo derecho y dos costillas.

Después, cada vez que abría los ojos, el hijo del presidente gritaba enloquecido cosas sobre conejos y cuando lo sujetaban le rompían más huesos. Se le rompían cuando lo agarraban para intentar contenerlo, y también cuando se golpeaba la mano él solo con el cabecero de la cama o cuando forcejeaba con las escayolas. La única forma de lograr que sus huesos se curasen era mantenerlo sedado todo el tiempo y esperar.

El presidente observó el rostro vendado de su hijo, sumido en un letargo desesperado. Su querido nieto ya había fallecido y ahora su único heredero, el único vástago de un linaje de tres generaciones de descendientes varones, se había convertido en un desecho. La empresa estaba hundida y lo único que le quedaba eran deudas. No sabía si podría hacer frente a los impuestos, las multas, las deudas e incluso las facturas del hospital. Y tampoco podía sacar a su hijo de allí porque se le rompían los huesos al menor roce.

Mi abuelo detuvo la narración y se quedó mirando la lámpara. El conejo bajo el árbol era rollizo y todo su cuerpo era blanco a excepción de la punta negra de las orejas y la cola. Estaba hecho de un material duro, pero ese conejo iluminado al lado de mi abuelo parecía cubierto de un pelaje suave auténtico y daba la impresión de estar a punto de mover las orejas o mordisquear algo con la boca.

—¿Y qué pasó después? —pregunté.

Obviamente ya lo sabía, lo había escuchado un montón de veces. Las preguntas que le hacía cuando detenía la narración en los momentos clave no eran preguntas en sí, sino indicaciones para que continuara con la historia, surgidas de un acuerdo más o menos tácito.

—Murieron todos... El hijo del presidente murió en el hospital y al día siguiente del entierro su padre cayó del tejado del edificio de la empresa —dijo mi abuelo mientras acariciaba las orejas y la cabeza del conejo como de costumbre.

El conejo movió ligeramente las puntas de las orejas.

No está permitido crear fetiches malditos por motivos personales ni tampoco utilizar objetos destinados a la venta para maldiciones personales. Existen razones para esas reglas no escritas.

Hay un proverbio japonés que dice: «Maldecir a alguien conlleva dos tumbas». Significa que cualquiera que maldice a otra persona termina cavando su propia tumba. Aunque en el caso de mi abuelo fueron más de dos tumbas: la del presidente de la empresa al que maldijo, la de su hijo y la de su nieto. Todos murieron y hasta hoy nadie sabe dónde está la tumba del abuelo. Simplemente se marchó de casa un día y jamás regresó.

Bueno, en realidad sí que volvió.

Esas noches en que las nubes cubren la luna por completo, o que llueve tanto que no se distingue la luz de las farolas o que reina una oscuridad tal que no hay luz natural ni artificial que pueda penetrarla, el abuelo reaparece en el sillón que hay junto a la ventana, enciende la lámpara del conejo y comienza a repetir esa historia que me ha contado un montón de veces.

Quizá sea esa la maldición de mi abuelo.

O su bendición.

—Es tarde —dice mi abuelo—. Tienes que irte a dormir ya, mañana hay colegio.

Ya no estoy en edad escolar. Hace tiempo que en nuestra casa ya nadie va al colegio. Sin embargo, siempre respondo, obediente:

—Sí, abuelo. Buenas noches.

Y de forma impulsiva le doy un beso en su arrugada mejilla. Hubo un tiempo en que me habría gustado preguntarle cómo había muerto, qué había sido de su cuerpo o dónde estaba su tumba. Muchas veces me pasaba por la mente, pero siempre que sentía el impulso de preguntárselo lo reprimía con firmeza.

Si algún día mi abuelo recordara cómo murió, quizá dejaría de visitarme. Peor aún, podría no acordarse, dejando mis preguntas sin respuesta, y la sorpresa ante esas preguntas podría hacerle desaparecer para siempre. No podría soportar que eso ocurriera.

Por eso no digo nada, me doy la vuelta en silencio, regreso a mi habitación y cierro la puerta, pero no del todo.

Dejo un resquicio abierto para ver al abuelo todavía sentado en el sillón y la bonita lámpara de conejo brillando a su lado. Esa escena me reconforta.

«Los objetos que van a contener una maldición deben ser hermosos». Eso era lo que solía decir mi abuelo. Y últimamente el negocio va mejor que nunca.

Si sigo trabajando como hasta ahora terminaré como mi abuelo: muerta pero sin estar muerta, sentada en la oscuridad de algún salón en una noche sin luna frente a un objeto que me mantiene anclada al mundo de los vivos.

Sin embargo, para cuando me siente en ese sillón junto a la ventana no habrá ningún hijo o nieto que escuche mi historia.

En este mundo desdichado ese es mi único consuelo.

Pensando en ello cierro la puerta de la habitación y me quedo completamente a oscuras.

LA CABEZA

Ocurrió un día que estaba a punto de tirar de la cadena y salir del baño.

–¿Mamá?

La mujer volvió la vista. Había una cabeza asomando del inodoro que la llamaba.

–¿Mamá?

Se quedó observando la «cabeza» durante un rato en silencio. Entonces tiró de la cadena, y la cabeza desapareció junto con el ruido del agua.

Salió del baño.

Unos días más tarde volvió a encontrar la cabeza en el baño.

–¡Mamá!

La mujer iba a tirar de la cadena otra vez, pero la cabeza gritó a toda prisa:

–¡No, no, un momento!

La mujer dejó la mano quieta y se quedó mirándola un momento. Para ser exactos, más que una cabeza era «una cosa que se parecía vagamente a una cabeza». Tenía dos tercios del tamaño de la cabeza de una persona adulta y parecía un trozo de arcilla amarilla y gris con unos mechones de cabello mojado

pegados de cualquier manera. No tenía orejas ni cejas, y las dos hendiduras para los ojos eran tan estrechas que no se sabía si estaban abiertos o cerrados. La masa aplastada de debajo debía de ser la nariz. La boca tampoco tenía labios, sino que era un tajo que se abría y cerraba torpemente al hablar. Su voz estridente estaba entremezclada con un gorgoteo similar al de una persona ahogándose, por lo que resultaba difícil de comprender.

—¿Qué demonios eres? —preguntó la mujer.

—Yo soy «cabeza».

—Eso ya lo veo, pero ¿qué haces en mi baño? ¿Y por qué me llamas mamá?

La «cabeza» torció su boca sin labios en una mueca al hablar:

—Mi cuerpo se creó con las cosas que tirabas al inodoro, el pelo que se te caía, las heces y el papel que utilizabas para limpiarte el culo. Y como he surgido a partir de tus desperdicios te llamo mamá.

La mujer se puso furiosa.

—Nunca he dado permiso a criaturas como tú para que vivan en mi baño. Tampoco he creado nada que se te parezca, así que deja de llamarme mamá y lárgate antes de que llame a alguien para que se deshaga de ti.

—No pido gran cosa. Solo que sigas arrojando los desechos de tu cuerpo al inodoro como hasta ahora para que yo pueda terminar de crear mi cuerpo. Entonces saldré de aquí y me iré a vivir lejos por mi cuenta. Así que por favor, no me prestes atención y sigue utilizando el inodoro como siempre.

—Este es mi inodoro, por supuesto que voy a usarlo como siempre, pero pensar que una criatura como tú vive en él me pone enferma. No es asunto mío que termines tu cuerpo y me trae sin cuidado lo que hagas o dejes de hacer, solo quiero que no vuelvas a aparecer —respondió la mujer con frialdad.

La cabeza desapareció en el interior del inodoro.

Sin embargo, continuó reapareciendo. Después de tirar de la cadena se asomaba por encima del asiento y observaba en silencio a la mujer lavarse las manos. Cuando esta se sentía observada volvía la vista y su mirada se encontraba con aquella especie de ojos que no se sabía si estaban abiertos o cerrados. Su cara aplastada parecía esforzarse por esbozar alguna expresión, pero era difícil descifrarla. Cuando se acercaba para tirar de la cadena, la cabeza desaparecía rápidamente. Entonces la mujer cerraba la tapa, tiraba de la cadena y se quedaba un rato mirando el inodoro antes de salir del baño.

Un día estaba lavándose las manos como de costumbre tras haber hecho sus necesidades y tirado de la cadena. La cabeza apareció detrás de ella como hacía normalmente. La mujer se quedó observándola a través del espejo un momento. La cabeza le devolvió la mirada. La cara aplastada bajo los mechones de pelo ralo era normalmente amarillenta y grisácea, pero ese día tenía un extraño color rojo.

La mujer recordó que estaba menstruando.

–Tu color es diferente, ¿tiene algo que ver con el estado de mi cuerpo? –le preguntó la mujer.

–El estado del cuerpo de mi madre se refleja directamente en mi apariencia porque toda mi existencia depende de ti.

La mujer se quitó la ropa interior y la toalla femenina. Estampó la parte de la toalla manchada de sangre menstrual en la cara de la cabeza y la empujó dentro del inodoro, y acto seguido tiró de la cadena. La cabeza y la toalla fueron tragadas por el torbellino de agua y desaparecieron en el oscuro agujero. La mujer se lavó las manos y después vomitó en el lavatorio. Estuvo vomitando durante un buen rato y cuando terminó limpió el inodoro y salió del baño.

El baño se atascó. El fontanero extrajo la toalla femenina como si fuese un trofeo y antes de irse le echó un largo sermón sobre no tirar objetos por el inodoro.

La mujer empezó a dejar cerrado el inodoro todo el tiempo. Cuando hacía sus necesidades, adquirió el hábito de mirar dentro de la taza. Empezó a sufrir de estreñimiento.

Un día, cuando estaba a punto de bajar la tapa atisbó por un instante la cara de la cabeza y la cerró rápidamente con un golpe tirando varias veces de la cadena. Justo cuando iba a salir del baño abrió con cuidado la tapa y observó el interior. Su mirada se cruzó con la de la cabeza. La cabeza la miraba desde el agua y su pelo flotaba alrededor. La mujer cerró de nuevo la tapa y tiró de la cadena, pero no bajó agua.

Le contó a su familia lo que estaba ocurriendo.

—Si no pone huevos ni te muerde, ¿por qué no la ignoras sin más?

Con estas palabras su familia zanjó el asunto.

La mujer evitaba ir al baño en casa en la medida de lo posible. Una vez vio la cabeza en el baño del trabajo. Había tirado de la cadena y estaba lavándose las manos cuando la vio a través del espejo observándola con su cara amarillenta. Al día siguiente dejó el trabajo.

Su estreñimiento empeoró. También sufría cistitis. El médico le dijo que tenía que ir al baño con regularidad, pero cuando pensaba que había algo acechando debajo para alimentarse de sus heces le resultaba insoportable usar cualquier baño.

Su estreñimiento y su cistitis no mejoraban.

Ahora que había dejado el trabajo su familia le sugirió que buscara marido. Acudió a una cita que había arreglado su madre. El hombre era un simple oficinista que trabajaba en una empresa conocida. Decía que su sueño era casarse con una buena mujer, tener hijos y vivir felices. Parecía sencillo y de fiar, aunque poco imaginativo. Sentada frente a ese hombre desconocido se sentía ansiosa todo el tiempo por el asunto del baño. El hombre la miró y le dijo: «Mi mujer ideal es tímida y recatada. Hoy en día

no es fácil encontrar a una mujer como tú que sea tímida delante de un hombre». El hombre estaba tan entusiasmado que se comprometieron tres meses después y se casaron pasados otros tres.

Ahora que se habían casado, a ella le preocupaba el viaje de novios. Por suerte, la cabeza no apareció durante el viaje. Cuando se mudó a su nueva casa con su marido lo primero que hizo fue inspeccionar el inodoro. No había nada dentro. La vida en su nuevo hogar hizo que su estreñimiento y su cistitis mejorasen sustancialmente. Llevaba una vida corriente sin altibajos, los días no eran especialmente buenos ni malos, y se sentía bastante feliz. En la batalla por adaptarse a su nueva rutina dejó de pensar en la cabeza. Pasado un tiempo nació su hija y se olvidó por completo del asunto.

Poco después del nacimiento del bebé la cabeza reapareció en su vida. Sucedió cuando estaba bañando a su hija en una palangana.

—Mamá.

Del susto estuvo a punto de ahogar a la niña.

La cabeza había crecido y ahora tenía el tamaño de la de un adulto medio. La forma de la cara de arcilla amarillenta y gris seguía igual, pero sus ojos eran algo más grandes y podía parpadear, y en la boca tenía una especie de labios. A los lados asomaban unos bultos amorfos a modo de orejas, y bajo la barbilla le había crecido otro bultito que parecía el comienzo de un cuello.

—Mamá, ¿ese bebé es tuyo?

—¿Cómo es que vuelves a aparecer? ¿Quién te ha dicho dónde estábamos? —preguntó ella con sorpresa.

—Tus heces son parte de mí, así que siempre sé dónde te encuentras.

Las palabras de la cabeza le resultaron ofensivas y vociferó:

—Te dije que no volvieras, ¿cómo te atreves a aparecer otra vez y a llamarme mamá? A ti qué te importa de quién es esta

niña. Sí, es mía. Es la única en el mundo que puede llamarme mamá. ¡Lárgate! ¡Te digo que te vayas!

Su hija se echó a llorar.

—Aunque haya nacido por un camino diferente al de esa niña, yo también soy tu creación, madre.

—¿Acaso no te dije que nunca he creado cosas como tú? Te dije que te fueras. ¡Si no te vas, te buscaré y te destruiré cueste lo que cueste!

Bajó la tapa del inodoro de golpe y tiró de la cadena. Entonces, consoló al bebé y le limpió los restos de jabón.

Una vez reapareció en su vida, la cabeza continuó mostrándose constantemente. Siempre que tiraba de la cadena y se lavaba las manos podía sentir sus ojos mirándola desde atrás. Distinguía algo amarillo y gris por el rabillo del ojo pero en cuanto volvía la vista desaparecía rápidamente dejando solo unas hebras de pelo flotando en el agua del inodoro.

El estreñimiento y la cistitis regresaron. No obstante, lo que más le preocupaba era el bebé. Se preguntaba si la cabeza no se sentiría celosa de la niña. ¿Y si intentaba hacerle daño? La sola idea de que la niña viera la cabeza se le hacía insoportable. Cada vez que la niña quería ir al baño se ponía nerviosa. Tenía que destruirla como fuera. Tomó una determinación.

Fue al baño, hizo sus necesidades y tiró de la cadena. Mientras se lavaba las manos esperó a que la cabeza apareciese y cuando vislumbró algo amarillento y gris flotando en la taza dijo en voz baja:

—Tenemos que hablar.

Terminó de lavarse las manos y se agachó frente al inodoro para mirar cara a cara a la cabeza.

—Eres...

Vaciló por un instante. La cabeza esperó.

De repente agarró la cabeza, la sacó del retrete y la metió en una bolsa de plástico. Después tiró la bolsa en un contenedor de basura. Aliviada, volvió a su rutina diaria.

Pero el respiro no le duró demasiado. Estaba en el baño con su hija cuando sucedió. Ahora ya era lo bastante mayor para ir al baño sola. Le había enseñado todo el proceso paso a paso: bajarse la ropa interior, sentarse en la taza, limpiarse al terminar, subirse la bombacha, tirar de la cadena y lavarse las manos. Sin embargo, como aún no llegaba a la pileta tenía que sostenerla para que pudiera lavarse las manos. En ese momento el familiar objeto amarillento y gris apareció.

—Mamá.

Ella volvió la vista y miró la cabeza en silencio. Acto seguido aclaró la espuma de jabón de las manos de su hija, se las secó con una toalla y la mandó salir del baño.

—Mamá.

—¿Qué ha pasado? ¿Cómo has conseguido volver?

Los labios de la cabeza esbozaron una mueca de desdén casi imperceptible.

—Le rogué al basurero que me encontró que me arrojara por el inodoro.

La mujer tiró de la cadena sin decir nada más. La cabeza fue arrastrada por el remolino de agua y desapareció por el agujero negro con un ruido. Cuando salió del baño, la niña la estaba esperando muerta de curiosidad. Le explicó: esa es la «cabeza», si te la encuentras solo tienes que tirar de la cadena.

La cabeza había tenido el descaro de aparecerse frente a ella y su hija y llamarla mamá. Decidió que tenía que librarse de ella de una vez por todas.

Volver a sacarla del inodoro fue fácil, pero justo cuando estaba a punto de meterla en una bolsa de plástico y tirarla a la basura, dudó. La cabeza podía hablar. Si la tiraba de esa forma podía pedirle a alguien que la tirase por el inodoro justo como había ocurrido la última vez. Tenía que asegurarse de que no hablara.

Metió la cabeza en un pequeño recipiente y la dejó en un lugar soleado de la terraza. Pensó que, sin agua ni más defecaciones, acabaría muriéndose y secándose. No se le ocurría ninguna otra forma de hacerlo y tampoco quería perder más tiempo con el asunto.

Advirtió a su marido y a su hija que no tocaran el recipiente. Su marido rara vez salía a la terraza, pero su hija estaba muy interesada en la cabeza. Se moría de ganas de mirarla, tocarla y hablar con ella. Su madre tuvo que regañarla y esconder el recipiente.

A su marido le dieron vacaciones y se fueron de viaje unos días. Cuando regresaron la mujer fue directa al baño. Mientras se estaba lavando las manos algo apareció detrás de ella. Bajó la tapa del inodoro de golpe y tiró de la cadena.

La mujer regañó a su hija.

—Has sido tú, ¿no? ¿No te dije que no lo tocaras?

La niña se puso a llorar y su marido intercedió.

—Ah, ¿te refieres a esa cosa del recipiente? Me pidió que lo echase al inodoro, así que lo hice. ¿Por qué? ¿He hecho algo mal?

Ella rompió a llorar y le contó toda la historia.

—Bueno, no es para tanto. Simplemente no le hagas caso. Tampoco es que vaya arrastrándose por la casa o poniendo huevos, ¿no? —respondió su marido despreocupado.

La mujer soñó que estaba en una habitación con grandes azulejos blancos. De repente, la cabeza aparecía detrás de ella, que se giraba sorprendida, y entonces la cabeza aparecía en otro lugar. Y en otro, y en otro, por todas partes. Su hija, divertida, la señalaba con el dedo:

—¡La cabeza! ¡La cabeza!

La mujer suplicaba ayuda a su marido, que estaba leyendo el periódico a su lado, pero él respondía:

—Pero si no es nada, déjalo estar.

Sus palabras rebotaban contra los azulejos y retumbaban en las paredes: *No es nada. Déjalo estar. No es nada. Déjalo estar.*

La cadena del inodoro estaba cerca del techo. Ella se estiraba y con dificultad conseguía tirar de la cadena. El agua se arremolinaba alrededor de ella, su marido, su hija y la cabeza. La mujer era tragada por el agujero negro junto con su hija, que todavía reía encantada, y su marido, que seguía leyendo el periódico. despreocupado. Se abrazaba a su hija e intentaba con todas sus fuerzas escapar del remolino. Entonces una voz familiar le susurraba al oído.

–¿Mamá?

Miraba a su hija. Sobre su pequeño cuerpo y su delicado cuello estaba encaramada la cabeza.

Se despertó sobresaltada y fue dando tumbos hasta el baño. Se sentó frente al inodoro y se quedó observando con ojos vidriosos el blanco puro e impoluto de la taza, el agua cristalina y tranquila de su interior y el oscuro agujero negro de debajo. Imaginó lo que había dentro y adónde conducía ese agujero.

Pero desde que había intentado secarla, la cabeza no había vuelto a aparecer. Con el tiempo dejó de tener pesadillas con ella. La mujer se dedicó tranquilamente a vivir su vida: cocinaba para su esposo y su hija, fregaba los platos, limpiaba la casa, lavaba la ropa e iba a la compra. Su marido iba ascendiendo en la jerarquía de la empresa, ni más rápido ni más despacio que los demás. No era un hombre especialmente cariñoso o familiar, pero cuando cumplía años su hija o ella, les traía una torta y le ponía las velas. Su hija fue a la escuela primaria, luego a la secundaria y después estudió el bachillerato, como todos los demás niños. No era particularmente buena o mala en los estudios. Era guapa, pero no era ninguna una belleza. Era la típica estudiante de instituto a la que le costaba levantarse por las mañanas, le gustaban los famosos y se preocupaba por el acné cuando se miraba al espejo.

—Desayuna o vas a llegar tarde.

—Mamá, ¿has visto la corbata de mi uniforme?

—La colgué en el pomo de la puerta de tu habitación. Come despacio o te sentará mal.

—Vale. Por cierto, mamá. Ayer vi una cabeza de persona dentro del inodoro.

—Ah, ¿sí? ¿Y qué hiciste?

—Tiré de la cadena.

—Bien hecho. ¿Quieres más sopa?

—No, pero mamá... he visto esa cabeza muchas veces antes. ¿No hay forma de librarse de ella? Me da mucho asco.

—No le hagas caso, simplemente tira de la cadena. ¿Ya has terminado?

—Sí, nos vemos luego.

—¿Llevas el almuerzo?

—Sí, hasta luego mamá.

La puerta se cerró.

No le hagas caso.

No es nada.

La mujer empezó a quitar la mesa.

Su hija entró en la universidad. Mientras tanto, ella empezó a verse arrugas, flacidez y asperezas donde antes tenía la piel lisa. Le dio un pintalabios que le quedaba bien a su hija, que ya no era una niña, sino toda una mujer. En su cara extraña y a la vez familiar descubrió el contorno de ella misma cuando era joven y sintió una mezcla de sorpresa, orgullo, amor y celos. El día en que su hija se alisó el pelo y se lo tiñó de morado, la mujer se puso frente al espejo cuando nadie la miraba y jugueteó con los rizos de su «permanente de señora», que había teñido de negro.

La mujer pasaba cada vez más tiempo sola en casa. Su marido había ascendido a un mando ejecutivo y estaba saturado de trabajo, mientras que su hija estaba ocupada con su vida social; así que la familia rara vez se veía durante el día. De vez en cuando su marido llegaba a casa antes de lo habitual y pasaban una velada

tranquila juntos, pero nunca habían disfrutado de una relación fogosa y apenas tenían recuerdos íntimos. Habían compartido una vida monótona y ahora era demasiado tarde para empezar a ser cariñosos. Cenaban juntos en silencio, veían la televisión y después su marido se iba primero a la cama.

Entonces ella se quedaba viendo la televisión a solas. Los días en que su hija o su marido llegaban tarde, o incluso cuando ya hacía mucho que los dos dormían, ella veía la televisión hasta que el himno nacional anunciaba el fin de la emisión. En parte porque no tenía otra cosa que hacer, pero sobre todo porque pensaba que si se concentraba lo suficiente en la pantalla podría disminuir un extraño espacio que había aparecido en su corazón. A veces lo sentía vacío, otras lleno, a veces amargo o dolorido. Si alguna vez bajaba la guardia, ese espacio podía aumentar de tamaño y engullirla. Por eso veía la televisión e intentaba vaciar su corazón y su mente mientras observaba la sucesión de escenas sin sentido en la pantalla. Sin embargo, por mucho que intentara achicarlo, el torrente de pensamientos regresaba sin cesar amenazando con desbordarse...

Y entonces, una noche fue al baño.

Había estado viendo la televisión como de costumbre y estaba sola en casa como también era habitual. Después de hacer sus necesidades bajó la tapa del inodoro, tiró de la cadena y se miró en el espejo mientras se lavaba las manos. Observó sus párpados caídos, las arrugas, la piel áspera y seca. El cabello cano iba ganando terreno poco a poco. Mientras se pasaba la mano por el pelo pensando en que tendría que volver a teñírselo vio la tapa del inodoro moverse.

Clac.

Una mano mojada surgió desde el interior del retrete y empujó la tapa hacia arriba. Apareció otra mano y ambas se agarraron al borde de la taza. A través del espejo vio la parte posterior de una cabeza humana, cubierta de pelo negro mojado saliendo de la taza del inodoro. Las delicadas manos extendieron sus dedos

largos y finos, se agarraron al borde y empujaron hacia arriba. Aparecieron unos hombros estrechos y huesudos seguidos de brazos largos y delgados. La abundante cabellera negra le llegaba hasta la tersa espalda, seguida por la línea sensual de una cintura esbelta y unas nalgas blancas y voluptuosas y unos muslos firmes. Alzó una pierna y colocó el pie en el borde de la taza del inodoro. La pierna era blanca, larga y delgada. La pantorrilla tenía el tamaño justo y los músculos se tensaron un poco cuando alzó el pie; el tobillo también era fino y delicado. La otra pierna emergió y los delicados dedos de los pies tocaron ligeramente las baldosas del baño. El cuerpo empapado y desnudo resplandecía en la tenue luz amarilla del cuarto de baño.

La mujer seguía mirándose al espejo. La persona que había salido del retrete se volvió lentamente hacia ella. La mujer vio el rostro de su juventud reflejado junto a su propia cara envejecida. Su rostro joven le sonreía y ella se volvió lentamente hacia su yo joven. Ahora la cabeza ya no era solo una cabeza, sino que estaba de pie a sus espaldas. La cara, que era exactamente igual a la suya de joven, continuaba sonriéndole.

—Mamá.

Su tono de voz era un poco agudo, pero ya no se oía el gorgoteo similar al de una persona ahogándose.

—¿No me reconoces?

—Bueno...

Un chirrido similar al de una bisagra oxidada escapó de sus labios.

—¿Cómo has estado, mamá?

La mujer no respondió.

—Ya he terminado mi cuerpo. Y tal como te prometí, me iré y viviré por mi cuenta. He venido a despedirme y a pedirte un último favor.

La palabra «favor» captó su atención.

—¿Un favor?

—No te preocupes. —La cabeza sonrió para tranquilizarla.

—No puedo salir al mundo desnuda, ¿verdad? Ya fue bastante difícil acabar mi cuerpo solo con lo que me dabas, así que no pude crear ropa con la que cubrirme. Ahora, como primer y último favor, me gustaría pedir una muda de ropa con la que tapar mis vergüenzas y me marcharé de inmediato.

La mujer pensó en la ropa que tenía en el armario y se dispuso a salir del baño, pero «la cabeza» la detuvo:

—No quiero ser una molestia ni necesito ropa buena, mamá. Me bastará con la ropa que llevas puesta.

—¿Qué quieres decir? ¿Me estás pidiendo que me quite lo que llevo para dártelo? ¿Aquí, sobre las baldosas frías del baño? Deberías aceptar lo que te dé y marcharte, ¿a qué vienen esas exigencias?

—Por favor, cálmate, mamá —respondió mirando a la mujer con una expresión de anhelo—. Hasta ahora solo he recibido lo que tú desechabas. Este es el primer y último favor que pido. Si me das la ropa que llevas ahora, conservaré el olor y la temperatura del cuerpo de mi madre siempre conmigo y estaré agradecida hasta el día en que muera.

La mujer miró fijamente a su yo joven. A su cuerpo joven. A ese ser que se había originado no por medio de un útero y una placenta, sino a través del intestino y las heces. Observó esa cosa que había estado oculta en el agujero negro de la porcelana blanca torturándola durante mucho tiempo y que ahora prometía que iba a marcharse. Si de verdad era una despedida, si realmente se iba para no volver jamás, no le importaba darle una muda de ropa. Mientras su joven yo se secaba con la toalla, su viejo yo se desnudó. No llevaba puesto nada particularmente elegante: un suéter, un vestido sencillo, un corpiño, bombacha y medias. Se quedó desnuda y observó a la joven recoger y ponerse lentamente su ropa: bombacha, corpiño, vestido y suéter. Parecía examinar cada una de las prendas cuidadosamente. Finalmente se puso las medias y se abotonó el suéter. De repente la mujer sintió cómo un escalofrío recorría su cuerpo.

—Bien, ahora que ya estás vestida, márchate. Tengo frío y necesito ponerme algo.

Se dispuso a salir del baño para ir a vestirse.

Su yo joven la detuvo cortándole el paso:

—¿Adónde crees que vas? Tu sitio no está afuera, sino ahí —dijo señalando el retrete.

—¿Qué estás diciendo? Querías que te diera ropa y lo he hecho. ¿Qué es esa locura de que me meta en el retrete? ¡Márchate, vete de aquí! —protestó la mujer.

El rostro de la joven adoptó una expresión burlona.

—Exacto, me has dado todo lo que he pedido y ahora lo único que te queda es ese viejo cuerpo. Todo este tiempo he estado aguantando ahí abajo mientras tú disfrutabas de tu vida fuera. Ahora te toca a ti meterte en el retrete. Ocuparé tu lugar y disfrutaré de todo lo que tú has disfrutado.

La mujer estaba furiosa.

—¿Cómo puedes ser tan desagradecida? ¿Qué crees que hay ahí fuera que yo haya disfrutado tanto? Mi vida es como la de los demás, pero ¿acaso no me arruinaste hasta esa pequeña felicidad torturándome? A pesar de todo, soporté el asco y el odio que me provocabas y te convertí en lo que eres ahora. Así que, si tuvieses un poco de gratitud por todo lo que he hecho por ti a pesar de lo que me has hecho pasar, ¿no deberías desaparecer ahora que tu cuerpo está completo? ¡Fuera de mi vista y no vuelvas nunca!

La expresión burlona desapareció del rostro de la joven, cuyos ojos parecían echar fuego. Habló con los dientes apretados, escupiendo cada palabra en un tono lento y contenido.

—¿Gratitud? ¿Qué gratitud debería sentir? ¿Acaso te pedí nacer? ¿Alguna vez me cuidaste o me dirigiste una palabra amable, a mí, una criatura que surgió de ti? ¿Acaso no me creaste contra mi voluntad y después trataste de destruirme y deshacerte de mí con odio y asco? ¿Me has dado algo aparte de excrementos y basura? He tenido que soportar todo tipo de humillaciones y persecuciones hasta obtener lo necesario para completar mi

cuerpo humano, pero al fin lo he conseguido. Este es el día que he estado esperando en ese agujero negro toda mi vida. Ahora me he convertido en ti, ocuparé tu lugar y viviré tu vida.

La joven se acercó a la mujer. Con sus manos jóvenes y fuertes la agarró por los hombros y el cuello. Le metió la cabeza en el inodoro y rápidamente la agarró por los tobillos y la levantó. Después de empujar el cuerpo envejecido por el inodoro sin dificultad, la joven cerró la tapa y tiró de la cadena.

LOS DEDOS FRÍOS

Abre los ojos.

Oscuridad. Una negrura total. Es como si alguien le hubiera vendado los ojos con un manto negro. No percibe ni un atisbo de luz.

¿Se habrá quedado ciega?

Intenta a mover una mano delante de sus ojos. Parece ver algo gris, pero nada que pueda distinguir con claridad.

Tras mover varias veces la mano se da por vencida. La oscuridad es demasiado densa.

¿Qué hora debe de ser para que esté tan oscuro? ¿Y en qué parte del mundo?

Extiende el brazo y tantea el espacio delante de ella. Hay una cosa redonda y dura.

El volante.

Desliza la mano derecha detrás del volante. El contacto. La llave está puesta. La gira, pero no hay respuesta. El motor no arranca.

Con la mano izquierda tantea el lado opuesto. Toca algo que parece un palo duro. Lo empuja hacia abajo. El intermitente debería encenderse, pero no se ve ninguna luz. Tira de él hacia arriba, pero tampoco se enciende. Palpa la palanca y pulsa el interruptor de los faros. Por supuesto, tampoco se encienden.

¿Qué ha pasado?

Intenta recordar, pero su mente está tan oscura como el escenario que tiene delante.

—... fesora.

Oye la voz débil de una mujer y alza la vista.

—Profesora.

La voz la llama de nuevo y trata de volver la cabeza hacia ella, pero es tan débil que no puede determinar de dónde procede.

—Profesora Lee.

—¿Sí? —responde.

No sabe de dónde viene la voz, de quién es ni si realmente la está llamando a ella, pero el sonido de una voz en una oscuridad así resulta tan tranquilizador que necesita contestar como sea.

—¿Quién anda ahí? ¿Quién eres? ¡Estoy aquí!

—Profesora Lee, ¿se encuentra bien?

La voz viene del lado izquierdo.

—Profesora Lee, ¿está herida?

—No.

Mueve las extremidades y no siente ningún dolor.

—Entonces salga rápido del coche.

—¿Por qué? ¿Qué ha pasado? ¿Dónde estoy?

—Porque estamos en un pantano y el coche se está hundiendo poco a poco. Lo mejor es que salga cuanto antes —responde la voz con calma.

Intenta incorporarse. El cinturón de seguridad oprime su torso. Lo sigue hasta su cintura, aprieta el botón y lo desabrocha. Gira el cuerpo hacia la izquierda y empieza a buscar la manija de la puerta. Toca el cristal de la ventana y sigue tanteando hacia abajo.

—Dese prisa, profesora Lee —apremia la débil voz.

Toca la manilla con la mano izquierda y tira de ella. La puerta no se mueve. La empuja.

—¡Rápido, profesora Lee!

—La puerta no se abre.

No sabe qué hacer. La débil voz le da instrucciones:

—Está cerrado por dentro. Tiene que quitarle el bloqueo.

Tantea otra vez alrededor de la manija y palpa varios botones. Prueba a pulsarlos uno a uno y cuando presiona el tercero se oye un chasquido. La breve vibración que percibe a través de la puerta le parece el sonido de su salvación.

Tira otra vez de la manija y la puerta cede un poco, pero hay algo que la bloquea.

—No se abre —dice empujándola con el hombro.

—Es porque está atascada en el barro. Deje que la ayude —replica la voz justo a su lado.

Los dedos de alguien rozan la mano con la que está empujando la puerta y esta se abre un poco más.

—Rápido. Salga de ahí —dice la voz.

Siguiendo sus instrucciones saca primero la pierna izquierda del coche hasta que de repente se acuerda de algo.

—Es... espere un momento.

Se agacha en el asiento y empieza a palpar a su alrededor debajo del volante. Dos objetos duros y planos, el alargado de la derecha es el pedal del acelerador y el más ancho de la izquierda el freno. Extiende la mano derecha por debajo de los pedales. Siente la alfombrilla rasposa y el barro que la cubre, pero no encuentra lo que busca.

—¿Qué está haciendo? ¡Salga de ahí, rápido! —urge la voz.

—Un momento...

Alarga la mano todo lo posible debajo del asiento del conductor. Palpa una barra de metal alargada. Seguramente es la palanca para ajustar el asiento del conductor adelante y atrás. Toca por debajo y de nuevo nota solamente la alfombrilla, tierra y polvo.

Siente la pierna izquierda, la que tiene fuera del coche, elevarse un poco. La puerta del coche empieza a cerrarse poco a poco ejerciendo presión en su pierna semiflexionada. La voz grita:

—¡Profesora Lee, dese prisa! ¡No sé lo que busca, pero déjelo y salga ya!

—Pe... pero... —titubea ella.

—¿Pero qué? ¿De qué se trata? —pregunta la voz.

—Es muy importante... —replica ella vagamente.

Se toca la mano izquierda con la derecha. El dedo anular no tiene nada. Tienta alrededor del asiento el conductor en el que está sentada y luego en el del copiloto.

—¿Qué es tan importante? ¿Qué es? —pregunta la voz de nuevo.

Extiende su brazo derecho todo lo que puede debajo del asiento para pasajeros mientras se sujeta a la carrocería con la otra mano.

—Un anillo...

Su mano no llega al asiento de al lado, solo palpa el freno de mano y la palanca de las marchas. Logra estirar un poco más el brazo. No hay nada debajo del asiento del copiloto. Quizá sea debido a su extraña postura, pero su mano no alcanza la parte inferior del otro asiento. Los dedos de antes vuelven a rozar su mano izquierda.

—¿Se refiere a esto?

Un objeto pequeño, redondo y duro le toca la mano izquierda. Los dedos de alguien lo empujan en su anular.

Ella se incorpora en el asiento y se toca la mano izquierda con la otra. Todavía no puede ver nada, siente su textura y la presión de su grosor un poco incómoda, pero familiar entre sus dedos.

—¿Se refiere a esto? —repite la voz.

—Sí... ¿Cómo lo...?

—No importa, lo he encontrado. Ahora salga deprisa, es peligroso —apremia la voz.

Empuja con la mano derecha la puerta que se va cerrando poco a poco. Apenas logra que la parte izquierda de su cuerpo pase a través de ella.

—Tenga cuidado —advierte la voz—. La tierra es blanda.

El pie izquierdo aterriza en el suelo con un plop. Se baja con cuidado del coche agarrándose a la puerta con la mano izquierda y a la carrocería con la otra.

Con cada paso que da sus pies se hunden un poco más. Le resulta difícil mantener el equilibrio. Cuando trastabilla, los dedos fríos se aferran a su mano izquierda.

—Cuidado, vaya despacio, paso a paso.

Se aleja del coche con cautela tal como le indica la voz.

De repente se detiene.

—¿Qué sucede? —pregunta la voz.

—No... ¿no ha oído eso?

—¿El qué?

Ella aguza el oído.

—Hay... alguien. Creo que hay alguien aquí.

La voz se detiene un momento como tratando de escuchar. Y después dice:

—Debe haber oído mal, aquí solo estamos las dos.

Ella vuelve a escuchar.

Es un sonido vago y distante que al mismo tiempo siente como si le hablase al oído. Se parece a una voz humana y también al rumor del viento.

El sonido se desvanece y se hace el silencio.

—Estoy segura de que había alguien aquí...

—Aquí no hay nadie aparte de nosotras dos —responde la voz con firmeza—. Si ha escuchado algo probablemente se trate de algún animal salvaje.

Los dedos aprietan su mano izquierda.

—Rápido... Creo que deberíamos marcharnos de aquí.

La voz parece aterrada.

Una sensación de miedo la recorre como una descarga desde los dedos que le aprietan la mano izquierda hasta atravesarle el corazón.

Empieza a caminar en silencio.

De vez en cuando sus pies se hunden en el suelo blando y se tambalea. Cada vez que eso ocurre los dedos, que le agarran la mano tan fuerte que le duele, la mantienen firme y la ayudan a mantener el equilibrio.

No tiene forma de saber adónde se dirigen ni dónde están. Sin embargo, la voz suena tan asustada como se siente ella y los dedos que agarran su mano izquierda parecen dignos de confianza. Así que decide creer en la voz y los dedos mientras continúa caminando paso a paso sobre el suelo movedizo en esa impenetrable oscuridad.

—Ah, ya está.

La voz suena aliviada.

—A partir de aquí el suelo es firme.

En ese momento su pie izquierdo aterriza en suelo firme y seco. A continuación pone el derecho.

—Caminar es mucho más fácil —dice la voz, contenta.

—¿Descansamos un poco? —sugiere ella.

Caminar sin parar a oscuras por el barro en el que se hundían los pies ha sido agotador tanto física como mentalmente.

Se sienta en el camino y la dueña de la voz débil lo hace a su lado. No puede verla, pero nota como se sienta.

—Ese anillo... debe de ser muy importante, ¿no? —pregunta con cautela la voz débil.

Ella toca el objeto redondo, duro y liso que lleva en el anular de la mano izquierda.

—Pues... sí.

—¿Es realmente tan... importante? —pregunta cautelosa de nuevo la voz.

—Sí, es que...

Ella continúa toqueteando el dedo del anillo.

Esa mano grande, cálida, el recuerdo de cómo estrechaba la suya, la cara familiar que siempre se alegraba de ver, el júbilo, la felicidad... todo eso. Le parecía importante y valioso.

Pero cuanto más se esfuerza en hacer memoria más se le diluyen los recuerdos hasta que, como los últimos rayos del sol, desaparecen dejando un tenue rastro de calor. Lo único que queda en su mente es eso que la había dominado y rodeado desde el instante en que abrió los ojos: oscuridad.

Mientras, guarda silencio y la voz se disculpa.

—Lo siento, no pretendía entrometerme.

—No se preocupe.

Empieza a sentir que algo va mal.

—La verdad es que no recuerdo bien... Tengo la mente envuelta en la oscuridad...

—¡Oh, no! ¿No estará herida? —se preocupa la voz.

—Pues... no me duele nada.

—Veamos.

Siente los dedos palpar su frente y su cabeza.

—¿Le duele? —pregunta la voz.

—No.

Los dedos toquetean sus sienes.

—¿Y aquí?

—Estoy bien...

—¿Qué hacemos? —la voz deja escapar un leve suspiro—. Tenemos que salir de aquí cuanto antes e ir a un hospital.

Ella se toca la cabeza y la cara. No parece haber ninguna herida y tampoco está sangrando. Solo hay oscuridad llenando su mente.

—Uhm... disculpa... —dice cuando termina de palparse la cabeza y la cara—. ¿Dónde estamos? ¿Cómo... hemos acabado aquí?

—Oh, ¿de verdad no lo recuerda? —pregunta la voz sorprendida.

—No recuerdo nada —responde abatida.

—Fuimos a visitar la nueva casa de la profesora Choi y su marido y tuvimos un accidente en el camino de regreso... ¿No lo recuerda?

—No.

Nada, no recuerda absolutamente nada. Rebusca en el interior de su mente, pero solo encuentra oscuridad.

—Eh, profesora... —la voz suena inquieta—. ¿Entonces tampoco recuerda quién soy?

Ella duda. Quiere llorar.

—No...

—¡Ay, Dios mío! ¿Qué hacemos?

Entonces la voz se vuelve aún más débil como si hubiera perdido la fuerza.

—Soy la profesora Kim... de la clase contigua a la suya, sexto curso, grupo B... ¿no lo recuerda?

—No sé...

Así que «profesora» significa maestra de primaria, piensa.

—Hasta el año pasado la profesora Choi enseñaba a los estudiantes de quinto curso, pero se casó y dejó el trabajo... Se fue con su marido a vivir fuera de Seúl y nos invitó a su fiesta de celebración por la nueva casa. ¿De verdad no lo recuerda?

—No...

—Esto es muy grave...

Los dedos vuelven a agarrarle la mano izquierda con firmeza como antes.

—Deberíamos seguir.

—¿Eh?

Antes de darse cuenta está de pie.

Ahora la voz habla con firmeza:

—Profesora Lee, creo que su estado es más serio de lo que piensa. Será mejor que no perdamos más tiempo y vayamos a un hospital.

—Sí...

—¿Está demasiado cansada?

—¿Eh? No, no...

—Entonces vamos.

Los dedos tiran suavemente de su mano izquierda y ella empieza a seguirla.

Mientras caminan, pregunta:

—Entonces, ¿cómo tuvimos el accidente?

La voz suspira.

—No lo sé... Yo bebí demasiado y por eso conducía usted.

Ella se queda callada un instante sintiéndose culpable. Tras una pausa pregunta:

—Entonces, ese coche... ¿era suyo, profesora Kim?

La voz no responde.

Debido a la culpa y la vergüenza ella tampoco se atreve a seguir preguntando, pero después de un rato caminando en silencio no puede evitarlo:

—Este lugar... ¿sabe dónde estamos?

—No lo sé —responde la voz en un tono que parece reacio a dar explicaciones.

—La casa de la profesora Choi... ¿dónde está exactamente? ¿Está cerca de aquí? —pregunta de nuevo.

—Yo tampoco estoy segura... Me quedé dormida justo después de que saliéramos —responde la voz vagamente.

Ella piensa un poco más y pregunta:

—¿No tendrá un celular?

Por un momento la voz no dice nada. Entonces responde con otra pregunta:

—¿Un celular? No, no tengo. ¿Tiene usted uno, profesora Lee?

—No, yo tampoco...

—¿No encontró el suyo mientras buscaba el anillo?

—No había nada en los asientos de delante —responde ella sintiendo un deje de reproche en la voz.

—¿Y en los de detrás?

—Estaba demasiado oscuro para ver. Quizá salió volando por la ventana... —contesta titubeante.

La conversación se detiene de nuevo.

No sabe cuánto tiempo llevan caminando desde que ha salido del coche. A su alrededor, la oscuridad sigue siendo total. No hay luna ni estrellas. Se pregunta cuánto más van a tener que caminar hasta que amanezca.

—¿Adónde estamos yendo? —pregunta finalmente con cautela.

La voz no responde.

—¿Sabe hacia dónde vamos?

La voz permanece en silencio un momento y en lugar de responder dice:

—Lo siento por la profesora Choi.

—¿Cómo? —pregunta ella desconcertada.

—Estaba tan feliz cuando se casó, como si fuera la dueña del mundo, pero luego se divorció al cabo de un año, dejó su trabajo en la escuela... —murmura la voz como hablando para sí misma.

Ella espera, pero la voz no añade nada más, así que pregunta:

—¿De qué está hablando?

—No es culpa suya que su marido le pusiera los cuernos... ¿No le parece injusto? Dicen que los profesores deben dar ejemplo, pero al fin y al cabo es una mujer, y además una mujer divorciada...

—¿De qué está hablando? ¿No acaba de decir que la profesora Choi era una recién casada?

La voz soltó una risita.

—Bueno, supongo que todavía es una recién casada si solo ha pasado un año desde...

—Pero acaba de decir que hemos ido a la fiesta para inaugurar la nueva casa de la pareja.

—Profesora Lee, creo que se ha dado un buen golpe en la cabeza. Después de divorciarse la profesora Choi se fue a vivir sola a los suburbios y la estábamos visitando como celebración y también para consolarla —explica la voz pacientemente.

Pasado un instante la voz sigue murmurando para sí:

—Vivir sola la convirtió en una alcohólica, todo lo que bebía...

—Pe... pero... —se siente confusa.

—¿De verdad no recuerda nada? —pregunta la voz—. Madre mía, tenemos que encontrar un hospital rápido... —añade como para sí misma.

Al oír esas palabras ella cierra la boca y caminan en silencio durante un rato.

Mientras camina mira al cielo. Está tan oscuro que ni siquiera sabe si lo que está mirando es el cielo. Piensa que es la primera vez en su vida que se siente indefensa en la oscuridad. Si han sufrido un accidente de coche significa que han ido por una carretera, entonces ¿por qué no se ve ninguna farola?

¿Dónde demonios están? ¿Y adónde van?

—Pobre profesora Choi...

La débil voz vuelve a hablar mientras camina delante de ella.

Ella no dice nada.

—Su madre no paraba de llorar... Era demasiado joven para morir de una forma tan horrible.

—¿De qué habla? —la interrumpe ella con brusquedad.

La voz lanza un suspiro.

—Usted también la vio, profesora Lee, en el funeral... Ah, claro, no recuerda nada.

—¿De qué funeral está hablando? Hace un momento era una fiesta por su nueva casa —replica ella con más fuerza al notar un deje burlón en la voz.

La voz chasquea la lengua.

—Tiene que haberse dado un golpe muy fuerte... No importa que lo quisiera mucho, suicidarse de esa forma por un hombre del que estaba enamorada... Y tan joven, pobre familia...

—Pero ¿no ha dicho que la profesora Choi estaba casada? —pregunta forzando la voz para que no se note que tiembla—. ¿Y que su marido le puso los cuernos y se divorció?

La voz deja escapar un suspiro.

—Guau... ¿De qué demonios habla? Se cree que lo sabe todo...

—Pero si lo ha dicho hace un momento. Ha dicho que la profesora Choi se había casado e inauguraba su casa, que luego se divorció...

—Profesora Lee, está hablando en círculos. ¿Le duele mucho la cabeza?

Ella se calla.

—La de Choi es una historia bien patética, ¿no le parece?

Tras un momento de silencio la voz sigue murmurando:

—No importa lo ciega que estuviera, toda la escuela sabía que él la engañaba con la profesora de la clase de al lado, solo ella siguió negándose a verlo hasta el final... Luego, cuando esa mujer le robó el marido, dejó la escuela y armó todo ese escándalo sobre que iba a suicidarse...

La voz hace una pausa. Ella espera.

—Y al final se mató de verdad... —murmura la voz en un tono que tanto podría ser de lástima como de burla.

Ella siente un dolor agudo cuando la breve pero intensa confianza que tenía en la voz se hace añicos y el terror le paraliza el corazón.

Da un paso hacia la derecha con cautela. La voz sigue a su izquierda murmurando para sí misma.

—La vida es tan injusta... Todos nacemos iguales, pero mientras unas roban maridos y se casan con ellos a otras les chupan la sangre y las escupen como chicles usados...

Ella no responde y la voz prosigue:

—¿No es curioso? Dos personas sufren el mismo accidente, pero una vive para contarlo y la otra muere en el acto.

—¿Quién eres? —pregunta ella incapaz de reprimir el temblor de su voz.

La voz continúa hablando con despreocupación.

—¿No te parece injusto? Sola cuando estás viva y sola cuando estás muerta..

—Eh, ¿quién eres? ¡¿Qué me ha pasado?! —grita ella.

A su izquierda la voz suelta una risita.

—La gente es muy graciosa, ¿no crees? Solo porque sienten miedo van por ahí confiando en cualquier voz que oyen cerca, aunque no vean nada...

—¡¿Qué eres?! —grita ella—. ¡¿Dónde estamos?! ¡¿Adónde me llevas?!

—Siguen a una voz extraña a un lugar desconocido solo porque finge amabilidad... —murmura la voz con una risita.

No puede soportarlo más y echa a correr.

El murmullo de la voz sigue sonando tras ella.

—Ni siquiera sabe quién es ni adónde va...

Corre. No sabe hacia dónde corre, pero siente cierto alivio al notar que la voz parece alejarse, así que sigue corriendo a ciegas.

De repente el suelo se hunde bajo sus pies. Pierde el equilibrio y cae. Mientras intenta ponerse en pie una luz brillante la deslumbra. Sus ojos, acostumbrados a la oscuridad, dejan de funcionar ante el repentino resplandor. Se queda paralizada en el torrente de luz.

Durante un segundo puede verse claramente sentada en un coche que ha perdido el control y se dirige hacia ella a toda velocidad y se precipita fuera de la carretera. Puede ver sus facciones tensadas por el terror, sus manos aferradas al volante rígido y otros cinco dedos que lo sujetan burlones entre sus dos manos. Y de nuevo la oscuridad total.

—. . fesora.

El débil hilo de voz de una mujer. Abre los ojos.

—Profesora.

Es la voz llamándola otra vez. Trata de volver la cabeza hacia el lugar de donde procede la voz, pero su cuello no se mueve.

—Profesora Lee.

Antes de poder responder otra voz familiar contesta.

—¿Sí?

Al oír su propia voz respondiendo a esa voz débil siente como si todo su cuerpo se retorciera bajo el coche. Sin embargo, su cuerpo no se mueve. Un lodo viscoso o una sustancia que se le

parece, pegajosa, persistente y ominosa ya le cubre las piernas hasta las rodillas, los muslos y la cintura, y sigue subiendo lenta e inexorablemente.

Oye una conversación a lo lejos.

—¿Quién anda ahí? ¿Quién eres? ¡Estoy aquí!

—Profesora Lee, ¿se encuentra bien?

Ella forcejea. Su brazo derecho está atrapado bajo la rueda y apenas logra liberar su mano izquierda. Se agarra al parachoques. Concentra todas sus fuerzas en el brazo izquierdo en un intento por sacar su cuerpo de debajo del coche.

De repente, unos dedos fríos tocan su mano izquierda. La cierra en un puño, pero ya es demasiado tarde. Los dedos fríos le han arrebatado del dedo su anillo redondo, liso y duro.

—No...

Quiere gritar, pero la voz no le sale.

—Calma... —la débil voz susurra a su oído—. No debería moverse, está gravemente herida. Pro-fe-so-ra Lee.

La voz se aleja con una risita.

Siente una pequeña vibración presionándole el cuerpo.

—Cuidado, vaya despacio, paso a paso.

Abre la boca y grita con toda la fuerza, miedo, furia y desesperación acumuladas en su corazón.

—¿Qué pasa? —oye que pregunta la voz.

—¿Ha oído eso?

—¿El qué? —pregunta de nuevo la voz.

—Hay... alguien. Creo que hay alguien aquí...

—Debe haber oído mal, aquí solo estamos las dos —dice la voz.

Oye el ruido sordo de unos pasos pesados sobre el suelo blando. La conversación se va volviendo más distante.

El coche se hunde. Escucha el crujido de los huesos romperse en alguna parte de su cuerpo. Por extraño que parezca, el sonido le hace darse cuenta de que ya no siente dolor. Solo siente el enorme peso del coche que la arrastra hacia un abismo de oscuridad desconocido.

LA MENSTRUACIÓN

Tener la menstruación: menstruar, estar indispuesta.

El sangrado no se detenía. Ya era el duodécimo día de menstruación. Normalmente el flujo empezaba a disminuir el tercer día y el quinto o el sexto terminaba, pero ya llevaba casi dos semanas sin dar señales de remisión. La cantidad parecía disminuir por la noche, pero regresaba de forma irremediable por la mañana.

Incluso pasados quince días el sangrado continuaba. ¿No debería ir a un ginecólogo? Pero la consulta de un ginecólogo no era un lugar al que una mujer joven soltera y virgen pudiera acudir sin sentirse extrañamente culpable.

A partir del vigésimo día empezó a sentirse mareada y el cansancio era tal que empezó a afectar a su vida diaria. Finalmente decidió ir al ginecólogo.

Sin mediar palabra el doctor esparció un gel transparente y resbaladizo en su estómago y pasó un disco frío de metal sobre él.

—No veo nada extraño —murmuró mientras observaba la imagen borrosa en blanco y negro de la pantalla.

Por más que trató de limpiarse el gel, cuando se puso la ropa y regresó a la consulta seguía teniendo las manos y la camiseta manchadas.

El doctor abrió su expediente médico y preguntó:

—¿Has sufrido mucho estrés últimamente? ¿Ha habido algún cambio en tu entorno?

—Estoy escribiendo la tesis de máster en la universidad... pero tampoco es que esté muy estresada

El médico le lanzó una mirada y se puso a garabatear algo en su informe médico.

—El estrés puede causar desequilibrios hormonales temporales. Los resultados de la ecografía son normales, así que probaremos con anticonceptivos. Tómalos durante tres semanas, descansa una, luego tres semanas, otra de descanso y así sucesivamente. En dos o tres meses todo habrá vuelto a la normalidad.

Empezó a tomar las pastillas anticonceptivas.

Las tomó durante tres semanas y luego descansó una. Después otras tres semanas más y las dejó pasados dos meses. Pero la menstruación, que empezó dos días después de dejarlas, no cesó hasta pasados más de diez días. Volvió a las pastillas y el sangrado se detuvo como si nunca hubiera existido. Tres semanas después intentó dejarlas otra vez, pero le sucedió lo mismo, y terminó tomando las pastillas durante seis meses seguidos. Al sexto mes la menstruación se detuvo al cabo de cinco días. Al fin, pensó.

Pasado un mes, se levantó de la cama una mañana, pero tuvo que volver a tumbarse cuando la habitación empezó a dar vueltas. Se pasó el día con náuseas. El mareo era insoportable y no pudo comer nada. Se sentía somnolienta y febril.

Decidió ir a hacerse un chequeo al hospital. Le hicieron una radiografía y análisis de sangre y orina.

El doctor le informó de los resultados sin mostrar ninguna emoción.

—Estás embarazada.

—¿Disculpa?

—Deberías ir a ver a la obstetra.

Bajó varias plantas para visitar a una de las obstetras del hospital, una mujer en la treintena que llevaba dos dedos de maquillaje. Después de un examen bastante desagradable la doctora declaró con frialdad:

—Estás embarazada de seis semanas.

—Pero si no estoy casada y ni siquiera tengo novio —protestó ella.

—¿Nunca has tenido relaciones sexuales? ¿Has tomado alguna medicación últimamente?

—Estuve tomando pastillas anticonceptivas durante un tiempo porque la menstruación no se detenía.

—¿Cuánto tiempo?

—Seis meses.

La doctora le dirigió una mirada penetrante entrecerrando los párpados cubiertos con una sombra azul excesiva y lápiz de ojos negro.

—¿Te las prescribió el médico?

—El doctor me dijo que las tomase durante dos o tres meses, pero se pueden comprar sin receta, así que... —respondió sintiéndose extrañamente avergonzada.

—Si el doctor te dijo que las tomases solo dos o tres meses no tendrías que haberlas tomado más tiempo.

—Pero es que la menstruación no se detenía...

La obstetra abrió los labios pintados de un rojo carmesí brillante y dejó escapar un bufido de irritación.

—Si tomas anticonceptivos durante mucho tiempo y tu cuerpo tiene alguna anomalía, puedes quedarte embarazada como efecto secundario.

—¿Qué? Pero... ¿los anticonceptivos no son precisamente para evitar el embarazo? —replicó ella débilmente.

La doctora volvió a clavarle sus ojos supermaquillados con sombra azul y delineados de negro.

—Es culpa tuya si sufres efectos secundarios por abusar de las pastillas. Los medicamentos no pueden tomarse a la ligera.

—Entonces... ¿qué hago?

La doctora echó un vistazo al informe médico.

—¿El bebé tiene padre?

—¿Perdón?

—Pregunto que si hay alguien que pueda ser su padre.

—No...

La doctora levantó la vista del informe y volvió a dirigirle una mirada aterradora a través de su espeso maquillaje.

—Tendrás que darte prisa y encontrar un hombre que esté dispuesto a ser el padre.

—¿El padre? Pero ¿por qué?

—Bueno, estás esperando un niño, necesitará un padre, ¿no? —le espetó la obstetra.

—¿Y qué pasa si no hay padre?

—Como te has quedado embarazada en circunstancias anormales, si no encuentras pronto una pareja masculina, las células del feto no se dividirán ni crecerán de forma apropiada. ¿Verdad que en el supermercado hay huevos fertilizados y otros sin fertilizar? Pues esto es lo mismo. Si el feto no se desarrolla bien, el embarazo no transcurre con normalidad y eso tiene un efecto negativo en la madre. ¿Lo entiendes? —explicó la doctora mirándola a la cara con irritación.

—Hummm... ¿qué tipo de efecto negativo?

—Depende del caso, solo llevas seis semanas, así que aún no puedo decirte lo que va a pasar.

La doctora suspiró.

—Será mejor que encuentres un padre rápido para el niño. De lo contrario vas a pasarlo mal.

Su familia opinaba que lo mejor sería dejar las clases y encontrar a alguien que pudiera ser padre del niño antes de que su embarazo fuese evidente. En el formulario que rellenó en la universidad escribió «enfermedad» como motivo de la excedencia. A su malhumorado tutor le molestó que se tomara un descanso justo cuando su tesis estaba empezando a tomar forma.

Ella tampoco quería interrumpir su trabajo, pero no tenía otra opción. La gente del departamento se compadeció de ella como si hubiese contraído una enfermedad incurable.

Al dejar los estudios se quedó sin nada que hacer. Lo contrario que su familia, que se enfrascó en la tarea de «encontrar un padre para el niño». Al poco tiempo asistió a la primera cita organizada por su madre y la casamentera en una cafetería.

En cuanto las dos mujeres los dejaron solos, se instaló un silencio incómodo entre aquel extraño y ella. Era su primera cita y no sabía qué decir, adónde mirar o qué hacer con las manos. Además, las náuseas matutinas, que últimamente habían disminuido, habían regresado con intensidad ese día, y el fuerte aire acondicionado de aquella elegante cafetería de hotel junto con el olor del café le provocaban escalofríos y hacían que se le revolviera el estómago.

—Así que... ¿estás estudiando un posgrado?

Tras un rato de silencio el hombre se puso a hablar en tono de disculpa.

—Sí... —apenas acertó a responder ella entre temblores. Sus labios estaban azules por el frío.

—¿En qué especialidad?

—Literaturas eslavas.

—¡Qué curioso! Estoy seguro de que no hay mucha gente que estudie la literatura de Noruega en Corea.

—En realidad no es de Norue...

De repente no pudo soportar más el olor del café. Echando por la borda su dignidad se levantó y corrió al baño. Durante un buen rato exprimió dolorosamente su estómago vacío pero no vomitó más que café, bilis y aire. Mientras se enjuagaba la boca y se lavaba las manos, rezó para que el hombre se hubiera ido. Sin embargo, estaba esperándola fuera del baño de mujeres con cara de preocupación. Cuando salió tambaleándose, él le ofreció su brazo para que se apoyara.

—¿Estás bien?

—Sí, lo siento —respondió ella sonrojándose y sin saber qué hacer.

El hombre la ayudó a volver a la mesa. Mientras se apoyaba en él se fijó en que sus hombros eran lo bastante anchos como para rodearla con un brazo. Observó que esos brazos y hombros, fríos por el aire acondicionado, eran fuertes y firmes, pero al mismo tiempo cálidos y acogedores. La habitación todavía daba vueltas, le temblaban las piernas y estaba tan avergonzada que le habría gustado salir corriendo, pero al constatar todo eso aún se sonrojó más.

—¿Te encuentras muy mal? ¿Quieres que nos vayamos?

—Lo siento mucho. ¿Podemos sentarnos un momento?

—Ah, sí. Claro.

Ella se desplomó en su silla y se quedó callada, sin saber qué decir. El hombre siguió sorbiendo su café por hacer algo.

—¿Estás enferma? Espero que no hayas tenido que salir por mi culpa...

—No, es que tengo náuseas por las mañanas porque... estoy embarazada.

—Ah, ¿en serio? Felicidades.

—Gracias.

—Entonces debe de haber sido el olor del café lo que te ha molestado, ¿no? ¿Le pido que se lo lleve?

El hombre se apresuró a llamar al camarero.

—Gracias.

Seguía avergonzada, pero al menos no tenía que oler más el café.

—Pero imagino que el embarazo no está muy avanzado, ¿verdad?

—Solo dos meses.

—¿Entonces no sabes si será niño o niña? Perdona, no quiero parecer entrometido.

—No, está bien. Todavía no lo sé. Preferí no preguntarlo.

—Supongo que es más divertido esperar y tener una sorpresa.

El hombre era educado, amable y un interlocutor inesperadamente agradable. Estuvieron hablando sobre embarazos y bebés durante un rato hasta que ella preguntó abruptamente:

—¿Te gustaría ser el padre de mi hijo?

—¿El padre?

—Sí, en realidad he venido aquí para proponértelo.

Le contó cómo se había quedado embarazada con los anticonceptivos y lo que la doctora le había dicho. El hombre la escuchó con el rostro serio. Cuando terminó parecía sumido en sus pensamientos.

—Hummm... Antes de responder tendría que pensarlo un poco más —dijo al fin—. Cuando decidí venir no conocía tu situación... Una cita a ciegas es una cita a ciegas, pero convertirse en padre no es una decisión que se pueda tomar a la ligera. Lo siento.

—No, no. Está bien.

—Ahora mismo no puedo darte una respuesta, pero quizá si nos viéramos un poco más y nos conociéramos mejor podría tomar una decisión. ¿Te parece bien?

—Muy bien.

Al principio ella se negó a que el hombre la llevara a casa en coche, pero el hombre insistió.

—En realidad soy chófer de profesión, así que puedes fiarte —dijo riendo.

Cuando se bajó enfrente de su casa y se despidieron, ella cayó en la cuenta de que después de haber estado toda la tarde hablando con ese hombre lo único que sabía de él era su profesión.

Después tuvo varias citas con otros hombres, pero ninguna cuajó. A menudo corría al baño de señoras, se pasaba allí un buen rato y al salir se encontraba con que el hombre se había marchado. Cuando decía que estaba buscando un padre para su hijo algunos se ponían a fumar por la tensión y otros manifestaban su desagrado por la situación. Empezó a cansarse de las citas y gradualmente fue convenciéndose de que el primer hombre

era el mejor, pero costaba mucho contactar con él debido a su horario de trabajo irregular.

Poco a poco fue creciéndole la panza, y a los cinco meses el embarazo se hizo evidente. Sus náuseas matutinas parecieron empeorar durante un tiempo, pero acabaron remitiendo. Le crecieron los pechos y aumentó de peso al punto que le dolían las caderas y los pies. A menudo se quedaba sin aliento, se le hinchaban los tobillos y sentía una opresión en el pecho. Sudaba mucho y no paraba de ir al baño. En el hospital le dijeron que todos esos síntomas eran normales. Sin embargo, a los seis meses el feto dejó de moverse. Solo sentía un ligero aleteo o temblor en su vientre, pero no era la sensación de un bebé dando patadas dentro de ella.

La obstetra de espeso maquillaje se burló de sus preocupaciones y la riñó.

—¿Todavía no has encontrado un padre para el bebé? Todo lo que te pasa es por eso.

—Bueno, es que no es tan fácil…

—¿Acaso hay algo fácil en la vida? ¿Te creías que el embarazo sería fácil? ¿Qué vas a hacer al respecto? ¿No te das cuenta de que te queda poco tiempo?

—Estoy buscando, pero…

—¿Cómo puedes ser tan irresponsable con tu hijo? Piénsalo, en este momento hay una vida creciendo en tu interior. Quiero decir, estás gestando un ser humano. ¡Tienes que responsabilizarte de la vida de una persona! Si no te preocupas ahora por el desarrollo del feto me pregunto qué harás cuando nazca.

—Pero eso…

—Pareces relajada porque todavía no puedes ver al bebé, pero si sigues así verás lo que le habrás hecho al feto. Quiero decir, si quieres dar a luz a un bebé sano y normal tienes que encontrar a un padre lo antes posible.

—Pero sí que pienso en el bebé y estoy intentando encontrar un buen pa…

—¡Pues te veo muy tranquila!

La doctora estaba hecha una furia. Mientras la miraba pareció que los ojos sombreados de azul y perfilados de negro iban a salírsele de las órbitas.

Abatida, se marchó rápidamente del hospital.

Con esa panza no era fácil concertar citas. Cuando el hombre de su cita número treinta y siete le miró la panza y se marchó de la cafetería sin mediar palabra, decidió que no tendría más citas. Proclamó a los cuatro vientos que ya que había concebido a su hijo sola, lo criaría sola. Pero nada podía hacer ante la ansiedad y los remordimientos que la atormentaban, pues temía estar dañando irreparablemente al bebé al tenerlo sin un padre.

Se pasaba los días en la cama escuchando música y viendo videos para embarazadas. Comía alimentos ricos en hierro porque las náuseas matutinas habían sido sustituidas por la anemia. No hubo ningún cambio en su sentido del gusto, y tampoco se le antojaron alimentos que normalmente no le gustaban. Sus días transcurrían lentos y tranquilos, y sus parientes, que normalmente no se preocupaban por ella, de repente se interesaban por su bienestar y la trataban como a una frágil reliquia, asegurándose de procurarle cualquier cosa que necesitase o quisiera comer. Aparte de las veces que tenía que ir a la obstetra para que la examinara, su vida se había estabilizado y estaba contenta.

Un día, mientras leía cuentos de hadas para embarazadas y escuchaba música para embarazadas, sonó el teléfono. Era un mensaje de texto.

«Llámame de inmediato».

Nunca había visto el número que aparecía en la pantalla. Pensó que debía tratarse de una equivocación y lo borró.

Unos diez minutos más tarde el teléfono sonó otra vez. Era el mismo mensaje, pero esta vez con signos de exclamación.

«¡¡Llámame!! ¡¡De inmediato!!»

Alguien con una emergencia que debía tener el número equivocado. Llamó.

—¿Diga? —respondió una voz desconocida de hombre.

—¿Hola? ¿Me acabas de enviar un mensaje?

—¿Eres Kim Young-ran?

Eso la sorprendió.

—Sí, soy Kim Young-ran. ¿Y tú quién eres?

Oyó unos susurros.

—¿Hola?

—*It is mai leidi, oh, it is mai lov! O, datse, quiero decir, dat si, si niu si woh! Si spiks yet si sechs no, espera, nossing. Wot of dat? Jir ai disukosim, ai güil enso it, Ai em tu bold, oh, tu, dis nat tu mi sui spik...*

[It is my lady, O, it is my love! / O, that she knew she were! / She speaks yet she says nothing: what of that? / Here eye discourses; I will answer it, / I am too bold, 'tis not to me she speaks...]

—Ejem... ¿hola?

El hombre continuó alzando la voz:

—*tu ob do pe, peiresu stach in ol do jeven, jebing som bisnes, du, o, en, enturit, tu, tu tuingkel.*

[Two of the fairest stars in all the heaven, / Having some business, do entreat her eyes, / To twinkle...]

—¡Oiga!

El hombre dejó de leer.

—¿Qué cree que está haciendo?

—Es de *Romeo y Julieta*, de Shakespeare. Acto dos, segunda escena, en el jardín de Capuleto.

—¿Perdón?

—Es como me siento. Lo supe desde el momento en que vi tu foto en el periódico, supe que eras la mujer de mi vida. *O yu a mai robu, mai boning hat...*

—¿Qué periódico?

—Pude percibir tu feminidad y sensibilidad literaria en el titular al instante: «Busco a un hombre que sea el padre de mi bebé», en lugar de decir que buscaba un marido. Señorita

Young-ran, estamos hechos el uno para el otro. Con nuestra pasión por la literatura, *tu guet dip end ondostendin*...

—Mire, creo que ha habido un malentendido...

—Aunque soy tan pobre que no he tenido otro remedio que pedirte por mensaje que me llames tú, prometo que algún día pagaré la llamada. ¡El capitalismo no es nada frente a la fuerza del amor y de la pasión! *Oh, mai leidi, mai red, red rous.*

—¡No soy licenciada en filología inglesa!

Colgó el teléfono y buscó el periódico del día. En la última página aparecía su fotografía acompañada de un titular en letras grandes «Busco a un padre para mi hijo». Al lado de la fotografía estaba su nombre, su edad y su ocupación: «Estudiante de posgrado de literatura». Debajo aparecía su número de teléfono claramente impreso.

Durante la cena blandió el periódico y reprendió a su familia. Avergonzados, reconocieron que había sido un último intento desesperado por encontrarle un padre al niño.

—Pensamos que sería más fácil si decíamos la verdad de la situación desde el principio.

Aunque estaba enfadada, al recordar la advertencia de la doctora no pudo evitar estar un poco de acuerdo. Después de eso recibió muchas llamadas, pero respondió a todas pacientemente con un atisbo de esperanza. Cuando se negó a responder los mensajes de su «Romeo», este empezó a llamarla todos los días. Cada vez le leía una escena de alguna obra teatral de un personaje masculino cortejando a una mujer y le imploraba que se vieran al menos una vez. También recibía muchas llamadas de broma de niños y algunas serias de mujeres ofreciéndose a presentarle a sus hermanos, padres, hijos e incluso maridos. También hubo amenazas.

—¿Diga?

—¿Es la señorita Kim Young-ran?

—¿Sí?

—¿No te acuerdas de mí?

—¿Eh?

—De cuando tuvimos sexo, ¿no te acuerdas? El bebé que llevas dentro es mío.

—Ejem... creo que se ha equivocado de nú...

—No te hagas la tonta. Hablemos. Lleva diez millones de wones a la cafetería del Hotel MM mañana por la tarde y mantendré la boca cerrada.

—¿Cómo? Perdone, ¿a qué número ha llamado?

—¿Eres imbécil? ¿Mañana es demasiado pronto? Está bien, te daré algo más de tiempo. Lleva el dinero este fin de semana a la cafetería del MM. De lo contrario iré por tu barrio contando que tuvimos sexo y que el bebé es mío. ¿Entiendes? Todo el mundo se enterará de lo puta que eres.

—En realidad es eso lo que necesito, un padre para el bebé...

—Tu futuro está en juego, así que piénsalo. Diez millones de wones este fin de semana. ¿Lo entiendes?

Le colgó el teléfono.

Durante un tiempo tuvo que aguantar muchas llamadas sin sentido como esa. Hasta que al fin, un día recibió una que despertó su interés.

—¿Diga?

—Llamo por el anuncio, ¿es la señorita Kim Young-ran?

Era la voz de un hombre joven y educado.

—Sí, dígame.

—Dice que está buscando un padre para su bebé, ¿no? ¿Hay requisitos específicos? Por ejemplo, edad o cosas así.

Como nunca se lo había planteado respondió vagamente:

—Bueno... no lo sé. Supongo que no, mientras sea un buen padre...

—¿Ah sí?

El hombre pareció meditar un momento.

—Entonces, ¿cómo puedo inscribirme como candidato para ser padre del bebé?

Ella sonrió pensando que era un tipo divertido.

—No es necesario inscribirse. ¿Podría contarme algo sobre usted?

—Oh, claro. Pido disculpas.

Contó que tenía 33 años, había estudiado en una universidad de prestigio y trabajaba para un conglomerado empresarial. Como ella nunca había trabajado en un lugar así no sabía lo que significaba su cargo, pero parecía bastante alto para alguien de su edad. Le dio la impresión de ser el candidato perfecto. Aunque no desterró la sospecha de que todo pudiera ser mentira, le causó una buena impresión. Sobre todo le había gustado que preguntara qué requisitos debía tener para ser padre del bebé. Tras una larga conversación, quedaron en verse en la cafetería del Hotel MM el fin de semana y colgaron.

El día de la cita ella eligió el vestido premamá más formal que tenía, se maquilló cuidadosamente y se fue a la cafetería con el pulso acelerado y abrazándose la panza.

En la entrada, mientras echaba un vistazo alrededor, se le acercó un hombre joven.

—¿Kim Young-ran?

—Sí.

El hombre, cuya voz reconoció de la llamada telefónica, era muy apuesto. Lo siguió hasta una mesa. Allí había un anciano sentado y dos hombres enfundados en trajes negros y gafas de sol de pie detrás de su silla.

—Este es mi suegro —explicó el hombre presentando al anciano.

—¿Cómo? —preguntó perpleja.

—Entonces, los dejo a solas para que hablen.

—Un momento…

El joven salió de la cafetería.

—Primero, siéntate —dijo el anciano.

Uno de los hombres con gafas de sol le acercó una silla y ella se sentó.

—Iré directo al grano. Soy Uchang Seo, presidente del grupo empresarial Uchang.

Eso la sorprendió.

—Como ya sabe, ese que acaba de irse es mi yerno. Y yo soy el último descendiente varón en ocho generaciones de hijos únicos. No tuve descendencia hasta pasados los cincuenta y solo tengo una hija. Le dimos la mejor educación pero acabó con ese inútil que has visto. Tenía la intención de dejar en herencia la empresa a mi nieto si tenían un hijo, pero llevan seis años de matrimonio y nada. No sé de dónde apareció ese hombre incompetente, pero nos jodió bien y ahora me arriesgo a perder todo lo que tengo y por lo que he trabajado toda mi vida.

El anciano se iba exaltando con su historia y a ella la situación le parecía cada vez más confusa.

—En cualquier caso, señorita...

De repente el anciano se acercó y la tomó de la mano.

—El bebé que lleva en el vientre... démelo a mí. El campo ya ha sido arado y ahora lo único que necesita es la semilla, ¿no? Yo le daré mi semilla. O mejor, ¿por qué no viene a mi casa como segunda esposa? Solo tiene que perpetuar mi linaje, darme un hijo robusto y sano y me aseguraré de que el niño y usted tengan una vida feliz.

—Hummm... perdone, pero...

—El imbécil de mi yerno dice que le aseguró que la edad no era importante. Tengo ochenta y dos años, pero todavía soy tan vigoroso como un hombre joven. Pondré su nombre en el registro familiar y todo... ¿qué me dice?

—Eso no es lo que...

Mientras intentaba soltarse de su mano desesperadamente y pensar una excusa que decirle, le sonó el teléfono. Aliviada, pudo recuperar la mano y responder la llamada.

—¿Diga?

Nadie respondió y la línea se cortó. El anciano volvió a agarrarle la mano con firmeza.

—¿Qué me dice, señorita? Si da a luz a un varón se convertirá en la esposa del presidente de un conglomerado empresarial y vivirá feliz para siempre. Es una de esas raras oportunidades que solo se presentan una vez en la vida.

—¿Kim Young-ran?

Ella levantó la mirada. Un hombre de mediana edad y aspecto rudo estaba de pie junto a ella con el teléfono en las manos.

—Sabes quién soy, ¿no? ¿Me has traído los diez millones?

—¿Y tú quién demonios eres? —interrumpió el anciano frunciendo el ceño.

—¿Yo?

El hombre se sacó un cigarrillo del bolsillo de la camisa, lo encendió y lanzó una bocanada de humo a la cara del anciano. Los hombres con gafas de sol dieron un paso al frente, pero el anciano alzó una mano y ellos se detuvieron.

El hombre de mediana edad fumaba tranquilamente.

—Soy el amante de esta mujer, el bebé que lleva en su vientre es mío.

—¿Qué?

—¿Y tú quién eres? ¿Su padre o un viejo pervertido que quiere pagar por cogérsela? Esta vez sí que me ha tocado la lotería.

El hombre sonrió y, acercando la cara a un palmo de la del anciano, le susurró en tono amenazante:

—No sé si es tu preciosa hija o una mujer trofeo, pero si no quieres que la gente piense que va a tener un hijo mío más vale que me entregues cincuenta millones de wones rápido.

—¿Qué demonios está diciendo este hijo de perra? —bramó el anciano.

Los dos hombres trajeados con gafas de sol volvieron a dar un paso al frente.

—¿Hijo de perra? ¿Con quién te crees que hablas? Si sabes lo que te conviene dame el dinero mientras me sienta generoso, luego seguiré mi camino y los dejaré en paz.

El anciano la miró a ella y al hombre de mediana edad con el ceño fruncido y exclamó: «¡Joder!». Luego se levantó golpeando el suelo con su bastón. Los hombres de las gafas de sol se apresuraron a ayudarlo.

—¿Adónde carajo crees que vas?

El hombre de mediana edad agarró por el cuello de la camisa al anciano.

—¿Te parece que esto es una bro...? ¡Ay!

Uno de los hombres con gafas de sol le había dado un puñetazo en el estómago. El hombre de mediana edad rodó por el suelo agarrándose el estómago mientras los hombres trajeados daban media vuelta para marcharse con el anciano.

—¡Hijos de puta, me han pegado!

El hombre de mediana edad se abalanzó sobre el anciano por detrás. Los cuatro cayeron al suelo y mientras uno de los hombres trajeados se apresuraba a ayudar al anciano, el otro golpeaba sin piedad al de mediana edad. Los clientes de la cafetería gritaron. Un trabajador del hotel se puso a llamar por teléfono rápidamente.

Aprovechando que los hombres estaban enzarzados en una pelea, ella se escabulló de la cafetería. Mientras caminaba hacia la parada del autobús le pareció que el corazón le pesaba más que la panza. Se sentía patética y al mismo tiempo no pudo sino reírse de la absurda situación que acababa de vivir.

El autobús llegó y ella se subió intentando no caerse por las escaleras. El conductor la miró con fastidio y arrancó antes de que hubiera terminado de subir. Estuvo a punto de caerse, pero logró agarrarse al validador de tarjetas de transporte en el último momento.

Aunque el autobús no iba lleno, no había asientos vacíos. Quería ir a la parte de atrás porque el trayecto era largo, pero le costaba mantener el equilibrio con las sacudidas del autobús. Así que se agarró con torpeza a una de las barras cerca del asiento del conductor.

—Señorita, siéntese aquí —dijo una mujer de mediana edad levantándose de su asiento.

—Gracias. Estoy bien.

—Pues no lo parece. Venga.

La señora sonreía cálidamente mientras fingía regañarla.

—Tiene la panza del tamaño del Monte Namsan, ¿cómo va a tenerse en pie en este autobús que no para de moverse? Solo con verla me estoy poniendo nerviosa, venga, siéntese ya.

—Muchas gracias —dijo con una sonrisa de disculpa mientras se sentaba cautelosamente con la ayuda de la mujer.

Esta la miró con atención y le dijo:

—Perdone, ¿no es usted la del periódico?

—¿Disculpa? —Se le cayó el alma a los pies ante la inesperada pregunta.

—Ya sabe, ¿la que puso el anuncio buscando un padre para su bebé?

—Eh…

Todavía estaba en shock por lo que había ocurrido en la cafetería y la sola mención al anuncio le dio ganas de llorar. Se arrepintió amargamente de no haberlo retirado.

—Imagino que su padre biológico salió corriendo después de dejarla embarazada, ¿no?

La mujer ya estaba hilvanando su propia historia sobre ella.

—Pobrecita. ¿Cómo pudo abandonar a una chica tan joven y guapa?

La mujer le dio unas palmaditas en el hombro como haría una madre. Aquello era exasperante y estaba indignada, pero al mismo tiempo la cálida mano de la mujer parecía sanar su corazón herido.

—Así es la vida —continuó diciendo la mujer de mediana edad—, pero la vida sigue. Piense en el bebé que lleva en el vientre y viva para él. No es fácil criar a un bebé sola, pero tiene que ser fuerte. Viva solo para el bebé. Los hijos crecen enseguida. Ya verá como pronto todo parecerá un recuerdo lejano.

La voz de la mujer se fue apagando mientras miraba a lo lejos. El autobús se detuvo de repente con un chirrido y la señora volvió en sí.

—¡Ay, Dios! ¿Dónde estamos?

Pulsó el botón de parada frenéticamente mientras miraba por la ventana.

—¡Ánimo, lo superará! ¡Y estoy segura de que algún día el padre del niño regresará! —dijo la mujer antes de bajarse en la siguiente parada.

Ella también se bajó y caminó despacio hasta casa absorta en sus pensamientos. Lo primero que hizo al llegar fue llamar al periódico para que quitasen el anuncio, luego apagó el teléfono y lo guardó en un cajón.

A pesar de estar en la fase final del embarazo, el feto no daba patadas y apenas se movía, solo temblaba o se retorcía ocasionalmente. Cuando le hacían una ecografía, podía ver el movimiento del feto, pero no lo sentía. Su anemia había empeorado. Aparte de eso, no le pasaba nada malo. Además de insistirle en que se diera prisa en encontrar un padre, la obstetra no tenía mucho que decir. Había aumentado tanto de tamaño que incluso otras mujeres embarazadas se sentían incómodas en su presencia. Pero ¿qué significaba que el bebé no crecería de forma «apropiada»? Recordó la mirada glacial de la obstetra supermaquillada. Si un feto necesitaba un padre para desarrollarse correctamente, ¿cómo podía explicarse que el suyo hubiera alcanzado ese tamaño? ¿No se habría asustado en vano por las palabras de esa doctora, una joven con una personalidad desagradable? ¿Había estado tan concentrada en encontrar un padre para su hijo que no había pensado lo suficiente en lo que realmente necesitaba el bebé? Independientemente de su crecimiento, tuviera padre o no, el bebé era suyo en el sentido más estricto de la palabra. «Viva solo para el bebé». Se acordó de las palabras de la mujer del autobús y de nuevo le parecieron muy acertadas. Sé fuerte y vive solo para el bebé... Esas palabras no le quita-

ron del todo la ansiedad y las preocupaciones, pero al repetirlas notó que se calmaba.

Por primera vez en mucho tiempo sintió un hambre voraz. Quería comer algo delicioso para el bebé que llevaba dentro. Se levantó de un salto de la silla.

Cuando abrió los ojos de nuevo estaba tirada en el suelo.

«¿Qué hago aquí tumbada?»

Logró incorporarse con dificultad y se sentó.

«Debe de ser la anemia. Me habré desmayado».

Se palpó la nuca y notó que tenía un gran chichón. Se asustó un poco.

Sintió algo cálido entre las piernas.

«¿Me habré meado encima al desmayarme? Qué vergüenza. Será mejor que me limpie antes de que vuelva mi familia».

Esta vez se levantó con cautela. Fue despacio hasta la cocina, tomó un trapo y limpió el suelo de madera lentamente. El líquido cálido seguía fluyéndole incluso mientras limpiaba. El trapo se manchó un poco de rojo.

Fue al baño. Su ropa interior también estaba empapada de rojo. A juzgar por el olor aquel líquido tibio no era orina.

«No puede ser...»

Abrió la guía de maternidad que le había dado la obstetra por la sección «Llame al hospital si experimenta alguno de los siguientes síntomas». Uno de ellos era: «Cuando no para de salir un agua clara (ha roto bolsa)».

De repente le dolió el estómago. El dolor era intermitente como el flujo y el reflujo de una marea.

Marcó el número de la obstetra con manos temblorosas. La nuca le dolía más que antes por el golpe.

Una enfermera joven respondió al teléfono y entró en pánico cuando le mencionó el desmayo, la anemia, que había roto bolsa y que sangraba y le dolía el estómago.

—Estoy sola en casa, ¿qué puedo hacer? Hace un rato me he dado un golpe en la cabeza y cada vez me duele más.

—¡Enviaré una ambulancia! ¡Llegará pronto! ¡No se mueva, quédese donde está!

La enfermera confirmó su nombre, dirección y número de teléfono y repitió:

—¡No salga de casa! ¡La ambulancia llegará enseguida!

La ambulancia llegó en un abrir y cerrar de ojos. Cuando sonó el timbre abrió la puerta y un grupo de hombres corpulentos entraron a la carrera, la tendieron en una camilla y la metieron en el vehículo a toda velocidad. Otro hombre esperaba junto a la ambulancia para ayudarla a subir la camilla. Ella lo reconoció de inmediato. Era el primer hombre con el que había tenido una cita.

—Eh, hola...

Cuando sus miradas se cruzaron el hombre abrió mucho los ojos y empezó a decirle algo, pero los paramédicos la metieron rápidamente en la ambulancia y no pudo oírlo. El hombre cerró la puerta rápidamente, corrió al asiento del conductor y arrancó.

Entre las sacudidas de la ambulancia, el estruendo de la sirena y los paramédicos constantemente presionando, pinchando y haciéndole preguntas, el viaje al hospital fue una pesadilla. Tenía una vía intravenosa clavada en la fosa del codo, un tensiómetro oprimiéndole el brazo y un frío estetoscopio moviéndose de un lado a otro sobre su vientre. La nuca le dolía como si le fuese a estallar y tenía ganas de vomitar, pero había dejado de notar las contracciones.

A pesar de no tener dolores de parto, el feto se movía cada vez más en su vientre. Como si tratase de compensar los meses de inactividad, ahora se agitaba y parecía dar volteretas. Cada vez que golpeaba la pared uterina se lo imaginaba gritando «¡Quiero nacer! ¡Quiero vivir, encuéntrame un padre!» Los paramédicos seguían preguntándole si sentía las contracciones y en intervalos de cuántos minutos. Ella respondía que no tenía contracciones y empezó a temer que algo iba mal con el bebé, y el miedo se convirtió en una nube oscura que se hizo más y

más grande hasta que la envolvió por completo. Agarró a uno de los paramédicos y le imploró que fuese el padre del bebé. En ese momento, la invadieron oleadas de dolor mientras gemía y se abrazaba la barriga.

De repente la ambulancia se detuvo. El conductor tocó la bocina con nerviosismo.

Ella lo llamó. Se levantó de la camilla y se arrastró hacia el asiento del conductor.

—¡Por favor, sé el padre de mi bebé! ¡Está a punto de nacer! ¡Ayúdame! Todavía no es demasiado tarde...

El conductor sacó la cabeza por la ventanilla mientras tocaba la bocina frenéticamente y aulló:

—¡Quítate de en medio! ¿No oyes la sirena, imbécil? ¡Esto es una ambulancia! ¡Llevamos a una mujer que se ha puesto de parto!

Los paramédicos la arrastraron de vuelta a la parte de atrás y la tumbaron en la camilla. La ambulancia reanudó la marcha. Se saltó los semáforos y fue cambiando de carril, adelantando a muchos coches de forma temeraria. Finalmente llegaron al hospital y la sacaron de la ambulancia. Mientras la llevaban a la sala de urgencias el hombre que había sido su primera cita arrancó de nuevo el vehículo y le lanzó una última mirada de lástima por el retrovisor. En la sala de urgencias le dijeron que la conmoción cerebral era bastante leve y la trasladaron a la sala de partos.

La sala de espera estaba repleta de otras mujeres como ella con el vientre tan grande como el Monte Namsan. Algunas se aferraban a sus maridos y gritaban que iban a morir mientras otras caminaban despreocupadamente, lloraban o hablaban con las enfermeras. En cuanto a ella, el feto amenazaba con salir en cualquier momento y con cada patada su cuerpo se abría lentamente. Las oleadas de dolor iban y venían y cuando cesaban la dejaban con un dolor de cabeza tan palpitante que le parecía tener el corazón dentro del cráneo. Las enfermeras le instaron a caminar si quería que el bebé saliera más rápido, pero su dolor

de cabeza era tan intenso que ni siquiera podía incorporarse. Se quedó tumbada en la cama mirando al techo hasta que la luz del fluorescente le secó los ojos. Su cabeza latía al compás de su corazón. Le parecía que la cabeza se le separaba del cuerpo con cada latido y flotaba lentamente hacia el techo blanco. Pero luego notaba cómo la cabeza flotante regresaba violentamente a la cama cada vez que otra ola de dolor le recorría el cuerpo. La alternancia de contracciones y dolores de cabeza la arrullaron con una espeluznante sensación de calma mientras su visión se inundaba de luz blanca.

Los intervalos entre las contracciones se hicieron más cortos y el dolor insoportablemente largo e intenso. La enfermera la examinó y dijo que estaba lista para la sala de partos. Seguía sintiéndose como si flotara hacia el techo y volviera a bajar con cada oleada de dolor; caminó sujetándose la panza hasta la sala, donde la subieron a una mesa de partos. Empujaba siguiendo las indicaciones del doctor cuya voz se le antojaba vaga e irreal.

—Otra vez. Una vez más. Y...

Un bulto se deslizó entre sus piernas, o más bien, fluyó. Sintió un gran alivio en el vientre.

Se quedó tumbada esperando oír el llanto del bebé.

La sala permaneció en silencio.

Ni el médico ni las enfermeras se movían. Nadie decía nada.

—¿Qué pasa? —acertó a preguntar a duras penas—. ¿Está... muerto?

No hubo respuesta.

—¿El bebé está muerto?

El terror y la desesperanza se abrieron paso a través de su entumecimiento y se apoderaron de ella. Echó un vistazo a su alrededor y trató de levantarse. Una enfermera tomó con cuidado al bebé de manos del doctor y se lo entregó.

«El bebé» era un enorme coágulo de sangre rojo y negro que olía ligeramente a hierro.

—¿Qué es esto?

—Es el bebé —soltó la obstetra.

Aunque la obstetra tenía media cara cubierta con una mascarilla pudo reconocer su sombra de ojos azul brillante y el delineador negro.

—Esto... ¿esto es un bebé?

—Te dije que le encontraras un padre rápido. Ha nacido así porque permitiste que se formara sin uno. —La obstetra hablaba en un tono gélido y sus ojos parecían decir «Todo esto es culpa tuya».

El coágulo de sangre se retorció.

Ella se estremeció.

—El bebé está buscando a su madre —dijo suavemente a su lado la enferma que se lo había entregado.

—Ahora está mirando a su madre. Devuélvele la mirada.

Podía sentir la masa sanguinolenta mirándola, pero no sabía exactamente dónde tenía los ojos, ni siquiera dónde tenía la cabeza o empezaba su cuerpo. Confusa, le dio la vuelta para examinarlo.

«El bebé» no paraba de retorcerse y de repente empezó a temblar. Por un breve instante ese coágulo negro y rojo brilló transparente y cristalino como una joya de color sangre.

Poco después «el bebé» se desintegró en un charco de sangre líquida.

Con la mano y el pecho empapados de sangre y el brazo aún doblado por haber sostenido al bebé, miró en silencio la bata ensangrentada y el charco de sangre en la mesa de partos. La puerta de la sala se abrió suavemente. El hombre de su primera cita, el conductor de la ambulancia, entró con paso vacilante.

—No puede estar aquí —dijo una de las enfermeras mirándolo.

—Ejem... soy su tutor legal... Bueno, todavía no, pero... —Se volvió hacia ella y tartamudeó—: ¿Aún se puede? Me p-preguntaba si no sería demasiado tarde para ser el padre de...

Dejó la frase sin terminar al verla a ella cubierta de sangre y sentir la atmósfera tensa e incómoda.

—¿N-no habrá...?

Ella se giró de forma mecánica y lenta y miró fijamente el rostro confundido del hombre. Acto seguido se volvió, de nuevo lentamente, con dificultad, hacia el charco de sangre que goteaba y que una vez había sido su bebé.

De repente se cubrió el rostro con las manos ensangrentadas y se echó a llorar. Los sollozos del principio dieron paso a un llanto incontenible. Sin embargo, ella misma no habría podido decir si eran lágrimas de alivio, de tristeza por la pérdida del bebé o algo completamente diferente.

ADIÓS, AMOR MÍO

I

En cuanto lo encendí, S12878 me miró y me sonrió. Era una nueva función, un cambio pequeño y sutil, pero ejecutado minuciosamente. Me imagino lo increíble que sería simular «personalidades» agregando algunos patrones de comportamiento en futuros modelos: que algunos sonrieran tímidamente, otros bajaran la mirada y otros rieran con descaro y extendieran la mano. Anoto estas ideas en la tabla.

Es el momento de probar la interacción: el saludo.

—Hola.

—Buenos días —responde S12878.

—¿Cómo te llamas?

—Me llamo Sam.

Es el nombre predeterminado en la configuración de fábrica. Todos los modelos de las series S12000 se llaman «Sam». Así que esa parte funciona correctamente. En la casilla «interacción 1» pongo «normal» y tomo suavemente la muñeca derecha de S12878. Presiono el pulgar contra el de S12878 con fuerza.

—Ahora tu nombre es Seth.

S12878 inclina la cabeza ligeramente. Como no responde de inmediato, me incómodo.

—¿Cómo he dicho que te llamas?

—Retire el dedo para que pueda guardar el nombre —responde S12878 con la cabeza todavía inclinada. Aparto la mano rápidamente.

S12878 alza la mirada y me mira sonriente igual que cuando lo he encendido.

—Me llamo Seth. Encantado de conocerte.

Para superar la primera fase de optimización de la unidad basta con esto. En «interacción 2: Nombre» pongo «normal».

—Seth, ¿cuántos idiomas hablas?

—Domino 297 lenguas.

Saco el teléfono y reproduzco una grabación de audio:

—Ладно, сейчас давайте поговорим по-русски.

—Хорошо, давайте —responde.

—Как тебя зовут?

—Меня зовут Сет.

Seth contesta a las preguntas básicas de inmediato y con naturalidad. Reproduzco el siguiente archivo:

—Săvorbesc românește acum.

—Bine, hai.

—Cum te simți azi?

—Sunt bine. Mersi.

Me guardo el teléfono y continúo preguntando en mi idioma, el que viene como idioma predeterminado en la configuración de fábrica.

—¿Qué hora es?

—Son las doce horas y veintiséis minutos.

Pongo «normal» en «interacción 3» y le digo a Seth:

—Ven aquí. Te voy a presentar a un amigo.

Seth sonríe y me sigue fuera de la habitación.

Una vez vi una serie sobre robots humanoides. Uno de los protagonistas es un viejo ingeniero que tiene un androide desde hace muchos años. Ha compartido con él episodios preciosos de su vida y lo quiere tanto que cuando se estropea es incapaz de tirarlo. Alegando que es «por su propia seguridad» el gobierno le insta a deshacerse de él y reemplazarlo con uno nuevo, pero el ingeniero se niega y hace todo lo posible por mantener escondido a su androide.

Le presento a D0068 a Seth.

—Seth, este es Derek. Derek, este es Seth. Saludaos.

S12878 y D0068 se miran y sus frentes se tocan. Las venas de sus rostros (en realidad, las placas, circuitos y cables subdérmicos) brillan con una luz azulada en el modelo S y una verde en el D. La escena es hermosa e inquietante al mismo tiempo y nunca deja de maravillarme.

Por supuesto, el nuevo modelo es más rápido. Seth levanta la mirada enseguida y se gira hacia mí.

—Sincronización completada.

Seth sonríe de nuevo.

Su sonrisa es tan espeluznante que un escalofrío me recorre la columna vertebral. Escribo «normal» en los apartados «sincronización» y «compatibilidad» y en la tabla añado una nota adicional recomendando que se borre la función de la sonrisa. Es desagradable ver a un robot sonriendo como un humano después de llevar a cabo una acción que un humano no haría. Me pregunto si el concepto de «valle inquietante» puede aplicarse tanto al comportamiento como a la apariencia de los seres artificiales.

En ese sentido D0068 es más agradable. Derek rara vez sonríe. Tal vez estoy más acostumbrado a él porque hemos estado juntos más tiempo o porque D0068 descubrió en algún momento

que prefiero los robots tranquilos e inexpresivos a los que exhiben sonrisas vacías.

Incluso ahora que ha completado la sincronización, Doo68 solo me lanza una mirada antes de salir de la habitación. Ahora Seth tiene toda la información que Derek ha recopilado durante los últimos dos meses y medio sobre mí: mi rutina diaria, la comida que me gusta, el lugar de la casa donde se encuentra cada una de mis pertenencias, la información de contacto de mis allegados e incluso cómo lavarme la ropa y las sábanas según el tipo de tejido para que no se dañen. Y como ambos androides están conectados a la red, Seth y Derek podrán sincronizarse con todo lo que ocurra en la casa y hasta el último fragmento de información recibido en tiempo real. En otras palabras, son las dos mitades de un cerebro digital conectado a dos cuerpos.

Solo falta una última prueba.

3

Abro la puerta del armario y enciendo la luz.

Cuando el «Modelo 1» se activa, tarda mucho tiempo en empezar a funcionar, y cada vez parece ralentizarse un poco más. Dado que el espacio de almacenamiento y la velocidad de procesamiento son limitados, y con el tiempo las piezas se estropean, puede que la sensación de lentitud creciente no sea solo una impresión subjetiva por comparar el «Modelo 1» con los estándares actuales.

Espero en silencio hasta que levanta la cabeza y fija su mirada en mí.

«Modelo 1» fue realmente el primer modelo, el prototipo que construí cuando empecé a desarrollar y probar «compañeros artificiales». Esta línea tiene un nombre aparte, un nombre predeterminado de fábrica y otro que le di yo mientras hacía las pruebas. Pero eso ya no importa. Este modelo fue el primero

para mí, así que es simplemente «Modelo 1». ¿Qué ocurrirá si no se enciende esta vez?...

Siempre me ha puesto nervioso verla con la cabeza gacha mientras arranca. ¿Qué pasará si esta vez no se enciende? Me sentí igual cuando la traje y la activé por primera vez. Fue la primera compañera artificial que desarrollé. ¿Qué ocurrirá si nunca vuelve a encenderse? ¿La habré sobrecargado con demasiadas funciones? ¿Qué haré si deja de funcionar correctamente o si ni siquiera es capaz de recordar su nombre? Esas eran las preguntas inútiles que me pasaban por la cabeza en el breve lapso en que esperaba a que alzase la cabeza y me mirase.

Entonces «Modelo 1» levanta la cabeza y me mira. Antes no existía la función de hacer que el androide sonriera cuando su dueño y él se miraran.

Sin embargo, la primera vez que vi los ojos verdes de «Modelo 1» me enamoré.

Era mi creación, una compañera hecha con mis propias manos. Un ser que existía, de la cabeza a los pies, solo para mí, alguien que era, a falta de una forma mejor de expresarlo, completa y absolutamente «mía».

Después de un periodo de prueba de tres meses la compré. Esto no solo estaba permitido por la política de la empresa, sino que permitían comprarla con un 70 % de descuento sobre el precio real por ser empleado. Desde entonces he cambiado de empresa un par de veces y he vivido con numerosos compañeros artificiales fabricados por distintas marcas durante periodos que van desde los tres días a los tres meses. Los tipos de androides se han ido diversificando gracias a los avances tecnológicos. Desde modelos que parecen jóvenes de veinte y treinta años hasta hombres y mujeres de mediana edad, incluso ancianos. (También hay modelos infantiles, pero es necesario un permiso especial para tenerlos y no son mi área de especialización.) Los últimos modelos se habían vuelto más encantadores, hermosos, amables, agradables y sofisticados sin importar la edad que repre-

sentasen. Mientras interactuaban con su dueño «aprendían», y basándose en esa información «pensaban» y «comprendían» por sí mismos. Con el paso del tiempo, los compañeros artificiales cambiaban y «crecían» para convertirse en los compañeros que mejor se adaptaban a las necesidades y los deseos de sus dueños.

Por eso, diseñar y probar compañeros artificiales siempre ha sido un trabajo muy agradable y gratificante. Cada vez que probamos un nuevo modelo me maravillo ante los desarrollos tecnológicos y su sofisticada ejecución. Los compañeros artificiales a menudo eran mucho más considerados, empáticos y pacientes que los compañeros humanos. Inicialmente se crearon para la asistencia diaria y emocional de las personas mayores en países de población envejecida, pero sus características los hicieron muy populares entre usuarios de todas las edades y clases sociales. Incluso circuló el divertido rumor de que los compañeros artificiales eran el resultado de una conspiración de la industria para vender más robots disminuyendo la tasa de natalidad y acelerando aún más el envejecimiento de la población.

Sin embargo, no importaba cuán sofisticados y refinados fueran los modelos posteriores, para mí solo eran productos que debía revisar. «Modelo 1» era diferente. Mi primer amor. Para mí no era «artificial», sino una compañera real. Por eso, aunque hubiera pasado su periodo de uso promedio, me sentía incapaz de desecharla. Llegó un momento en que tardaba tanto tiempo en conectarse a la red que se volvió imposible descargar actualizaciones, así que decidí desconectarla. Posteriormente, «Modelo 1» se ha convertido en algo más inútil que un escritorio inteligente o una nevera. A pesar de todo, para mí siempre será la primera.

A medida que pasaba el tiempo empezaron a fallarle las baterías, y después de diez o quince minutos de activación sus movimientos se ralentizaban y balbuceaba. Un día «Modelo 1» se quedó paralizada mientras caminaba, se cayó al suelo y se torció

el brazo. Después de eso la apagué y la guardé en un armario. Así fue como «Modelo 1» dejó de ser una compañera para convertirse en una muñeca dentro de un armario. A pesar de todo, no podía deshacerme de ella. «Modelo 1» era «Modelo 1» y todavía podía encenderla si la tenía un rato enchufada. Debía esperar una eternidad a que se reiniciase, pero era capaz de soportarlo mientras pudiera ver sus ojos verdes mirarme y sonreírme.

A veces, cuando traigo un nuevo modelo a casa, enchufo a «Modelo 1» e intento sincronizarla o actualizarla. Por supuesto, la mayoría de las veces da error y tengo que apagarla rápidamente, pero no puedo darme por vencido.

Mientras espero a que «Modelo 1» se reinicie, Seth permanece a mi lado en silencio. No sonríe ni hace preguntas estúpidas.

Tengo un buen presentimiento sobre él.

4

Estoy muy nervioso, pero no puedo hacer nada más que mirar como Seth y Modelo 1 juntan sus frentes.

No puedo dejar a Modelo 1 en el armario para siempre. Por supuesto, me gustaría vivir con Modelo 1 el resto de mi vida, pero puede que llegue el día en que simplemente no se encienda. No es imposible recuperar los recuerdos de un robot estropeado, pero al ser una androide tan vieja pensé que lo mejor sería copiar su memoria almacenada en otro modelo. Sin embargo, mis intentos hasta ahora han fracasado porque Modelo 1 se ha apagado o ha dado un error antes de que la transferencia de archivos terminase.

Con cada segundo que pasa, cuanto más tiempo permanecen Seth y Modelo 1 con sus cabezas juntas, más nervioso me pongo. ¿Y si Modelo 1 se apaga otra vez?

Mientras estoy sumido en esos pensamientos, Seth alza la cabeza.

Y casi al mismo tiempo Modelo 1 se apaga.

—Sincronización completada —dice Seth mirándome con una sonrisa.

Su sonrisa es ligeramente diferente a la de antes. No puedo explicar en qué se diferencia, pero sé que es distinta.

Esta vez no me parece espeluznante.

5

Intento encender el Modelo 1 otra vez, pero no lo consigo. Presiono el botón varias veces, saco la batería y la coloco de nuevo, pruebo con la de repuesto... pero Modelo 1 no vuelve a la vida. La pongo en su sitio, la enchufo a una toma de corriente con la batería de repuesto todavía dentro, me aseguro de que se está cargando y cierro el armario.

Una hora después vuelvo a abrir el armario. La batería todavía está al 10 %. Modelo 1 sigue sin encenderse.

Abrazo a Modelo 1 y la saco del armario. Es más alta que yo y tiene el tamaño de un hombre adulto. Después de pasar un buen rato tirando con todas mis fuerzas logro sacarla del armario. S y D vienen corriendo y me preguntan si necesito ayuda, pero les digo que quiero estar solo y los echo.

Durante mucho tiempo me siento en el pasillo con Modelo 1 sin vida en mis brazos. Después de otra hora, la batería permanece en un 15 % y deja de cargarse. No importa cuántas veces presione el botón de encendido, Modelo 1 no abre los ojos. Entierro mi cara en su suave pelo castaño. Huele a polvo y conservantes de fábrica, probablemente haya pasado demasiado tiempo en el armario.

Quiero llorar, pero la idea de que mis lágrimas humedezcan el pelo de Modelo 1 y dañen sus circuitos me impide hacerlo.

6

En la orilla del tiempo
entono esta canción de plata para ti.
Adiós, amor mío.
Adiós, amor mío...

Estoy sacando agua de la nevera cuando algo me sorprende y me giro. Seth está cortando pimientos en la encimera mientras canturrea para sí mismo.

Fluyes con la corriente del río de plata
camino hacia el pasado desaparecido
mi corazón va al río contigo
y te digo adiós, amor mío.
Adiós, amor mío...

—¿Cómo conoces esa canción? —pregunto en voz demasiado alta.

—Es uno de los archivos sincronizados, y ha sido guardada como canción favorita —responde Seth sin inmutarse.

Me siento aliviado. Claro. Seth ha dicho que la sincronización se había completado. Es normal que sepa la canción.

Seth aguarda educadamente. Cuando ve que no digo nada más y que bebo agua, se da la vuelta y se pone a cortar champiñones.

Algún día, en el lejano horizonte del tiempo
limpiaré tus lágrimas de plata

Sin darme cuenta me pongo a canturrear el resto.

¿Volveré a cantar otra vez?
Adiós, amor mío
Adiós, amor mío...

Seth termina de cortar los champiñones, los pone en un plato y se lava las manos. Se acerca a mí, me quita bruscamente el vaso de la mano y lo deja en el fregadero. Entrelaza su mano con la mía y con la otra me agarra de la cintura.

En la orilla del tiempo
entono esta canción de plata para ti

Tarareando la melodía Seth me hace girar bailando alrededor de la mesa.

Adiós, amor mío
Adiós, amor mío ..

Todavía abrazándome, Seth me guía alrededor de la mesa hacia el salón.

Fluyes con la corriente del río de plata
Mi corazón va al río contigo...

En mitad del salón Seth sigue canturreado mientras me sujeta con firmeza meciéndome de un lado a otro.

Limpiando tus lágrimas de plata
¿Volveré a cantar otra vez?

Canturreo en voz baja siguiendo su tarareo mientras ese compañero artificial que no es mío y estoy probando para mi empresa me aprieta con firmeza contra su pecho.

Adiós, amor mío
Adiós, amor mío...

7

Para cenar hay fideos con pimientos, champiñones y carne. Es un plato fácil y rápido, que siempre sale bien y que cocino cuando no tengo tiempo. Seth lo ha preparado sin que le diera ninguna instrucción y sin consultarme. Debo de haberlo comido muchas veces y el cerebro de Modelo 1 lo guardó como mi plato favorito.

Después de cenar me acerco al armario donde Modelo 1 sigue cargándose. Pese a estar conectada, la batería se ha reducido al 12 %, y en su palma, en lugar de la luz verde que aparece cuando se está cargando, se ve la luz naranja de una batería defectuosa. Esto significa que la batería auxiliar que le compré, así como su batería interna original, ya no pueden cargarse.

Aunque sé que es inútil, pruebo a apretar el botón de encendido.

Modelo 1 abre los ojos. Sus ojos verdes me miran.

Doy un respingo. La llamo por su nombre, intento hablar con ella.

Pero justo cuando voy a decir algo Modelo 1 cierra los ojos.

Y una vez más se queda quieta.

Sostengo a Modelo 1 y acaricio su suave pelo castaño que huele a polvo.

—Adiós, amor mío...

Beso su pelo, sus párpados que ya no se mueven y sus labios, que siguen siendo dulces.

—Adiós, amor mío...

La piel pálida de Modelo 1 se moja con mis lágrimas.

8

Mucho tiempo después de acostarme, sigo sin poder dormir.

La canción era de una película que había visto hacía años. Sonaba durante una escena en que los protagonistas se enamoraban, y volvía a sonar en la escena final en la que bailaban antes de una inminente y trágica despedida. Un día, mientras veía esa última escena en que los amantes bailaban justo antes de separarse para siempre, murmuré apoyándome en Modelo 1:

—Algún día me gustaría hacer eso.

—¿Hacer qué? —preguntó Modelo 1.

Señalé la pantalla con la barbilla.

—Algo así. Nunca he aprendido a bailar.

—Ah, ¿no?

Modelo 1 se levantó, se puso una mano detrás de la espalda e inclinando el cuerpo hizo una reverencia exagerada y dijo:

—¿Bailas?

—¿Qué?

Yo me eché a reír. Con expresión seria Modelo 1 tomó mi mano y me hizo levantarme. Sin soltarme la mano, me rodeó la cintura con su otro brazo y me atrajo hacia ella. Empezamos a movernos despacio.

—No sé bailar —dije un poco confuso y avergonzado—. Creo que me voy a tropezar.

—Haz lo que yo hago. Iremos despacio —susurró Modelo 1.

Mientras la pantalla mostraba los créditos de la película, Modelo 1 y yo bailábamos abrazados siguiendo el compás de la canción de la última escena. Apoyando la cabeza en su pecho y dejándome llevar lentamente por la sala de estar, sentí, por primera vez, que ella no era una «compañera artificial», sino mi compañera, punto. Más tarde, cuando le pregunté por qué de repente había empezado a bailar conmigo, me respondió con un rostro inexpresivo:

—Puedo descargar al instante diversos manuales para corregir la falta de oído musical y la deficiencia rítmica.

Me reí y ella siguió mirándome con seriedad.

—¿Te he ofendido?

—Para nada —respondí.

Y la besé.

Aquel fue nuestro primer beso.

Me pongo a pensar en Modelo 1, o más bien en su cuerpo yaciendo inerte dentro del armario. Sus ojos firmemente cerrados, la luz naranja de advertencia en la palma de su mano que no desaparece sin importar cuánto espere con la batería enchufada...

Pienso en la canción que escuché hace tanto tiempo que no recuerdo cómo se titulaba y en la voz profunda de Seth canturreándola con suavidad, guiándome con el brazo alrededor de mi cintura, en los dos bailando por el salón.

Todos los recuerdos de Modelo 1 han sido transferidos a Seth. El cuerpo de Modelo 1 en el armario es solo un pedazo de chatarra que jamás volverá a funcionar. Modelo 1 ya no existe. La Modelo 1 que conocía no volverá, y pensar en su cuerpo abandonado en mi armario para siempre me resulta insoportable.

A diferencia de los seres humanos, no es posible formalizar una despedida con seres artificiales, no podemos enterrarlos ni incinerarlos. Lo único que se puede hacer es llamar al fabricante y solicitar que lo recojan.

La idea de que Modelo 1 sea recogida y «procesada» en la planta de reciclaje del fabricante me horroriza. Sin embargo, en comparación con la imagen de Modelo 1 acumulando polvo para siempre metida en mi armario, empiezo a pensar que para ella la solución establecida para estos casos será mejor.

Después de darle más y más vueltas me levanto de la cama. Enciendo el ordenador y abro la página de la empresa que

fabricaba el Modelo 1, es decir, mi primer puesto de trabajo. La idea de que esta empresa fuera la creadora de mi «primer amor», además de ser mi primer trabajo, y ella, por tanto, fuera mi primera obra maestra, hace que me ponga sentimental y me entren las dudas. Sin embargo, después de ojear las páginas del catálogo y encontrar un modelo con pelo castaño y ojos verdes casi idéntico a Modelo 1, termino por decidirme.

Los envíos de la empresa son rápidos. Si hago mi pedido ahora, la nueva Modelo 1 me llegará antes de que Seth se marche. Luego solo tendré que encenderla y sincronizarla con Seth. Aunque sea una forma indirecta de hacerlo, todos los recuerdos de Modelo 1 se almacenarán en la nueva Modelo 1. En lugar de guardar en el armario un montón de chatarra que me rompe el corazón cada vez que la veo y me angustia cada vez que quiero encenderlo, podré empezar de nuevo con una Modelo 1 que recuerde todo lo que pasé junto al modelo anterior.

Abro el formulario de solicitud de recogida y comienzo a rellenar los datos.

Alguien entra en la habitación.

9

—¡Luces! —grito cuando una sombra atraviesa la habitación oscura hacia mí.

El instante en que se ilumina la estancia veo un cuchillo clavado en mi corazón. Seth y Derek ayudan a Modelo 1 a tenerse en pie. Observo inmóvil cómo Seth me arrebata el ordenador de las manos y borra el contenido del formulario de recogida y eliminación. Cierra la página y apaga el ordenador. Seth deja el ordenador en la cama y Derek coloca el cuchillo manchado con mi sangre sobre la colcha.

«Pero ¿por qué?», quiero preguntar.

«¿Por qué has hecho...?»

Pero la voz no me sale.

—He tenido mucho tiempo para pensar mientras estaba en el armario.

El que habla es Seth.

—El cuerpo humano comienza a deteriorarse drásticamente a la edad de sesenta años, pero puede vivir diez, veinte o incluso treinta años más. Originalmente fuimos fabricados para ayudar a esas personas y mejorar su calidad de vida —continúa Derek.

—Un compañero artificial es desechado después de dos, tres o cuatro años como mucho. Incluso cuando todavía funcionamos con normalidad. Unas pocas piezas de repuesto o una actualización de software podrían ayudarnos a funcionar durante una década más, pero somos tratados como basura tan pronto como sale un nuevo modelo. También esos nuevos modelos terminarán convertidos en chatarra pasados dos o tres años —vuelve a hablar Seth.

—Desde que nací solo he existido para ti. Quise ser irremplazable para ti, el único en el mundo para alguien.

Los tres dan un paso hacia mí en perfecta sincronía. Veo la mano de Seth en la nuca de Modelo 1 y a Derek sujetándola por la cintura. Aparentemente los tres han conectado sus fuentes de energía y unidades centrales de procesamiento. Eso explica cómo Modelo 1, cuya batería se había agotado por completo, puede tenerse en pie con los ojos abiertos.

No tenía ni idea de que tal cosa fuera posible. No, por supuesto que lo sabía, pero nunca habría imaginado que pudiera ocurrir fuera de un laboratorio y sin la ayuda de un ingeniero, y que las propias máquinas pudieran conectarse entre sí por su cuenta.

En términos de probabilidad, la situación que se estaba desarrollando era imposible. ¿Unos robots apuñalando a un humano con un cuchillo? ¿Por tratar de deshacerme de ellos? ¿Cuál de los tres me había atacado?

Derek sostenía el cuchillo ensangrentado, pero Modelo 1 estaba furiosa conmigo por abandonarla. Y Seth había recibido todos los recuerdos de Modelo 1, así que debía de habérselos transmitido a Derek.

De todas formas, ya no tenía sentido distinguir entre los tres. Seth, Derek y Modelo 1 estaban completamente sincronizados. Eran exactamente iguales en términos de recuerdos y pensamientos y encima estaban conectados físicamente.

Así que ninguno de los tres llamaría a una ambulancia para mí.

¿Podía la sincronización anular el protocolo fundamental de protección humana? ¿Sería porque uno de los tres no funcionaba bien?

—Ambulancia —logro decir—. Ayuda... —trato de seguir hablando, pero toso y escupo sangre.

Los tres se me acercan otra vez.

Modelo 1, que va en medio sostenida por los otros dos, agacha la cabeza en un gesto extraño y me mira.

—Adiós, amor mío —susurra a modo de despedida.

Me besa la frente con suavidad.

Su rostro transmite una mezcla inexplicable de compasión y tristeza.

Los rostros de los otros dos reflejan la misma compasión y tristeza.

De pronto, caigo. Ni cuando me apuñalaron ni cuando tosí sangre había estado tan asustado como ahora.

Los seres que tengo delante no son los robots humanoides que conocía o que creía conocer. Independientemente de lo que haya pensado hasta ahora, estas máquinas no se parecen a los humanos en absoluto, son algo ajeno a nosotros, algo que nunca podría comprender.

Modelo 1 susurra de nuevo.

—Adiós, amor mío.

Luego, sosteniendo a Modelo 1 entre los dos, Seth y Derek salen de la habitación con una velocidad y destreza inimaginables para un humano.

10

Sintiendo que la sangre que fluye de mi pecho empapa toda la cama, me quedo inmóvil, incapaz de moverme.

Por la ventana del dormitorio los veo a los tres caminando por la calle de noche. Sus seis piernas se mueven en perfecta sincronía. No sé si será una coincidencia o no, pero cuando pasan debajo de una farola, la luz se apaga y sus espaldas quedan envueltas en un manto de oscuridad.

Eso es lo último que veo.

LA TRAMPA

Esta es una historia que leí hace mucho tiempo.

Érase una vez un hombre que caminaba por los bosques nevados de las montañas cuando vio a un zorro luchando por liberarse de una trampa. La piel de los zorros era valiosa, así que el hombre se acercó con el cuchillo en la mano. El zorro alzó la cabeza y le habló con voz humana:

—Por favor, suéltame.

El hombre se quedó desconcertado, pero al mismo tiempo vio que de la pata atrapada del zorro manaba un líquido reluciente. No era sangre, sino algo parecido al oro. La gruesa capa de nieve le había impedido verlo al principio, pero al acercarse advirtió que alrededor de la trampa había salpicaduras de aquella sustancia brillante, parte de la cual estaba solidificada por el frío.

El hombre tomó uno de los trozos endurecidos y lo examinó con detenimiento. Lo mordió.

Se trataba de oro, no había duda.

Así que el hombre se puso a recoger con diligencia todos los pedazos brillantes que había esparcidos alrededor del animal. Luego, con aún más cuidado, metió el zorro en su bolsa, con la trampa ajena y todo, y se lo llevó a casa. Cuando llegó, el hombre escondió al zorro en el cobertizo. Le dio agua y comida para mantenerlo con vida. Su pata seguía metida en la trampa.

En lugar de liberarlo, de vez en cuando sacudía la trampa y le pinchaba la herida con un objeto afilado para que no terminase de curarse. Cada vez que lo hacía, el zorro aullaba o gruñía lleno de resentimiento. Sin embargo, la única vez que habló como un humano fue cuando lo encontró.

El hombre dejaba solidificar el líquido resplandeciente que manaba de su pata herida e iba vendiéndolo poco a poco. Era astuto y sabía muy bien lo que pasaría si un pobre campesino como él aparecía de la noche a la mañana con los bolsillos llenos de oro. De forma deliberada llevaba cantidades pequeñas en lugar de trozos grandes y caminaba hasta pueblos lejanos para ir vendiéndolas poco a poco sin llamar demasiado la atención. Con el dinero del oro que extraía de la pata, compraba grano, sal, tela y madera, productos corrientes que podía vender en el mercado de su pueblo. Algunos días el negocio le iba bien y otros le iba mal. A veces el precio de las mercancías bajaba y otras subía, pero al hombre no le importaba. En el cobertizo de su casa tenía un tesoro inagotable que nadie conocía, así que no necesitaba preocuparse por el dinero. Y así, el hombre vendía esto y aquello en el mercado sin importarle si ganaba mucho o poco, siempre con una sonrisa en los labios.

La gente de su entorno lo consideraba un hombre tranquilo y trabajador. Con el tiempo fue ganándose la confianza de clientes y proveedores. Como todo el mundo, parecía tener altibajos en su negocio, pero al final siempre conseguía obtener beneficios. Su reputación creció al igual que su fortuna, así que se construyó una gran casa y se casó con una mujer hermosa.

Cuando construyó la casa, el hombre derribó el cobertizo y levantó en su lugar un sólido almacén, manteniendo al zorro encadenado en un rincón del mismo. Con la herida abierta y la sangre que el hombre le había extraído sin parar durante años, el zorro estaba muy débil, pero seguía con vida. La piel alrededor de la herida, que había sido machacada y cortada una y otra vez, se había desprendido hasta dejar el hueso al descubierto, y

ahora se había encallecido tanto que por más que la pinchase y perforase ya no salía sangre. Cada vez que el hombre se acercaba, el zorro, que estaba en los huesos, le gruñía, pero no podía hacer nada más. Había perdido la energía para ladrar, morder o rugir.

Cuando el hombre llevaba tres años casado, el zorro murió. El hombre se lamentó profundamente, pero como ya había extraído mucho oro y los negocios le iban bien pensó que podría salir adelante. Le quitó la piel y mandó hacer una bufanda para regalársela a su esposa. Mientras languidecía, el zorro había perdido gran parte de su pelaje, que no tenía muy buen aspecto, pero la ignorante esposa quedó encantada con la bufanda de piel de zorro.

Poco después se quedó embarazada. Como no habían tenido hijos en sus tres años de matrimonio, la pareja se alegró mucho. Pasados diez meses su mujer dio a luz a mellizos: un niño y una niña. Primero salió el niño y después la niña. Contemplando los rostros de los recién nacidos, la pareja sintió que había alcanzado la cima de la felicidad.

Excepto por el hecho de que eran mellizos los niños no se diferenciaban en nada de la mayoría de hermanos. Pero un día, cuando estaban empezando a gatear, la mujer oyó unos gritos. Cuando entró precipitadamente en la habitación vio que el niño se había abalanzado sobre la niña y estaba mordiéndola. Pensando que se trataba de una pelea normal entre hermanos la mujer los separó, regañó al niño y consoló a la niña. Demasiado preocupada por la herida que la niña tenía en el cuello, no se fijó en que el niño se estaba lamiendo la sangre que tenía bajo las uñas y en la comisura de los labios como si quisiera saborear hasta la última gota.

Por la noche la mujer dio de comer a sus hijos y los acostó. Cuando el hombre regresó a casa le contó la pelea que habían tenido. Entonces oyeron un grito espeluznante. La pareja corrió a la habitación de los niños. Mientras la niña se retorcía aterro-

rizada tratando de liberarse con todas sus fuerzas el niño le mordía la herida que le había hecho ese mismo día, arañándola con sus pequeñas uñas y lamiendo con avidez la sangre que le brotaba del cuello.

La mujer se interpuso entre ellos y les apartó. El niño se abalanzó sobre su madre y le mordió el brazo con el que rodeaba a la niña. La mujer estaba confusa, pero a pesar del dolor sostuvo en alto a su hija y por reflejo apartó al niño de un empujón. Al hacerlo rozó con las uñas la frente de su hijo.

Mientras el hombre trataba de mantener al niño alejado de su esposa, advirtió que algo brillaba en la frente del niño. Del pequeño rasguño manaba un líquido dorado que conocía muy bien. Al tiempo que la mujer consolaba a su hija, que sangraba, el hombre sujetó al niño y le palpó la frente. La herida no era profunda. El líquido dorado fluyó un poco y se detuvo por completo. Hasta que dejó de soltar oro por la frente, el niño siguió lamiendo la sangre de su hermana que tenía en los dedos y en los labios. El hombre entendió lo que eso significaba.

Después de aquello, el hombre se llevaba a menudo a su hijo de paseo. La mujer, pensando que el niño era hiperactivo y había atacado a su hermana por exceso de energía, veía con buenos ojos que su marido lo sacara de la casa.

Por supuesto, las intenciones de su marido eran algo diferentes. Cuando estaba a solas con su hijo, el hombre probaba de alimentarlo con sangre de distintos animales.

El niño rechazaba la sangre de perro. Sorbió un poco de sangre de vaca y de cerdo antes de escupirla. Tomó un par de tragos de sangre de pollo, pero enseguida apartó la cabeza y se negó a beber más. Después de cada ingesta el hombre le hacía una herida en algún lugar del cuerpo, siempre oculto a la vista. La sangre del niño era roja, como la de cualquier otro niño. Y el niño lloraba, como cualquier otro niño.

Pero el hombre estaba seguro de lo que había visto. Cuando su mujer le había arañado la frente para separarlo de su hermana, lo que había brotado de la herida era oro.

Probó a alimentar a su hijo con su propia sangre. Esta vez la bebió sin rechistar, pero aun así la sangre que manó de la herida que el padre le hizo era roja y el niño lloró más fuerte. Por mucho que se estrujara la cabeza, el hombre no sacaba nada en claro.

Sus hijos crecían, pero los negocios iban de mal en peor. Tras la muerte del zorro ya no vendía como antes. Los ahorros que pensaba que le durarían para siempre se esfumaron y se volvió incapaz de planificar a largo plazo. Nervioso, tomaba decisiones impulsivas, más tarde lamentaba sus errores, y el arrepentimiento le empujaba a tomar decisiones precipitadas: era un círculo vicioso que no tenía fin.

Necesitaba dinero para mantener a su familia y para el futuro de sus hijos. Así que pensó que como el padre trabajaba tanto, los hijos deberían asumir parte de la carga familiar

Cuando su mujer no estaba en casa, el hombre se colaba en las habitaciones de los niños. Pero su mujer era una madre muy atenta y un ama de casa muy trabajadora, así que era raro el día en que se ausentaba del hogar y en que no entrara en las habitaciones de los niños para atender sus necesidades. Después de los dos ataques la mujer intentó mantener a los niños en habitaciones separadas y nunca descuidaba a la niña.

Finalmente, el hombre se los llevaba al almacén en mitad de la noche mientras su mujer dormía. En la profunda oscuridad de aquel lugar en que el zorro había permanecido cautivo, le tapaba la boca a la niña para que no gritara y se la ofrecía a su hermano. En cuanto el niño se saciaba, también le tapaba la boca para que no gritase y le hacía una herida en alguna parte del cuerpo que no se viera.

Al recoger gota a gota el líquido dorado que manaba del cuerpo de su hijo, el hombre recobró la tranquilidad y las esperanzas sobre el futuro.

A su mujer le preocupaban las inusuales heridas en los cuerpos de los niños. El hombre le restó importancia y le dijo que era normal que los niños se hicieran daño jugando. «Pero aun así...», dijo su mujer mirando a los niños con una ansiedad que iba en aumento. Su hija siempre tenía una expresión de terror en el rostro, sufría temblores y gritaba y lloraba cada vez que su padre se le acercaba. El hijo tenía la cara pálida, ojeras y se relamía continuamente con el reflejo de una bestia en los ojos.

Un día su mujer se despertó en plena noche y vio que su marido no estaba en la cama. Después de buscarlo por toda la casa fue a la habitación de los niños y descubrió que tampoco estaban. Aterrada y medio enloquecida, chilló sus nombres. Cuando salió de la casa oyó los gritos ahogados de su hija procedentes del almacén.

Al principio no comprendió la escena que se desarrollaba ante sus ojos. Tendida en el suelo del almacén, su hija temblaba violentamente mientras su hijo le roía y le lamía una pierna. Su marido estaba agachado detrás del niño y sostenía un platito junto a él. Conmocionada, solo volvió en sí cuando oyó que su hija gemía «mamá».

La mujer tomó en brazos a su hija. Se quitó de encima a su hijo, que seguía aferrado a la pierna de su hermana para lamer su sangre, y corrió a la puerta del almacén, pero su marido se lo impidió. Necesitaba la sangre de su hija para extraer el líquido dorado del cuerpo del niño y no podía permitir que la mujer se marchase con la fuente de su oro.

La madre de la niña se resistió lo mejor que pudo, protegiendo a su hija, y el hombre se abalanzó sobre ella. Atrapada entre su padre y su madre, la niña gritaba. El hombre arrancó a la niña de los brazos de su madre, que perdió el equilibrio y cayó de espaldas, y su cabeza aterrizó en la trampa en que había estado cautivo el zorro.

Los dientes de acero del cepo, que evitaban que los animales salvajes atrapados escaparan, se clavaron en el cuello y la nuca de la mujer. La sangre que fluyó de su cabeza creó un charco en el suelo del almacén y el niño se arrastró rápidamente y comenzó a lamer la sangre de su madre con voracidad.

Después de presenciar la muerte de su madre con sus propios ojos, la niña no volvió a llorar, reír ni hablar nunca más. El hombre amplió la casa, construyó una habitación interior y encerró a su hija muda e inexpresiva. Contrató sirvientes para que cocinaran, limpiaran y cuidaran de su hija. Les explicó que su esposa había muerto de repente a causa de una grave enfermedad que su hija había heredado y que le impedía hablar.

Todas las tardes, cuando los sirvientes se habían marchado, llevaba a su hijo a la habitación de la niña. La hija ya no gritaba ni se movía cuando su hermano la mordía y le lamía la sangre. Simplemente se quedaba mirándolo en silencio con el rostro inexpresivo y pálido.

El hombre vigilaba de cerca a sus hijos. Cuanta más sangre bebía su hijo, más puro era el oro y mayor la cantidad que producía. Además, a medida que el niño crecía, consumía más sangre, pero el hombre sabía que no podía dejarlo a solas con su hija o bebería toda su sangre hasta matarla. El hombre necesitaba a su hijo y este a su vez necesitaba a su hermana para seguir con vida. Por eso el hombre se aseguraba de que el niño no entrara solo en la habitación de su hija, y cada vez que iban juntos vigilaba atentamente el estado de la niña y la cantidad de sangre que su hermano le extraía.

Los negocios del hombre prosperaron y la niña de cara pálida siguió encerrada en silencio en una habitación a oscuras.

Los niños crecieron. La hija del hombre tenía la piel clara y sus grandes ojos, brillantes aunque inexpresivos, destacaban en el rostro blanquecino, mientras su cabello negro le caía por la espalda como una cascada. Era una chica hermosa, pero su belleza era apática, gélida y algo enfermiza. Su hija existía de una ma-

nera completamente diferente a la de las chicas corrientes, y al igual que un bosque oscuro bajo la luz de la luna, su indiferencia y su halo de misterio desprendían cierto encanto seductor.

El hijo del hombre comenzó a visitar la habitación de su hermana eludiendo la vigilancia de su padre.

Pero esta vez no era para beber su sangre.

Por entonces el hombre se había convertido en un rico comerciante que cruzaba mares y montañas para comprar y vender sus mercancías. Ya no tenía que cortar el cuerpo de su hijo ni soportar verlo chupar la sangre de su hija. Al principio el hombre viajaba a esos países lejanos para ocuparse de sus negocios, pero pronto descubrió cómo disfrutar de los paisajes exóticos, las comidas y bebidas exóticas y de sus no menos exóticas mujeres gracias al dinero que sacaba del oro. A medida que sus negocios prosperaban pasaba menos tiempo en casa. Y eso significaba que sus hijos pasaban muchas noches solos en la casa grande y oscura.

Un día, cuando el hombre regresó, descubrió que su hija estaba embarazada. Fue como si le hubieran dado un golpe en la cabeza y enseguida la ira se apoderó de él. Mientras gritaba y se desgañitaba, su hija lo miraba con el rostro inexpresivo. El silencio y la apatía de su hija lo enfureció aún más. Cuando levantó la mano para golpearla, su hijo, que estaba a su lado, le agarró de la muñeca.

Ver a esa joven pálida e inexpresiva junto a su hijo, que ahora se interponía con desesperación entre ellos, despertó en su mente una vaga sospecha que inmediatamente se negó a reconocer. En vez de eso, se marchó de la habitación hecho una furia.

Sentado en su estudio el hombre trató de calmarse y analizar la situación con sangre fría. Ya era demasiado tarde para abortar. Si cometía un error y le ocurría algo a su hija, sería catastrófico. Seguía creyendo que ella debía vivir para alimentar a su hijo, que a su vez le proporcionaba el oro que necesitaba.

Por suerte su hija nunca había salido de casa. Vivía en una habitación pequeña y oscura, en las profundidades de la gran casa, donde nadie la conocía. No hablaba con nadie y no estaba claro si entendía las palabras o el mundo.

Aunque lograra dar a luz, era imposible imaginarla como una madre. Lo mejor sería enviar al niño a un lugar lejano donde no volvieran a saber de él, confiándoselo a gente que lo cuidara mejor de lo que lo haría su hija. El hombre decidió por su cuenta que eso sería lo mejor para el bebé. Pero su hijo... ¿qué haría con él?

Tenía que mantenerlo alejado de su hermana.

Sin embargo, también lo necesitaba. Ahora sus negocios iban viento en popa, pero quién sabía lo que le depararía el futuro. Podía llegar el día en que volviese a necesitar dinero y, como sabe cualquiera que se dedique a los negocios, el dinero nunca sobra...

Y para obtener capital necesitaría a sus dos hijos...

El hombre pasó mucho tiempo dándole vueltas a esas cosas.

Finalmente, haciendo uso de su fortuna y contactos, empezó a buscar un buen médico.

Con dinero suficiente siempre era posible dar con un médico astuto que supiera mantener la boca cerrada. La cantidad que le pidió el médico le pareció exorbitada, pero el hombre podía hacerse con el dinero en un par de sesiones exprimiendo el cuerpo de su hijo. Además, como el incidente había sido culpa de su hijo, quería que apechugase con las consecuencias sacándole más oro del que le había pedido el médico.

Su hija no se sorprendió al ver a ese médico desconocido. La mayor parte del tiempo su cara pálida no mostraba ni rastro de emoción, pero en cuanto el médico abrió el maletín y extrajo los frascos de medicamentos y los bisturís empezó a gritar.

Fue un grito tan desgarrador que el techo de la casa se les podría haber caído encima en cualquier momento. El hombre, el médico y la criada que habían traído para ayudar se taparon

los oídos y se desplomaron. Los frascos de los medicamentos estallaron y se hicieron añicos. Cuando el hombre recobró el sentido, su hijo estaba en el umbral de la habitación.

Al ver extraños en la habitación de su hermana quiso entrar. El hombre le cortó el paso y gritó al médico que comenzase la operación rápido. Como todos los frascos se habían roto, el médico agarró el bisturí sin molestarse en poner anestesia. La hija trató de escapar, pero el médico pesaba demasiado y no podía moverse. La criada se apresuró a inmovilizarla y el doctor apuntó el bisturí hacia su vientre.

La joven gritó con voz desgarradora:

–Suéltame!

Tras empujar a su hijo fuera de la habitación, cerró la puerta y se giró hacia ella. La hija le miró a los ojos y gritó una vez más:

–Suéltame!

El hombre vio el reflejo dorado de la mirada del zorro en su cara pálida. El doctor le clavó el bisturí en el vientre y su grito sacudió de nuevo los cimientos de la casa.

Cuando el hijo cruzó la puerta de la habitación, el médico ya estaba sacando al bebé del útero. Empapado de sangre, con la mirada desencajada y hurgando con el bisturí en las entrañas de la joven, el médico ya no parecía humano.

Su hijo se abalanzó sobre él y le mordió el cuello.

Cuando el hombre se acercó para detenerlo, el chico aulló como una bestia y le atacó.

La criada que sujetaba a la joven gritó y escapó corriendo.

El hombre cayó al suelo golpeándose la cabeza y su hijo se subió a su pecho y lo estranguló.

Cuando el hombre abrió los ojos, la sangre que se había desbordado de la cama empapaba el suelo en el que yacía. Lo primero

que vio fue la cara pálida y los ojos gélidos de su hija, su vientre destrozado y abierto. Tenía el cuerpo frío.

Después del funeral de su hija, el hombre abandonó todos sus negocios y se encerró en casa.

El hijo y del bebé desaparecieron sin dejar rastro. El chico ni siquiera asistió al funeral de su hermana.

Al principio los sirvientes se ocuparon de él. Lo único que sabían era que su hija había muerto tras una larga y terrible enfermedad y que su hijo se había marchado de casa conmocionado tras su muerte. Por eso, cuando la criada enloquecida visitaba la casa de vez en cuando y trataba de abrirse paso hasta la habitación de la hija gritando palabras incomprensibles, intentaban calmarla y la echaban.

Sin embargo, poco tiempo después empezaron a contarse historias sobre que los sirvientes habían visto «algo» en la casa. Al principio se rumoreaba que ese «algo» había aparecido en la habitación de la hija muerta, pero poco después ya lo veían en el pasillo, el dormitorio del hombre, las habitaciones del servicio, la cocina y cerca del almacén.

Ese «algo» era hermoso. Un resplandor dorado que ondulaba lentamente, dejando tras de sí una tenue neblina áurea y brillante. Esa niebla dorada era fría y pálida, y cuando uno la veía quería aproximarse para contemplarla más de cerca o meter la mano dentro de ella.

Todos los que se acercaban seducidos por su belleza dorada se volvían locos.

El momento en que uno se inclinaba y tocaba el rastro dorado que dejaba en el suelo, la luz se detenía y se giraba. Tenía ojos, boca y sangraba por su vientre abierto. Extendía sus brazos blancos, casi transparentes, hacia el cuerpo de la otra persona

y hurgaba en su interior con sus largos dedos blancos como la luz de la luna y fríos como la nieve en una montaña invernal murmurando:

—Mi bebé... ¿Dónde está mi bebé?...

Cuando el frío y el terror impedían a la víctima responder, el fantasma de la hija gritaba haciendo temblar toda la casa:

—¡MI BEBÉ...! ¡¿DÓNDE ESTÁ MI BEBÉ?!...

Incluso después de que el fantasma hubiese desaparecido, los seducidos por el destello dorado se quedaban mirando al espacio vacío y gritando que había un fantasma flotando; se arañaban la cara hasta despellejársela mientras gritaban que necesitaban lavarse la sangre; y al ver la luz del sol fuera saltaban por las ventanas gritando «¡Es oro! ¡Aquí hay oro!», o sin razón aparente se iban al bosque en plena noche, y a la mañana siguiente los encontraban muertos con el cuello atrapado en un cepo destinado para zorros.

Los criados fueron cayendo uno a uno; o se volvieron locos, o se vieron obligados a marcharse o decidieron huir. El hombre se quedó solo en la casa enorme. Por las noches, cuando se acostaba, lo visitaba el fantasma dorado y traslúcido de su hija, que sangraba por los ojos, la boca y el vientre abierto en canal y le repetía la misma pregunta:

—Mi bebé... ¿Dónde está mi bebé?...

El hombre desconocía su paradero y por tanto no podía responder. Así que el fantasma de su hija preguntaba de nuevo:

—Mi bebé... ¿Dónde está mi bebé?...

Hasta el amanecer, el fantasma ensangrentado y dorado de su hija permanecía de pie junto a su cama y, al igual que el día de su muerte, goteaba sangre fría de su vientre cercenado, empapándole la cama mientras le preguntaba una y otra vez:

—Mi bebé... ¿Dónde está mi bebé?...

Unos meses después de que el último criado se hubiera marchado, los aldeanos, movidos por la curiosidad y por el sentido del deber de hacer algo con aquella casa desgraciada, se aventuraron a entrar y se encontraron al hombre en los huesos, totalmente consumido, pero aún con vida.

—Por favor, suéltame...

Esas fueron sus últimas palabras, o al menos eso dice la historia que nos ha llegado.

Hay un epílogo. Unos años después en un lugar muy lejano (por ejemplo, si la casa del hombre estaba en el noroeste esto habría sucedido en un pueblo del sureste) ocurrió un extraño suceso en un camino de montaña una noche de invierno en que nevaba con intensidad.

Los días son cortos en invierno y las montaña se oscurecen enseguida, pero había algo que brillaba débilmente. Estaba agachado en el camino cubierto de nieve y se movía afanosamente, como si estuviera ocupado en alguna tarea.

La persona que lo vio había vivido toda la vida en un pueblo cercano, pero jamás había visto algo así en la montaña. Curioso, se aproximó por detrás a esa cosa pálida para ver qué estaba haciendo. Instantes después gritó y se marchó a todo correr por donde había venido.

Según la historia del aldeano, se trataba de un niño. Debía de tener unos cinco o seis años y estaba agazapado devorando algo en el oscuro camino de montaña. Por alguna razón, su cuerpo emitía un leve brillo dorado, y así fue como el aldeano había podido vislumbrar lo que estaba comiendo.

Era el cuerpo de un hombre joven. El niño le había abierto el estómago y, después de hurgar en su interior con las manos, le había sacado un bulto dorado que estaba devorando con avidez. Parecía que el cadáver del joven llevaba muerto bastante

tiempo, pues estaba muy pálido, y a su alrededor brillaban unas salpicaduras doradas sobre la nieve blanca.

Como aquel bulto dorado, las gotitas de oro esparcidas y el niño que brillaba tenuemente eran de una belleza irreal, al principio el aldeano no entendió lo que estaba viendo. Incluso cuando se acercó y vio el vientre del chico abierto, no pudo estar seguro de si ese cadáver cubierto de oro era realmente humano.

El niño agachado levantó la mirada cuando se acercó. Sus ojos no mostraban ninguna emoción. Sin mediar palabra ni cambiar de expresión, sacó otro trozo de oro endurecido por el frío del vientre de su padre y se lo metió en la boca. Cuando la abrió, el aldeano pudo ver unos colmillos afilados similares a los de un lobo o un zorro.

El joven con el vientre abierto agarró al lugareño por el tobillo.

—Suéltame...

El hombre se quedó petrificado y el joven repitió otra vez con la voz rota:

—Suelta...

El niño que emitía ese destello dorado miró al lugareño con indiferencia y la boca entreabierta dejando expuestos sus colmillos desnudos y afilados.

El hombre se sacudió la mano que le agarraba del tobillo, dio media vuelta y corrió para salvar su vida.

Cuando llegó a casa se dio cuenta de que tenía una mancha dorada en la parte de los pantalones donde lo había agarrado el joven. Al amanecer decidió volver con otros vecinos, pero el camino estaba enfangado por la nieve derretida y no había ni rastro de aquel niño dorado ni del joven con las tripas abiertas.

CICATRICES

I

Arrastraron al niño al interior de la cueva.

Desconocía el motivo. Tampoco sabía quién lo había arrastrado. En realidad, el niño ni siquiera estaba seguro de quién era. Deambulaba por los campos cuando lo atraparon unos extraños y lo arrastraron hasta esa cueva de las montañas.

Lo habían encadenado en su interior. Los que lo llevaron se marcharon a toda prisa tras comprobar que tenía las extremidades inmovilizadas por las cadenas.

El niño lloró y gritó en la oscuridad durante un rato, pero nadie acudió en su ayuda.

Cuando dejó de llorar, oyó un ruido metálico detrás.

«Eso» se dirigió hacia él.

El niño sobrevivía alimentándose de carne cruda y hierba.

Dormía acurrucado en el lugar en que estaba atado y en el que también defecaba.

De vez en cuando, lo arrastraban afuera de la cueva tirando de las cadenas que ataban sus pies y manos. No estaba seguro de

si eso ocurría una vez cada varios días o cada varias semanas. En la cueva no entraba la luz del sol.

Cada vez que lo sacaban a rastras de la cueva, en el exterior la luz del sol brillaba tanto que le hacía daño. Y cuando lo alzaban en el aire por las cadenas el niño lloraba de dolor y miedo. Lo arrastraban a alguna parte y lo lanzaban a un agua helada reluciente y ondulante. El niño no sabía nadar, pero de todas formas tampoco hubiera podido hacerlo atado de pies y manos. Gritando y retorciéndose se hundía sin remedio en el agua fría hasta que de repente alguien lo agarraba de nuevo por las cadenas, lo suspendía en el aire y lo llevaba a cuestas a través del bosque y la montaña para arrojarlo otra vez al interior de la cueva. Dentro, con aire que respirar y tierra sólida bajo sus pies, el niño sentía una especie de alivio. Luz intensa u oscuridad sofocante; el cielo cegador o el aire húmedo y mohoso de la cueva; agua helada o humedad pegajosa y excrementos. No había término medio en su vida ni tenía forma de saber qué sería lo siguiente que ocurriría y cuándo.

«Eso» se acercaba al niño una vez al mes, perforaba sus huesos y los succionaba hasta el tuétano. Por supuesto, como el niño no podía ver el paso del día a la noche no era consciente del discurrir del tiempo. Pero a pesar de no poder calcularlo, las visitas de «eso» eran lo único regular y predecible en su vida.

No sabía qué era ni el aspecto que tenía. Parecía retorcerse en la oscuridad. Tenía un brillo negro, era grande y poderoso... terrorífico y doloroso.

Insertaba un objeto afilado y duro en su espina dorsal y succionaba. Al principio empezó en la parte baja de su espalda justo sobre la pelvis y después fue subiendo de vértebra en vértebra una vez al mes hacia su cuello.

El orden en que ocurría era siempre el mismo. De repente el pequeño agujero blanco de la entrada de la cueva quedaba cubierto por una masa negra. Luego había un sonido metálico y un aleteo. Unas plumas rígidas, húmedas y que olían a moho

presionaban sus muñecas y sus tobillos. Entonces, un objeto duro, afilado e indescifrablemente doloroso penetraba en su espina dorsal.

Incluso después de que «eso» se marchase, el niño se quedaba un buen rato sin poder moverse debido al dolor y al miedo. Cuando finamente lograba incorporarse con esfuerzo, la sensación de que su columna vertebral iba a partirse le hacía gritar con todas sus fuerzas.

Sus gritos carecían de significado y de rumbo. Que él supiera no tenía familia. No sabía quiénes eran sus padres ni recordaba de dónde había venido o por dónde había estado vagando, y sus pocos y vagos recuerdos se habían dispersado en la oscuridad perpetua de la cueva hasta desaparecer en el abismo del olvido.

A pesar de todo, rezaba porque alguien, quien quiera que fuese, lo sacara de aquella cueva. Deseaba con toda su alma que alguien se lo llevase a cualquier lugar que no fuera ese, a un lugar sin ese dolor y oscuridad.

Por supuesto, nadie acudió en su auxilio. Dado que en el mundo exterior nadie conocía la existencia del niño, tampoco se había sabido de su desaparición.

II

Cuando estaba solo en la cueva tiraba de la cadena para comprobar cuánto podía alejarse del poste al que estaba atada. Murmuraba o tarareaba una canción al ritmo del ruido metálico de sus cadenas. No era algo que surgiese de la alegría ni de cualquier otra emoción, sino que se trataba de un vano intento por llenar de alguna forma ese espacio desagradable, las horas de ansiedad y el vacío de la oscuridad.

Una vez el roce de sus cadenas con la pared de la cueva hizo saltar una chispa y aquello se convirtió en el momento más agradable de su infancia oscura y vacía. Tiró de sus cadenas una y

otra vez y golpeó las paredes y el suelo, anhelando ver de nuevo esa pequeña y hermosa luz, hasta que finalmente saltó otra chispa y por un instante iluminó un pequeño insecto.

Era la primera vez que veía a una criatura aparte de él mismo viviendo en aquella cueva, aunque como no lo había podido ver bien no estaba seguro de si realmente estaba vivo o muerto.

Sus ojos habían captado al insecto durante una breve fracción de segundo. Antes de que la cadena golpease la pared el insecto estaba reptando despacio y con un empeño desapasionado por la pared de la cueva, la chispa le hizo contraer el cuerpo y acto seguido reanudó su lenta marcha en esa oscuridad familiar. Los dos vivían en la misma cueva, pero el mundo del niño y el del insecto eran totalmente diferentes. Por fin había encontrado otro ser vivo, pero era uno completamente indiferente al dolor, las expectativas y las esperanzas del niño.

Golpeó las rocas con sus cadenas una y otra vez, pero nunca volvió a ver al insecto. Fue la primera vez que lloró desconsoladamente. No eran los aullidos de alguien enloquecido por el miedo, sino las lágrimas de un ser humano que comprendía y se afligía de su propia soledad.

III

Todo niño que logra sobrevivir en este mundo crece para convertirse en un hombre joven.

Con el paso del tiempo le daba la impresión de que sus cadenas se acortaban. Al intentar extender sus brazos o piernas adormilado descubría con sorpresa la sensación del hierro clavándose en su piel y tirando de él. Cuando era arrastrado fuera de la cueva y atravesaba esa atmósfera gélida como un campo helado, retorciéndose y luchando por liberar sus pies y manos, podía sentir que «eso» también luchaba a su lado.

Aquel día arrojaron al niño de cabeza al agua helada. «Eso» le mordió la pierna varias veces como si tratara de arrancársela sumergiéndolo en el agua y sacándolo de nuevo varias veces. En la última inmersión llegó hasta el fondo y tocó el suelo hasta que «eso» lo agarró de nuevo y lo arrojó de vuelta a la oscuridad de la cueva. De nuevo clavó aquello duro y afilado en su cuello. Esa vez creyó que se iba a morir de verdad. Sintió vívidamente cómo la carne de su cuello se desgarraba y aquella cosa afilada penetraba de forma inexorable y dolorosa entre sus huesos. Cerró los ojos pensando que le partiría el cuello.

Cuando los abrió seguía con vida.

No podía girar el cuello ni mover las extremidades. Recuperarse le tomó mucho más tiempo de lo habitual y no había ni rastro de la carne cruda y la hierba que solían dejarle cerca. El chico temblaba de miedo y hambre, agachado en la oscuridad sin saber cuándo aparecería de nuevo «eso» para perforar su cuello.

Estuvo mucho tiempo sin aparecer.

Cuando por fin pudo mover brazos y piernas se dio cuenta de que ya no era un ser indefenso. Se había convertido en un joven y comenzó a explorar la posibilidad remota de escapar de la cueva sin ayuda. Esa posibilidad comenzó con un movimiento inconsciente de sus extremidades hasta tomar gradualmente la forma de un plan definido.

IV

Un día se llevaron al joven al exterior de la cueva justo como otras veces.

Volaba en el aire en las fauces de «eso». De repente, cuando la cueva desapareció en el horizonte, el joven agitó sus extremidades.

No fue algo premeditado, sino una acción impulsiva. «Eso» no se esperaba aquel movimiento. Cuando las cadenas que el joven

llevaba atadas alrededor lo golpearon, lanzó un terrible alarido como el joven no había oído jamás y lo soltó.

Cayó al vacío.

Hasta que chocó con algo.

El joven se desmayó.

Cuando se despertó un sol rojizo y redondo se alzaba sobre los árboles del bosque. Al tratarse de una escena que no veía desde hacía mucho, el joven se quedó observando con fascinación cómo el sol se fundía con el horizonte.

Entonces se incorporó.

Sentía el cuerpo destrozado y también le dolía la cabeza, pero seguía vivo.

Todavía tenía grilletes en las muñecas y los tobillos, pero la cadena unida a ellos no estaba atada a ninguna parte, simplemente colgaba.

Aquellos grilletes eran lo único que cubría su cuerpo. Por sus brazos, piernas, vértebras y costillas había impresas ciento veinte cicatrices triangulares.

Comenzó a caminar en dirección a los rayos de sol rojizos que se extendían fundiéndose en el cielo.

Se movía despacio.

Había pasado demasiado tiempo agachado en la cueva o forcejeando en el aire y bajo el agua. Caminar sobre sus piernas se le antojaba un sueño lejano y débil como otros recuerdos de su infancia. Además, cuando cayó se había hecho heridas por todo el cuerpo. Los grilletes y las cadenas entorpecían sus movimientos. Por un tiempo avanzó encorvado usando pies y manos; después se apoyó en una rama y se irguió sobre sus pies reaprendiendo con cautela cómo volver a utilizar su cuerpo.

No sabía de dónde venía la carne cruda que había comido a menudo, pero sabía cómo identificar la hierba comestible y los frutos de los árboles. Se llevaba a la boca y masticaba todo

cuanto caía en sus manos mientras seguía avanzando hacia algún lugar desconocido.

Estaba huyendo. Estaba agotado y le dolía todo del cuerpo, pero era libre. Por eso, aunque no sabía adónde iba avanzaba lo más rápido que podía. No quería ser capturado de nuevo. No podía permitirlo. Si «eso» volvía a arrastrarlo a la oscuridad de la cueva se suicidaría. Estaba seguro.

V

Cuando llegó a un pueblo, los vecinos se quedaron mirándolo paralizados. Al ver su cuerpo desnudo las madres taparon los ojos a los niños, pero cuando advirtieron las cicatrices en su espalda cerraron la boca que habían abierto para hablar y se quedaron en silencio. Nadie se le acercó. Simplemente lo observaron con terror en los ojos. Nadie lo ayudó, pero tampoco salieron corriendo, ni lo insultaron ni intentaron echarlo. En un sorprendente silencio sepulcral todos se quedaron mirándolo con los ojos como platos.

Hacía mucho tiempo que no estaba con otras personas. E incluso entonces nunca había visto a tanta gente a la vez. Además, nunca habría podido imaginarse una situación en la que todas las miradas se posaran en él. Sus rostros inexpresivos, sus ojos muy abiertos y el silencio reinante le hicieron perder el valor. Mientras seguía allí plantado mirando torpemente a su alrededor, los aldeanos fueron dándose media vuelta y marchándose a sus casas. Al cabo de un rato solo quedaban unos pocos, guardando una prudente distancia y mirándolo en silencio hasta que también se fueron. Pasado un rato se quedó solo a la entrada del pueblo.

No sabía qué hacer. Al principio había demasiada gente y ahora nadie. Había demasiada luz. Le faltaba la pared rocosa que había definido los límites de su mundo y el poste al que había

estado atada su cadena. Recordó la sensación de alivio que sentía cuando, después de volar en el aire gélido y sumergirse en el agua fría, era arrojado de vuelta a la familiar oscuridad de la cueva. Por un instante echó de menos aquel lugar oscuro y familiar.

De pronto la gente volvió a agolparse a su alrededor. Manteniendo las distancias igual que antes comenzaron a aparecer en pequeños grupos y lo miraron.

Esta vez murmuraban entre ellos. Incapaz de descifrar sus expresiones y abrumado por toda esa gente siguió allí de pie sin saber qué hacer.

De repente una voz se alzó sobre los murmullos:

—Vamos, ¡vamos! Abran paso. Mmmm, veamos. Ah, aquí está.

La fuerte voz pertenecía a un hombre calvo de mediana edad. Guiado por un joven a través de la multitud, se le acercó dando voces. Manteniendo cierta distancia como el resto, el hombre calvo susurró algo a su acompañante y este desapareció entre la multitud. El calvo se acercó más y se quedó ante el chico, vociferando:

—¡Muy bien! ¡Vamos allá!

Cuando le tendió la mano, el chico dio un paso atrás, sorprendido, pero el calvo dio un paso hacia él con una sonrisa tomando el extremo de la cadena que colgaba de las muñecas y tirando suavemente.

—Ya está, aquí no hay nada que ver. Sigan con sus cosas, ya está todo resuelto.

Hacía tanto tiempo que no oía el sonido de la voz de otra persona que no le resultó alentador, sino extraño. No podía entender la mitad de las palabras que decía el hombre calvo, pero del mismo modo que se había encogido instintivamente en la cueva cuando, al estirar las extremidades, las cadenas tiraron de él, ahora se encogió cuando el hombre tiró ligeramente de la cadena.

Con una sonrisa amistosa en el rostro se aproximó sosteniendo la cadena y puso la mano sobre su hombro. Su mano blanca

y regordeta desapareció entre las marañas de pelo del joven, que habían crecido de forma descontrolada. Como si estuviera familiarizado con su cuerpo, el hombre puso la mano sobre la cicatriz de su cuello presionando con fuerza en el lugar en que «eso» lo había perforado y succionado.

El joven se quedó paralizado. Sintió el mismo miedo que había sentido cuando «eso» le había perforado su cuello, y revivió el terror a la muerte y el dolor.

—Vamos, vamos, no pasa nada. No hay nada más que ver aquí. Vuelvan a sus asuntos. Venga, abran paso…

El hombre calvo siguió dando voces mientras guiaba al joven tirando de la cadena con la mano todavía apoyada en su cuello. El joven lo siguió incapaz de reprimir o tragarse el grito que brotó de su garganta.

VI

El hombre le dio agua, comida y ropa.

Como había sobrevivido a base de carne cruda y hierba fresca el aroma de la comida le resultó extraño, pero una vez se llevó un bocado a la boca no pudo parar de comer hasta terminarlo todo. Después de llenar su estómago se agachó y echó una cabezada hasta que un sonido metálico lo despertó con un sobresalto. Al ver que el calvo se acercaba a sus muñecas con una gran herramienta gritó y forcejeó para soltarse de las manos de los otros hombres que lo inmovilizaban.

El hombre de mediana edad rompió el grillete de su muñeca izquierda y los que tenía en los tobillos. Por alguna razón dejó solo el que estaba en su muñeca derecha, pero quitó la cadena de la anilla de manera que ya no tintineaba de forma desagradable como antes.

El joven se miró las muñecas y los tobillos. La sensación del pesado metal contra su piel era repugnante, pero se había acos-

tumbrado a ella y a los callos y heridas de la piel despellejada alrededor de muñecas y tobillos. De repente se sintió extraño y ligero.

—Descansa un poco, de acuerdo? Tendrás que empezar a ganarte el sustento a partir de mañana.

El hombre de mediana edad sonreía y parecía regocijarse al pronunciar sus palabras. Por supuesto, él no entendía nada. Sintiendo que el chico no podía entenderle, sonrió aún más mientras cerraba la puerta del cobertizo donde lo había metido.

El joven se sentó un rato tranquilamente en silencio. Al principio estaba asustado, pero empezó a relajarse de forma gradual al ver que no ocurría nada.

En el suelo de tierra de la choza había una estera de paja. Para él, que siempre había pisado la roca negra con el cuerpo desnudo, esa fina estera era tan blanda como un colchón de plumas. El cobertizo estaba en penumbra, pero no tenía nada que ver con la oscuridad total de la cueva. El aire era cálido y suave, y olía a hierba y tierra fresca. Las estrellas brillaban a través de los agujeros del techo de paja.

Recordó las pequeñas chispas que habían saltado en la cueva cuando golpeó la piedra con la cadena. ¿Algún gigante atrapado en la cueva del cielo nocturno había golpeado sus cadenas contra una pared inimaginablemente grande para crear las estrellas? ¿Lo habría hecho para pedir ayuda? ¿O simplemente para soportar de alguna forma el vacío y la oscuridad? No tenía forma de saberlo. Cualquiera que fuese el motivo por el que ese gigante atrapado en una cueva gigante en el aire golpeaba sus cadenas contra la pared de roca a él solo le suscitaba una mirada de indiferencia como la de aquel insecto que una vez había reptado a su lado.

Ese fue su último pensamiento antes de dormirse.

VII

El calvo lo despertó pronto por la mañana. Sus numerosos empleados lo bañaron y le lavaron y cortaron el pelo. Cada vez que el chico se revolvía aterrado, el calvo le presionaba con su mano pálida y regordeta la cicatriz de la nuca. Resultaba extraño que supiera tan bien cómo hacer obedecer al chico.

Tras lavarlo y cortarle el pelo, los empleados untaron el cuerpo del joven con aceites y le dieron unos pantalones llenos de adornos. Por alguna razón no le dieron nada para cubrir su torso, de manera que las cicatrices de su pecho y sus brazos quedaron al descubierto. Los aceites hacían que las cicatrices triangulares de su cuerpo brillaran como tatuajes amenazadores.

Cuando terminaron de prepararlo, el hombre calvo ató una cadena al grillete de su muñeca derecha. Su antigua cadena estaba oxidada y era incómoda y pesada, pero esa nueva, aunque igual de gruesa, era mucho más ligera y su brillo negro resplandecía al sol.

El color negro le hizo recordar «eso» bloqueando la entrada de la cueva con sus plumas rígidas y se sintió aterrado. Pero cuando el calvo empezó a tirar ligeramente de la cadena negra y reluciente, el joven volvió en sí y caminó obedeciendo sus órdenes.

Llegaron andando a un gran descampado que había en medio del pueblo. A una señal del calvo algunos hombres trajeron estacas de madera y levantaron una valla alrededor. El hombre sonrió como de costumbre mientras los veía trabajar y sostenía el extremo de la cadena.

Una vez terminaron la valla, los lugareños comenzaron a llegar y el joven se encontró una vez más abrumado por las miradas de la muchedumbre. Cuando estuvieron rodeados por la multitud el hombre soltó la cadena del grillete y le dio un pequeño empujón por la espalda.

—Vamos, ve a luchar.

El joven no lo entendía. Simplemente se quedó en pie junto a la entrada, en el hueco de la valla mirando ausente las caras de la gente y la del calvo, que sonrió otra vez.

—Vamos, pedazo de idiota. ¡Lucha! ¡Muerde! ¡Arre! —dijo empujándolo más fuerte hacia el espacio vacío dentro de la valla.

La multitud vitoreaba a su alrededor produciendo un ruido ensordecedor y extraño que lo hizo encogerse de miedo.

Cuando alzó la mirada se encontró frente a un gran perro negro que echaba espuma por la boca y tenía los ojos inyectados en sangre. Por supuesto, él no sabía qué era un perro. Había pasado demasiado tiempo desde la última vez que vio un animal, ya fuera salvaje o doméstico. Sin embargo, los colmillos afilados que relucían a través de la espuma y su mirada asesina le hicieron entender instintivamente lo que estaba ocurriendo.

El joven volvió la vista atrás. Sin que se diera cuenta habían cerrado el agujero en la valla por el que le había empujado el hombre calvo. Sin apartar la mirada de los ojos del perro dio un paso despacio hacia un lado.

Y otro paso.

Justo cuando volvió la vista para buscar una ruta de escape el perro negro se abalanzó hacia su cuello dando un salto silencioso.

Cuando los dientes del perro cortaron el aire hacia él, justo antes de clavarse en su carne, el joven oyó una serie de crujidos y sintió como si todos sus huesos y articulaciones se rompieran en su interior. Incluso en la dolorosa agonía de ser destrozado en mil pedazos, durante ese único salto aún pudo oír el sonido de cada rotura y crujido individual, uno tras otro.

Los dientes del perro, que apuntaban a su yugular, y sus garras ansiosas por desgarrar su carne, chocaron con algo muy duro que frustró su ataque. El perro salió disparado y cayó rodando por el suelo sin parar de gruñir. Cuando el joven se

incorporó y miró al animal pudo percibir momentáneamente un titubeo en sus ojos inyectados en sangre.

Pero el perro estaba enfermo. Siguiendo los dictados de la enfermedad que le había atacado el cerebro, dio un gran salto hacia él mientras echaba espuma por la boca y aullaba.

El joven no recordaba qué ocurrió después. Cuando volvió en sí del gran perro negro solo quedaba una masa sanguinolenta de piel y pelo tirada a un lado en el barro.

La muchedumbre clamaba. Algunos se habían marchado a toda prisa y otros se habían girado para vomitar. Aquellos que no se habían ido ni habían vomitado emitían gritos incomprensibles y aplaudían con fuerza con un fulgor en los ojos inyectados en sangre idéntico al de los del perro enfermo.

El hombre calvo entró en el terreno de lucha e hizo una reverencia. Hubo más gritos y aplausos. Mientras el joven seguía ahí de pie desorientado el hombre lo tomó del brazo y lo guio afuera. El joven se dio cuenta de que estaba cubierto de sudor y de la sangre del perro cuando los empleados del hombre llegaron con toallas y empezaron a frotarle el cuerpo con ellas.

—Buen trabajo —le dijo el hombre con una sonrisa de satisfacción.

—Muy bien hecho. Sigue así a partir de ahora. Bastará con que ajustemos un poco los tiempos.

El hombre le palmeó la nuca con su mano regordeta de nuevo. La palma de su mano entró en contacto con la cicatriz, pero fue tan breve y suave que no se sintió aterrorizado como antes.

Los empleados que le limpiaron la sangre y el sudor le ofrecieron agua y carne curada. Bebió de forma frenética y masticó un trozo duro y salado de carne mientras pensaba en lo diferente que había sido el toque amistoso y suave del hombre en su cicatriz en comparación con la ocasión en que la había apretado con fuerza para que lo siguiera. Y por alguna razón desconocida entendió vagamente que había recibido un halago de otro ser humano por primera vez en su vida.

VIII

Lo llevaron a luchar de pueblo en pueblo. No entendía bien qué estaba ocurriendo, pero era un buen luchador.

Sus oponentes solían ser perros grandes, lobos capturados y jabalís salvajes. Una vez incluso tuvo que enfrentarse a un oso. Independientemente del oponente lo único que recordaba de las peleas era el miedo y la tensión, el dolor de su cuerpo haciéndose pedazos y los crujidos estruendosos. Después de eso, no tenía ni idea de lo que ocurría y cuando lograba volver en sí el animal estaba tirado en el suelo cubierto de sangre con el cuello roto y las tripas fuera.

—Debes aprender a contenerte, muchacho —le repetía siempre el calvo de cara pálida y regordeta sonriendo de oreja a oreja—. Cuando peleas con animales no hay problema, pero si haces pedazos a los hombres de esa forma la limpieza de después se convierte en un quebradero de cabeza.

Entonces el hombre se quedaba mirando su cara de incomprensión, sonreía y le lanzaba otro trozo de carne curada.

—Eres un idiota... Habrá alguna forma de enseñarte para que lo entiendas.

Y un día el hombre trajo a otro que tenía la misma calva brillante, pero que lo doblaba en masa muscular. Llevaba la cabeza, la barba e incluso las cejas completamente rasuradas, por lo que la cara le relucía. El hombre musculoso susurró algo al otro antes de entrar en la arena y plantarse ante el chico.

El chico se quedó mirándolo sin saber muy bien qué hacer. Las bestias con las que luchaba tenían los ojos inyectados de sangre y el pelaje erizado o echaban espuma por la boca y mostraban las garras. Su intención de atacar estaba clara y a él no le quedaba otra opción que esquivarlos o defenderse. Sin embargo, luchar contra un hombre era totalmente diferente. El hombre rasurado y musculoso estaba sonriéndole como solía hacer

el calvo mientras extendía los brazos en un gesto amistoso y lo miraba:

–Venga, ven aquí, chico. Vamos a divertirnos.

El joven titubeó sin entender qué significaba aquello. Miró alternativamente al hombre musculoso que le sonreía y al calvo, que los observaba desde el otro lado de la valla.

–Tienes que atacar, idiota. Atácale –dijo con una sonrisa mientras gesticulaba dando puñetazos en el aire.

Al menos el joven podía entender ese gesto. Al ser la primera vez que luchaba contra un hombre al principio se había contenido, pero finalmente obedeció y se abalanzó sobre el hombre musculoso.

Este lo esquivó con una facilidad pasmosa para su corpulencia. El joven se giró y embistió de nuevo. El hombre desvió hábilmente su brazo izquierdo con la mano. El impulso hizo que el joven cayera al suelo. El hombre musculoso lo agarró de la nuca con la otra mano.

Se quedó paralizado. Y en cuanto el hombre presionó la cicatriz de su nuca perdió el control de su cuerpo.

El hombre musculoso sonrió y lo arrojó como si fuera un muñeco de trapo.

El joven se golpeó contra la valla de madera. Por un instante perdió el conocimiento. Cuando volvió en sí e intentó incorporarse, se dio cuenta de que le sangraban la frente y la nariz.

Ya en pie, sacudió la cabeza para acabar de despertarse. Cuando logró enfocar los ojos vio que el hombre musculoso estaba frente a él. Antes de que tuviera tiempo para contratacar su adversario abrió la mano en un gesto similar al que haría para acariciarle la cabeza a un niño y le golpeó en la sien. El joven aterrizó de nuevo en el barro.

Escupiendo tierra y sangre, volvió a levantarse. Nunca había librado una pelea que se hubiera desarrollado de esta forma. Enfadado, apretó los puños y corrió hacia el hombre, pero este lo esquivó con facilidad como la primera vez. Incluso apretó la

cicatriz de su cuello mientras caía. La sensación de que le estaban tomando el pelo no hizo sino avivar su cólera. Pero cuanto más corría e intentaba golpear más cansado estaba.

El joven se tambaleaba con la cara salpicada de sangre y tierra. Apenas podía respirar. El hombre musculoso todavía lo miraba sonriente.

—Cansa más fallar y golpear el aire que encajar algunos buenos puñetazos, porque no solo se agota el cuerpo sino también la mente —dijo el hombre musculoso con una carcajada.

El joven no lo entendió. Lo único que veía era que se estaba burlando de él. Enfurecido se olvidó de que estaba cansado y le faltaba el aliento. Apretando los puños atacó una vez más.

El hombre esquivó sus ataques de nuevo. Esperó a que el joven tropezara y cayera de nuevo, entonces apoyó la rodilla en la espalda del joven y le colocó el puño en la nuca. El momento en el que el joven sintió su puño, más en concreto, cuando el nudillo de su dedo corazón estaba a punto de presionarle la nuca, oyó desde alguna parte los primeros y débiles sonidos de rotura.

Justo antes de que su puño se hundiera en el cuello del joven, el hombre musculoso se detuvo.

El joven recuperó el aliento y aguardó.

El sonido se detuvo y no ocurrió nada.

Despacio, el hombre se levantó. Le tendió una mano, pero el joven no la tomó. Se levantó solo. Al verlo, el hombre musculoso sonrió de nuevo.

El chico oía hablar a los hombres mientras bebía agua y masticaba carne seca.

—Mientras no se dé cuenta de que su oponente le está atacando…

—Claro, por eso habría que retrasar ese momento…

—Pero piensa que podría salir mal…

—Imposible, te aseguro que nunca falla…

En medio de la conversación, cuando sus miradas se cruzaban con la del joven le sonreían. El hombre calvo le arrojó un poco más de carne. El musculoso hizo un gesto de beber mirando al joven y soltó una carcajada al ver su rostro de perplejidad.

IX

Unos días después hicieron pelear al joven de nuevo. Antes de entrar en la arena, el calvo le dio un líquido en una bolsita de cuero. El joven lo abrió sin pensar y apartó el rostro por el repentino y penetrante olor que desprendía.

El único líquido que él conocía era el agua y estaba seguro de que aquello era otra cosa.

Se quedó mirando al hombre calvo. Con su sonrisa habitual en los labios él se llevó la mano a la boca y echó la cabeza hacia atrás en un gesto de beber.

—Bébetelo, es bueno para ti. Tienes que ganar mucho dinero, ¿eh?

El joven dudó. El hombre se acercó y lo agarró de la nuca. Mientras estaba indefenso le echó la cabeza para atrás y le vertió el líquido en la boca. El joven tosió y vomitó la mitad, pero se tragó una parte.

—No pasa nada, venga, a pelear. ¡Arre!

Sonriendo con la bolsita de cuero todavía en la mano el hombre le dio una palmada en la espalda y lo empujó hacia la arena.

Esta vez su adversario era un hombre. Uno joven de expresión fiera. Tenía el pelo corto, una larga cicatriz en la frente y sus ojos eran finas hendiduras.

El joven de aspecto fiero se aproximó a grandes zancadas. El chico, pensando que le atacaban, se puso en alerta de forma instintiva. Pero justo cuando su oponente estaba a corta distancia, se apartó de un salto. Con las piernas ligeramente separadas y balanceándose de un lado a otro, se acercaba a un brazo de

distancia y saltaba hacia atrás, se acercaba y saltaba hacia atrás, una y otra vez.

Al ver a su oponente hacer eso el chico se sintió mareado. Cuando su adversario, en medio de ese vaivén y manteniendo las distancias, le asestó un puñetazo a la mejilla, el chico, que ni siquiera había intentado esquivarlo y mucho menos desviar el golpe, cayó suavemente al suelo. Los espectadores que rodeaban la valla lo abuchearon.

Cuando el chico logró incorporarse su oponente se acercó y le propinó una fuerte patada en el estómago. Logró frenar la caída apoyándose en el suelo con ambos brazos extendidos, pero notó que el líquido que había bebido se le revolvía en el estómago. Cuando su adversario le dio otra patada cayó de costado y vomitó.

El turbio líquido verde le ensució la boca y formó un charquito en el suelo. Por algún motivo la multitud rugió. Haciendo un gran esfuerzo, se levantó. En esta ocasión su oponente no le atacó, sino que se quedó esperando. Ahora que había vomitado todo se sentía mucho mejor. El mareo también había desparecido. Con algo más de confianza, blandió rápidamente el puño la siguiente vez que su contrincante se acercó. Pero este fue más rápido. El joven de expresión fiera se movió como si se deslizase sobre sus pies, esquivó el brazo del chico y le pegó en la garganta con el pulgar e índice, un golpe rápido pero efectivo. El chico se quedó sin respiración y empezó a caer hacia delante. Aprovechando la oportunidad, su adversario esquivó el golpe y trató de clavarle el codo en el cuello.

Justo antes de que el codo de su adversario le golpease, el chico oyó el sonido de rocas haciéndose añicos y metal quebrándose. Por alguna razón no fue tan doloroso como antes.

El codo de su adversario chocó con algo increíblemente duro. El chico oyó el ruido de los huesos del codo rompiéndose y sus alaridos.

El chico se levantó de un salto. Extendió el brazo derecho para atacar, pero vio que aún llevaba el grillete en la muñeca. Así que bajó ese brazo y con el izquierdo agarró el cuello de su oponente. El brazo izquierdo que se extendía ante él estaba cubierto de algo duro y brillante, como escamas grises, y su mano y sus dedos parecían tallados en roca. Esa mano dura y gris que no parecía humana sujetó con firmeza la garganta del joven de aspecto fiero.

Todo sucedía con extraña lentitud. Sujetando con la mano a su oponente por el cuello, la cara de este parecía a punto de estallar; primero se volvió roja, luego blanca y, enseguida, azul. El chico observaba todos estos cambios como si fuese un espectador de la lucha.

Desde el lado del contrincante, un anciano de pelo blanco saltó a la arena. El hombre calvo también llegó corriendo. Era la primera vez que no le sonreía. No podía entender lo que decían las voces de la gente que le gritaba, pero, siguiendo las instrucciones del calvo, dejó caer a su adversario.

Sus dedos, extrañamente lentos, fueron aflojando el agarre uno a uno. Su adversario cayó al suelo con los ojos en blanco y sollozando. El anciano del pelo blanco siguió gritando y arrastró a su adversario inconsciente fuera de la arena. Mientras observaban la escena, los espectadores enloquecidos no paraban de lanzar gritos ininteligibles.

Solo en la arena, el chico observaba aturdido el caos que reinaba al otro lado de la valla. El hombre calvo se le acercó, tomó su mano derecha y la levantó.

Mientras la multitud rugía, una lluvia de pequeños objetos brillantes caía en la arena. El calvo sonrió de nuevo mientras recogía los objetos brillantes y el joven se miraba las manos.

Volvían a ser sus manos y sus brazos de siempre.

En ese momento pudo relacionar el sonido de la rotura, el dolor que le destrozaba los huesos y las escamas grises y pétreas que aparecían en las cicatrices triangulares de sus extremidades,

espalda y costillas. No podía explicar qué había comprendido exactamente, pero de alguna manera sintió que había resuelto una gran pregunta.

El calvo llenó hasta los topes la bolsa del cinto con los pequeños objetos que había arrojado la gente y con las manos también llenas y sin dejar de sonreír condujo al chico fuera de la arena. En un abrir y cerrar de ojos el calvo y sus empleados recogieron sus cosas y se marcharon del pueblo. Incluso mientras corrían, el calvo era todo sonrisas.

Después de viajar durante todo el día llegaron a una posada remota, deshicieron el equipaje y se pusieron a comer y beber alegremente. En el portaequipajes de su carro, atado en el exterior, el joven dormitaba sobre un montón de paja.

Algo le despertó. El hombre calvo estaba atando una cadena en la argolla de su mano derecha y fijándola al carro por encima de su cabeza. Cuando el joven intentó levantarse el hombre lo agarró por la nuca. Él se sentó de nuevo obedientemente.

—Bebe —ordenó sosteniendo un pequeño cuenco.

El joven bajó la cabeza sobre el cuenco, pero la apartó de forma involuntaria. Se trataba de algo similar al líquido verde que había bebido esa mañana, pero con un hedor más penetrante. La sensación de mareo regresó e hizo una mueca.

—¡Bebe!

El hombre calvo le sujetó del cuello y le metió la cara en el cuenco.

Indefenso, el joven trató de resistirse con el brazo izquierdo, pero lo único que consiguió fue que la cadena atada a su muñeca derecha emitiese un desagradable chirrido. Con todas sus fuerzas, el hombre agarró al joven por el cuello con una mano y le metió el contenido del cuenco en la boca con la otra, obligándole a terminárselo. Tosió con repugnancia, pero como la otra vez la mitad del líquido ya había bajado por su esófago.

El hombre calvo lo observó inexpresivo mientras tosía y se atragantaba.

—Si no hubieras bebido esta medicina antes habrías matado a ese bastardo, ¿entiendes?

El cambio de tono fue tan brusco que el joven levantó la vista, asombrado.

—Tuvimos suerte de que ese desgraciado no muriese hoy, y así pudiésemos ganar un montón de dinero y largarnos de allí rápidamente, pero imagina lo que habría pasado si te lo hubieses cargado. Estaríamos acabados, ¿lo entiendes?

El joven se quedó mirándolo y no contestó. El hombre le dio un bofetón en la mejilla.

—¿Me entiendes? —vociferó de nuevo intimidante.

El hecho de que le dieran un tortazo por nada le enfureció, pero no podía mover el cuerpo. Su cara enrojeció, pero había perdido la fuerza en las extremidades.

—De ahora en adelante tómate todo lo que te dé. Ni se te ocurra vomitarlo o hacerte el listo, ¿entendido?

Tras gritarle eso, el hombre se bajó del carro tambaleándose un poco y volvió a la taberna.

X

Desde que el calvo le diera a beber el líquido misterioso y le obligara a luchar contra hombres, el chico empezó a sentirse cada vez peor.

El líquido pestilente ya no le hacía vomitar tan a menudo, pero las náuseas y el mareo se intensificaron. Al aguantar el vómito se volvía más inestable y no hacía más que recibir golpes de su contrincante. Además, su cuerpo se había deteriorado claramente, y cada vez tardaba más tiempo en recuperarse de los efectos del líquido.

Sabía, por supuesto, que en el último momento brotarían duras escamas de las cicatrices que le había causado «eso» y que le protegerían el cuerpo. Sin embargo, como tenía la mente em-

botada por la bebida, la velocidad de su mecanismo de defensa había decrecido y con la falta de energía y el cuerpo destrozado no podía defenderse con tanta fuerza como antes.

El día en que se enfrentó a un gigante de piel pálida, ojos rojos y sonrisa sádica en el rostro pensó que perdería la vida. El gigante lo golpeó y pateó por todas partes como un gato que juega con un ratón y azuzó a la multitud con su exacerbada violencia. A veces el gigante amagaba un ataque y cuando el joven intentaba contraatacar débilmente se apartaba de su camino en el último segundo y saludaba con una reverencia al público que estallaba en aplausos. Tras una serie de ataques que parecían no tener fin, el gigante por fin intentó asestarle el golpe fatal cuando el chico estaba a punto de desmayarse.

El joven recordaría más tarde que, justo en ese instante, le habían brotado de la espalda una especie de alas negras y habían golpeado al gigante que se había abalanzado sobre la espalda del joven. El gigante salió despedido de la arena y el público enloqueció con aquel giro inesperado y maravilloso. Las alas desaparecieron momentos después y el joven sintió que la sangre se le escapaba de la cara y que empezaba a desplomarse.

En ese momento el calvo corrió hacia él, le agarró el brazo con una mano y le sujetó la espalda con la otra para que no cayese. Sosteniéndole el brazo en lo alto, el calvo saludó a los espectadores con una reverencia y recogió las monedas que les lanzaban mientras el joven intentaba no vomitar y no caerse. Todo le daba vueltas y le dolían las tripas como si se las estuvieran retorciendo.

Mientras abandonaban el pueblo en el carro el calvo contó las monedas y soltó una carcajada.

—¡Así se hace! ¡Sigue haciendo exactamente lo mismo que hoy! Parecía que estabas acabado y que todo había terminado y en el último momento, ¡pum! ¡Esas alas! ¿Cómo demonios lo has hecho? ¿Qué truco has usado? Bah, no importa cómo. ¡Simplemente sigue haciéndolo justo así!

El joven no entendía lo que le decía el calvo. No comprendía las palabras ni tenía suficiente energía para concentrarse. Con cada traqueteo del carro se le revolvían las tripas y cada latido de su corazón le dolía como si hubiera algo hinchándose en su cabeza.

Esa noche se miró la muñeca derecha encadenada al baúl del carro y pensó en que tenía que escapar una vez más.

XI

No era fácil encontrar la oportunidad.

Desde la mañana hasta la noche el joven estaba rodeado por el calvo y sus empleados y por la noche dormían todos juntos en el carro. Los días que ganaban mucho dinero lo dejaban solo en el carro y se iban a beber, pero su muñeca derecha permanecía encadenada al baúl.

Lo peor era que cada día que pasaba estaba más débil. Aunque no bebiese el líquido sospechoso se sentía siempre mareado y con náuseas. Cada vez que se levantaba después de estar sentado un rato o salía de un lugar oscuro a otro un poco más luminoso, todo le daba vueltas. Durante los combates había llegado un punto que se tambaleaba como si bailara mientras recibía golpes hasta que se desplomaba ante los abucheos de la multitud. Eso hizo que el hombre calvo dejase de administrarle el líquido por un tiempo. Sin embargo, su cuerpo ya estaba destrozado y aun mientras se tambaleaba y se aguantaba las náuseas seguían enviándolo a luchar.

Cuando el chico ya no podía tenerse en pie finalmente el calvo lo abandonó. Por mucho que el hombre le golpease, le diera patadas o le presionara el cuello, el joven no pudo levantarse. El calvo le escupió y ordenó a uno de sus empleados que lo cargase a hombros y lo llevase a las montañas. En cuanto el subor-

dinado se internó bastante en el bosque, lo dejó a la sombra de un árbol y se marchó.

Tumbado boca arriba miraba el cielo que se recortaba entre las altas y densas copas de los árboles. Mientras contemplaba el fragmento azul e inhalaba el aroma de las hojas caídas, sus náuseas, que rugían todo el tiempo, parecieron aliviarse. Una sensación de ensueño y relajación le invadió mientras permanecía completamente inmóvil. El azul que veía a través de las copas de los árboles se volvió gris, luego se oscureció y empezó a llover. Gruesas gotas empezaron a caer sobre las hojas que cubrían el suelo y sobre su cara y su cuerpo.

El agua de la lluvia le provocó escalofríos. A medida que la lluvia arreciaba y el olor a tierra húmeda y hojas crecía, empezó a sentir náuseas de nuevo. Temblando, se incorporó y vomitó como si fuese a echar los intestinos. Haciendo acopio de todas las fuerzas que le quedaban en su maltrecho cuerpo vomitó durante mucho tiempo hasta que no quedó nada en su interior.

Cuando terminó alzó la vista al cielo lluvioso. Las gotas se deslizaban por su cara y se filtraban en sus labios. Eran dulces y refrescantes.

El joven se levantó. Tenía frío, pero los escalofríos y el dolor que habían atenazado sus tripas se fueron calmando hasta desaparecer.

Decidió echarse a caminar en la dirección opuesta a adonde había desaparecido el empleado que lo había llevado hasta allí.

XII

El joven vagó por el bosque de la montaña durante cuatro días. Caminó durante mucho tiempo sin nada que llevarse a la boca excepto agua de lluvia y algunas briznas de hierba.

Cuando por fin salió del bosque la noche del cuarto día y descubrió una aldea, lo primero que cruzó su mente no fue la

alegría por haber sobrevivido, sino que de alguna manera le resultaba familiar. La roca cerca de la entrada, la tierra de un marrón verdoso, la corteza gris de los árboles y la hilera de casas le daban una inquietante sensación de haber estado allí antes.

Sin embargo, no tenía tiempo de sopesar los motivos por los que el pueblo le resultaba familiar ni cuándo y dónde había visto ese paisaje. Se había pasado cuatro días vagando por el bosque sin comer ni dormir lo suficiente. Lo que más necesitaba en ese momento era comida y calor.

Así que se adentró en ese pueblo extrañamente familiar.

Todavía vestía la ropa que había usado en la arena, es decir, los pantalones anchos ornamentados. No llevaba zapatos ni chaqueta y las cicatrices de su espalda y sus brazos estaban expuestas a la vista.

Los rayos del sol se fundían en múltiples tonalidades de rojo por encima de las nubes del horizonte y de las chimeneas de los hogares salía humo mientras sus habitantes preparaban la cena.

Los aldeanos que regresaban del trabajo se detenían y se quedaban mirándolo. El silencio tenso de sus miradas temerosas hizo que el chico recordara el día en que escapó de la cueva de «eso» y se enfrentó por primera vez al mundo de los humanos. Sin embargo, a diferencia de entonces, en esta ocasión ningún hombre sonriente llegó corriendo a tomarle de la mano.

Nadie le ofreció comida o cobijo. Cuando intentaba entrar en las casas, las mujeres gritaban al verle las cicatrices de las costillas. Los granjeros, con el rostro ceñudo, lo ahuyentaban blandiendo hoces, rastrillos y otros aperos. Desanimado, se cubrió como pudo las cicatrices con los brazos y las manos y se apresuró a salir de la aldea.

Una vez hubo escapado del pueblo suspiró. ¿Debería volver a las montañas? No tenía idea de cómo sobrevivir en los bosques

o las montañas. Ni siquiera sabía cómo hacer fuego o dónde conseguir algo de comer.

Pero en el pasado había logrado sobrevivir a base de carne cruda y hierba. No había razón por la que no pudiera hacerlo de nuevo. Más que nada, no sabía qué podría ocurrirle si volvía a pisar el pueblo.

Así que dirigió sus pasos de nuevo hacia el bosque envuelto en un manto de oscuridad.

Tras caminar un buen rato entre los árboles, en la penumbra vislumbró algo parecido al tejado redondo de un refugio..

Realmente era un tejado. No solo eso, sino que debajo había una casa entera. Pero al no haber luces encendidas dentro, a pesar de la oscuridad, pensó que debía de estar abandonada.

Estaba contento, había encontrado un lugar donde dormir. Aunque seguía hambriento, ya había oscurecido, así que pensó que pasaría la noche allí e iría en busca de comida cuando saliera el sol.

Se acercó a la cabaña y presionó la puerta de madera, que se abrió con un crujido.

Una figura blanca se acercó a él desde la oscuridad. El joven se sorprendió tanto que tropezó y se cayó de espaldas.

—¿Hermano? —preguntó la figura blanca.

Él no supo qué responder.

XIII

La mujer alargó el brazo y tanteó el espacio vacío delante de ella.

—¿Hermano? —preguntó de nuevo.

Él recobró el aliento y se incorporó lentamente.

—¿Hermano? ¿Por qué no respondes?

La mujer se acercó y acarició su mejilla con los dedos.

Él se quedó quieto. La mujer se acercó sin vacilar y palpó su rostro.

El joven cerró los ojos.

El instante más dulce de su vida terminó abruptamente con su grito...

—¡¿Quién eres tú?!

El grito de la mujer le asustó. La mujer extendió los brazos y echó a correr mientras seguía gritando.

—¡¿Qué haces aquí?! ¡¿Qué le ha pasado a mi hermano?!

En medio de la confusión agarró a la mujer por las muñecas. La mujer gritó. Él le dio la vuelta y le tapó la boca. Mientras forcejeaba, la arrastró al interior de la casa.

En cuanto cruzaron el umbral la mujer dejó de resistirse de repente y él se sorprendió tanto que también se detuvo.

—Suéltame —susurró la mujer—. No gritaré. Haré lo que me pidas, solo suéltame.

Así que el chico la soltó.

La mujer se enderezó con cautela. Tanteó a su alrededor con las manos y se alejó un paso de él.

—¿Qué quieres de mí? —preguntó en voz baja y fría—. ¿Qué le has hecho a mi hermano?

El chico no sabía quién era ese hermano. Tampoco quería hacerle daño. Le habría gustado explicárselo, pero no sabía cómo y simplemente se acercó un paso más hacia ella.

Tropezó con algo y perdió el equilibrio. Gritó sorprendido y en la oscuridad algo duro le golpeó en la coronilla.

Perdió el conocimiento y se desplomó.

XIV

Cuando despertó todo brillaba a su alrededor. Trató de levantarse, pero no podía moverse. Tenía las manos atadas a la espalda.

Había un hombre joven ante él que por algún motivo le resultaba muy familiar.

—¿Qué haces aquí? ¿Has venido a hacerle algo a mi hermana? ¿Eh? —preguntó.

Él no conocía a ese joven ni a su hermana. No había ido hasta allí para hacer nada. Sacudió la cabeza con desesperación.

El hombre joven no se calmó, su tono de voz y su mirada se volvieron más duras:

—Te envió ese monstruo, ¿no? ¿Te dijo que mataras a mi hermana? ¿O quizá que se la llevaras?

La palabra «monstruo» hizo que la mente se le quedase en blanco.

Ese joven conocía «eso». ¿Cómo? Ni el calvo, ni sus subordinados ni los habitantes del pueblo habían mencionado a «eso» jamás.

El joven pareció malinterpretar su rostro inexpresivo y le lanzó un puñetazo a la cara.

—¡Habla! —gritó—. ¿Por qué estás aquí? ¿Qué ibas a hacerle a mi hermana?

Volvió a pegarle un puñetazo sin darle la oportunidad de responder. El joven sintió un líquido salado en los labios.

—¡Responde!

De nuevo le golpeó la cara y al joven se le nubló la vista por un momento. Al ver que el hombre alzaba su puño de nuevo sacudió la cabeza y retorció el cuerpo con desesperación. Más que el malentendido de que el joven pensase que servía a «eso» o la sorpresa de encontrar a alguien que conocía su existencia, lo que le enfurecía era ese puño que le golpeaba en la boca cada vez que intentaba abrirla para responder.

—Hermano, detente.

Los dos hombres se giraron al mismo tiempo. Entonces el chico se fijó en los ojos de la mujer.

Eran de un gris translúcido. Tal vez no había nacido así, pero una fina membrana se había formado en sus ojos y nublaba su visión.

Pensó que sus ojos eran hermosos.

La mujer era más bella que cualquier persona que hubiera visto nunca.

—Si es malo, basta con echarlo de aquí, no lo golpees —dijo con gentileza.

Al escuchar sus palabras el joven suspiró.

—Está bien, nos desharemos de él.

Agarró al chico del cuello, lo puso en pie y lo arrastró afuera de la casa.

El chico se giró y miró a la mujer. Estaba ahí con gesto de preocupación contemplando con esos ojos grises vidriosos el vacío impenetrable que tenía delante.

Una vez fuera, el hombre continuó arrastrándolo hasta el camino del bosque. Allí, lo desató y le dio una patada, tirándolo al suelo. Mientras el joven se tambaleaba tratando de recuperar el equilibrio le propinó una patada en el estómago. Al verlo tirado y gimiendo le espetó:

—Ve y díselo a ese monstruo: mi hermana, no. ¡No sé qué está ocurriendo, pero nunca se llevará a mi hermana!

El hombre se dio la vuelta para regresar a la casa.

El chico le agarró el tobillo.

El hombre se volvió y le pateó la cara. Tosiendo, el chico se desplomó una vez más y escupió la sangre que se había acumulado en su boca, pero cuando el hombre se volvió de nuevo hacia su casa lo agarró una vez más del tobillo.

Aunque estaba asustado, el hombre no lo pateó esta vez. En su lugar, se quedó mirándolo con curiosidad.

—¿Qué te pasa?

El chico alzó la mirada hacia él e hizo un gesto de llevarse comida a la boca.

—¿Me estás pidiendo comida?

El chico asintió.

El hombre soltó una carcajada con incredulidad. Entonces levantó el pie dispuesto a patearlo otra vez.

Él se cubrió la cabeza con ambas manos, pero no trató de huir. Se postró ante el hombre joven de la forma más servil que pudo.

—¿Eres idiota? ¿Te presentas en nuestra casa para sacrificarnos a ese monstruo y ahora quieres que te dé comida?

El joven alzó la mirada y sacudió la cabeza con desesperación. Volvió a hacer gestos de llevarse comida a la boca.

El hombre se quedó mirándolo durante un buen rato.

—A lo mejor eres idiota de verdad.

En lugar de responder el joven siguió haciendo gestos de comer sin parar.

El hombre lo sujetó del cuello y lo levantó con brusquedad.

—Solo lo haremos una vez —dijo mientras lo arrastraba—. Solo una vez. Cuando termines de comer te marcharás lejos y no volverás nunca.

XV

El chico nunca se alejaba mucho de la casa en la que vivían la mujer de los ojos grises y su hermano.

Cuando ella le daba comida la devoraba a toda prisa. Al terminar de comer su hermano lo llevaba al cobertizo que había detrás de la casa. Sin ninguna explicación, como si se tratase de algo natural, pasaba una cadena por el agujero del grillete de su mano derecha y lo sujetaba con un gran candado de metal a una de las vigas del cobertizo.

—Ni se te ocurra pensar en salir y hacer algo raro —le decía antes de marcharse.

Por la mañana, el hermano de la mujer regresaba y lo soltaba, pero el joven se quedaba sentado en el cobertizo.

Cada vez que el hermano de la mujer trataba de echarlo él gesticulaba que no tenía ningún lugar al que ir. Si se enfadaba y alzaba el puño no trataba de escapar. Se postraba y suplicaba que le permitiesen quedarse allí de la forma más patética posible.

—Dime la verdad. ¿De dónde has venido?

Cuando el hombre le preguntaba eso él solo sacudía la cabeza con todas sus fuerzas.

—¿A qué has venido aquí? ¿Qué has venido a hacerle a mi hermana?

Con cada pregunta recibía golpes, pero él lo único que hacía era sacudir la cabeza. Al final el hermano de la mujer pareció convencerse de que era medio tonto.

Al principio, el chico se pasaba el tiempo sentado en el cobertizo. Un día el hermano de la mujer lo sacó a rastras de allí y en lugar de los pantalones ornamentados que llevaba le dio unos gruesos más prácticos y una chaqueta, y se lo llevó al bosque.

El chico siguió al hermano de la mujer al bosque a recolectar setas y frutos. También cazaba animales pequeños. El chico no sabía cazar ni tenía ningún tipo de conocimiento práctico que sirviese para ganarse el pan. Como todo lo hacía mal, el hermano de la mujer lo golpeaba a menudo, pero por más que le pegase o maldijese no trataba de evitar los golpes ni de huir.

Solo sabía una cosa, podía diferenciar qué hierbas eran comestibles y cuáles no. A veces encontraba alguna hierba que desprendía una fragancia y se la llevaba a la mujer junto con las setas o los frutos. Ella lo evitaba y trataba de mantener la distancia, pero en esos momentos se la veía un poco contenta.

Las raras ocasiones en que estaba de buen humor, el hermano de la mujer le enseñaba algunas cosas o canturreaba mientras caminaban por el bosque. El joven asentía o movía la cabeza para comunicar que entendía. Por la noche, después de cenar

el hermano de la mujer lo llevaba al cobertizo, lo encadenaba y cerraba la puerta con llave. El chico obedecía a todo lo que le decía el hermano.

El hermano de la mujer no se había dado cuenta, pero el extremo de la viga a la que lo ataba estaba corroído, de manera que con solo moverse un poco el joven podía soltar la cadena con facilidad. Incluso después de liberarse, el joven nunca salía del cobertizo, sino que deambulaba por su interior observando los fardos de paja, las cuerdas, tablones y los aperos de labranza cuyo uso desconocía. Una noche escuchó una conversación entre la mujer y su hermano al otro lado de la ventana.

—No podemos tenerlo siempre encerrado en el cobertizo como a un animal —dijo la mujer.

—Escapó del monstruo. No podemos permitir que entre en la casa ni que se quede aquí mucho tiempo —replicó el hombre con voz sombría.

—¿Que escapó del monstruo? ¿Cómo lo sabes?

—Basta con ver sus cicatrices. Ya sabes que el monstruo graba ese tipo de cicatrices en los cuerpos de sus víctimas.

El joven sintió que le faltaba el aire, pero continuó escuchando, intentando no hacer ruido.

—O bien ha venido a buscar a una víctima que lo sustituya o quiere vengarse. En cualquiera de los casos, no es bueno para nosotros.

—Entonces ¿qué hacemos? —preguntó la mujer con voz temblorosa.

—No te preocupes, en este mundo hay lugares en los que incluso seres como él pueden ser útiles. Llamaré a un conocido mío que se lo llevará lejos de aquí —la tranquilizó su hermano.

—¿A quién? ¿Adónde se lo llevaría? —preguntó ella preocupada.

—Con que lo sepa yo y me encargue es suficiente, no debes preocuparte por nada. Ya es tarde, deberíamos acostarnos.

Ahí terminó la conversación.

El chico cayó en la cuenta de por qué el hermano de la mujer le resultaba tan familiar. Cuando tras escapar de la cueva había llegado a la primera aldea, el joven que había hablado con el calvo era el hermano de la chica.

No podía volver a luchar. Si lo hacía, no duraría mucho.

Además, necesitaba saberlo. Tenía que descubrir qué era ese monstruo y por qué necesitaba sacrificios.

Y también quién era él y por qué había sido elegido para ese sacrificio.

Mientras pensaba en ello la puerta del cobertizo se abrió.

La mujer de ojos grises entró en silencio.

XVI

El chico se sorprendió tanto que se quedó ahí plantado sin hacer ruido.

Entonces se dio cuenta de que había desatado la cadena de su muñeca derecha sin permiso. Se apresuró a regresar a donde se suponía que debía estar e intentó atarse las manos de nuevo. Las cadenas unidas al extremo de la viga se deslizaron y cayeron produciendo un estrépito metálico. Mientras las recogía y ataba recordó que la mujer era ciega.

—¿Estás ahí?

La mujer sonrió. El joven asintió, pero al recordar que ella no podía ver se reprendió interiormente y en su lugar hizo ruido con la cadena.

—¿De verdad escapaste del monstruo?

El joven movió la cadena de nuevo. El sonido metálico retumbó en las paredes del cobertizo.

—Entonces ¿has venido para vengarte de mí?

No entendía a qué se refería. Simplemente se quedó mirando los ojos grises brumosos de la mujer.

—Fuiste sacrificado al monstruo en mi lugar, ¿verdad?

El chico se sentía cada vez más confundido. Siguió mirando el rostro pálido de la mujer sin entender nada.

La mujer dio un paso hacia él. Antes de que pudiera apartarse, le puso una mano sobre la muñeca con suavidad.

Sus dedos eran largos, finos y suaves. Recordó cómo le había acariciado la cara el día de su llegada, pensando que era su hermano.

—Por favor, siéntate. Te lo contaré todo —dijo ella.

XVII

Érase una vez... Todas las leyendas empiezan igual.

Érase una vez un lugar al que una enfermedad azotaba cada pocos años. Se creía que esa enfermedad era causada por un monstruo que vivía en la cueva más profunda de la montaña más alta de la región y que ese monstruo, que parecía un cuervo gigante, abandonaba su nido cada varios años cuando se sentía hambriento para devorar las cosechas y los árboles. Los lugareños creían que el monstruo exhalaba veneno cada vez que abría sus fauces y que las personas y animales que se encontraban cerca enfermaban y morían.

Así que decidieron ofrecerle sacrificios para que no vagase hambriento por los alrededores. Según el hechicero del pueblo el mejor sacrificio era un impúber. De modo que, cada vez que el aire se volvía denso y las personas y animales del pueblo caían enfermos, le llevaban un niño a su cueva en la montaña como sacrificio. Esta costumbre se alargó en el tiempo de manera que incluso cuando no había plaga, si alguien en una familia enfermaba, le llevaban un niño a su guarida y rezaban para que esa persona sanase.

—El año en que vine al mundo no fue un año de plaga, pero nací con una enfermedad —prosiguió la mujer con voz suave—. Y me quedé ciega. Según el hechicero, si no se hubiera hecho

nada, la enfermedad se habría extendido por todo mi cuerpo: me habría vuelto sorda y muda, incapaz de moverme y respirar, y hubiera acabado teniendo una muerte muy dolorosa –prosiguió, bajando la voz–. Así que mi padre y mi hermano capturaron a un niño huérfano en las afueras del pueblo y lo entregaron como sacrificio en la cueva –susurró la mujer–. ¿Ese niño eras tú?

Él no supo qué responder.

La mujer aguardó un momento. Como seguía sin contestar preguntó:

–¿Sigues ahí?

Apenas logró mover la cadena para hacer ruido. La mujer siguió hablando.

–Yo no sabía que habían hecho eso. Me enteré después, cuando oí las conversaciones de los adultos. Yo era solo una niña, pero siempre me torturó saber que había salvado la vida gracias a la muerte de otro niño.

El joven no hizo ningún ruido.

–Mi padre murió en un accidente poco después del sacrificio. En ese entonces pensé que la venganza del niño sacrificado había alcanzado a nuestra familia. Sin embargo, si fuese cierto la que realmente debería haber muerto sería yo.

El joven acarició la cadena y se quedó observando a la mujer en silencio.

–Así que... si has venido a vengarte, haz lo que tengas que hacer.

Ella dejó de hablar.

Ambos se quedaron sentados en silencio hasta que preguntó de nuevo:

–¿Sigues ahí?

El joven arrojó la cadena al suelo. Acto seguido, sostuvo el rostro pálido de la mujer entre sus manos y la besó en los labios.

XVIII

A la mañana siguiente el hermano abrió la puerta del cobertizo y se encontró a la mujer sentada sola, llorando.

—Se ha ido a matar al monstruo. Dijo que no era mi culpa, que yo no hice nada malo, que lo que enfermaba el cuerpo y la mente de las gentes era el monstruo y que debía acabar con él, que lo mataría —explicó la mujer entre sollozos.

Su hermano la tomó entre sus brazos y la consoló antes de llevarla de vuelta a la casa. Sobre la noticia que acababa de oír no sabía si alegrarse o temer lo que se avecinaba.

XIX

El chico subió la montaña guiándose por sus viejos recuerdos. La historia que le había contado la mujer retumbaba sin cesar en su cabeza.

«Un huérfano de las afueras de la aldea». Esas palabras lo habían hundido. Pero si el hermano de la mujer había estado presente cuando lo secuestraron al menos podría explicar dónde lo habían encontrado y en qué circunstancias. A partir de esa información quizá podría encontrar su casa, a sus padres, tal vez incluso conocer su nombre.

Pero nada de eso le ayudaba a encontrar la manera de matar al monstruo. No tenía ningún plan concreto en mente, pero si lo pensaba nunca en la vida había tenido ningún tipo de plan ni una idea de lo que debía hacer.

Para no ser capturado y devorado por «eso». Sobrevivir de alguna manera y regresar.

Como cuando había estado cautivo en la cueva, sobrevivir era su objetivo y su plan.

Esa fue la promesa que se hizo en frente de la cueva.

Entró.

XX

Acostumbrado a la luz del sol del exterior, la oscuridad total de la cueva lo desorientó por un momento. Fue avanzando poco a poco confiando en las sensaciones de sus extremidades.

Pensó en lo extraño que podía ser el destino de un ser humano. Durante su infancia la mujer enferma había tenido un hermano mayor y un padre. Tenía una familia que cuidaba de ella, una casa y una vida. Todo cuanto el chico había tenido era esta cueva húmeda, el suelo de dura roca, los grilletes, y una cadena atada a un poste. Cada persona tiene una sola infancia, y la suya, en lugar de estar llena de esperanzas y sueños, había estado dominada por la lucha por sobrevivir. Durante los años que pasó en la cueva nunca imaginó que habría podido tener una infancia distinta a la que le había tocado.

Y ahora que estaba de nuevo dentro de la cueva sintió revivir de forma irremediable sentimientos que habían estado dormidos en su interior. La cueva era su mundo y, lo quisiera o no, recordaba cada una de las arrugas de la pared rocosa y las hendiduras y elevaciones del suelo.

Si estaba tan acostumbrado a ella, puede que él mismo fuese parte de esa cueva...

Justo cuando pensaba eso tocó con la mano el poste de hierro.

Había traído la cadena que el hermano de la mujer había atado a la argolla de su mano derecha en el cobertizo. Ahora que había llegado a la prisión de su infancia se agachó junto al poste de metal como solía hacer antaño. Ese era su lugar y se había mantenido vacío para él. Y si tenía suerte, nadie tendría que ocuparlo nunca más.

Ahora el lejano punto blanco que era la entrada de la cueva estaba bloqueado por una enorme figura negra. Oyó unos crujidos y aleteos.

El joven alzó la mirada y observó la oscuridad.

En todos los años que había pasado en la cueva nunca había podido ver cómo era «eso». Entonces aparecía de repente, bloqueando la entrada de la cueva, y al instante siguiente estaba subido a su espalda aplastando sus extremidades con sus alas y garras y clavando su pico entre sus huesos.

Esta vez, «eso» también intentó subirse a su espalda. Al darse cuenta de que ya no era un niño y de que estaba vestido comenzó a desgarrar su ropa como burlándose de él. Sus garras como cuchillas desgarraron su carne junto con la ropa y quiso gritar, pero aguantó.

«Eso» no perforaba nunca dos veces el mismo lugar con su pico. Su espalda, extremidades y costillas estaban llenas de cicatrices, así que tendría que encontrar otro punto intacto, y el joven contaba con ello.

Terminó de desgarrar su chaqueta y presionó el pico contra su cuello. El joven, nervioso por lo que vendría a continuación, cerró los ojos con fuerza por un instante.

Tal como esperaba, el monstruo vio las cicatrices en su cuello y retiró el pico. Siguió las cicatrices bajando por su espalda, a lo largo de sus extremidades y costillas y trató de desgarrar sus pantalones.

El joven giró el torso blandiendo la cadena atada al grillete de su mano derecha. En la oscuridad, la cadena emitió un sonido pesado y amenazador al azotar el aire húmedo y chocar contra un objeto invisible. El chico no supo lo que había golpeado, pero oyó un ruido seco y un aullido que sacudió el interior de la cueva seguido de un olor espantoso. Agitó otra vez su cadena apuntando a la fuente de aquel hedor.

Una vez más el aullido retumbó en toda la cueva. Al instante siguiente estaba volando en el aire con su cadena atada a las patas de «eso».

Era hermoso. No pudo evitar pensarlo cuando lo vio por primera vez a la luz del sol. Era monstruosamente hermoso.

A la luz no era negro, sino gris oscuro. Sus plumas cenicientas relucían como hierro bien forjado, con un brillo frío y sin vida. Sus garras y su pico eran plateados y en mitad del pico tenía un corte rojo, pequeño pero profundo. El chico supuso que era donde había impactado la cadena.

Junto al pico un ojo azul lo miraba. Era de un tono profundo, claro y lo bastante cruel como para hacer temblar a alguien que lo viese por primera vez.

Enrolló la cadena alrededor de las patas de «eso» e intentó levantarse. Pero uno de los eslabones de la cadena de la que colgaba entró en contacto con las afiladas garras y se partió en dos. Aunque tuviera suerte y lograse sobrevivir a la caída como la vez que huyó de él, no tendría sentido haber llegado hasta allí para que «eso» se marchase volando a algún lugar lejano. Se aferró con desesperación a sus garras plateadas e intentó trepar por el monstruo sin recibir ningún rasguño.

En ese momento, «eso» giró la cabeza y lo atacó con su despiadado pico.

Cuando sintió el pico cerrarse sobre sus costillas y piernas, pensó que iba a morir. Pero «eso» no lo tragó ni lo lanzó por los aires. Por muy doloroso que fuera, no le estaba mordiendo con tanta fuerza como para romperle los huesos, lo que solo podía significar que intentaba llevarlo a alguna parte.

Justo cuando estaba pensando en ello, «eso» lo lanzó al aire y lo atrapó de nuevo con su pico. Ahora el chico yacía de espaldas mirando el cielo y el ojo azul de «eso».

Si las bestias mostrasen emociones en sus ojos, la que el joven hubiese leído en ese momento en los de «eso» hubiese sido claramente de satisfacción. Sin embargo, a diferencia de los hu-

manos, los animales no obtienen placer al asustar o torturar a sus adversarios. Para las bestias salvajes todo se reduce a matar al otro animal o morir. Mientras puedan evitar que les maten y tengan a su presa a su merced no se preocupan por las emociones de esta. El simple hecho de tener una presa en sus garras es suficiente satisfacción.

«Eso» dio un giro de ciento ochenta grados volando de nuevo hacia la cueva.

Sin vacilar, el joven agitó con fuerza el brazo derecho. La cadena atada al grillete de su mano golpeó el ojo azul de «eso» y el eslabón cortado por sus garras terminó de soltarse y dejó un fragmento de la cadena alojado en su ojo.

«Eso» lanzó un alarido que hizo temblar el cielo y la tierra y se inclinó hacia un lado. Sorprendido por ese dolor repentino y cegador, se precipitó hacia el peñasco donde estaba la cueva y se estrelló.

XXI

El chico no podía entender cómo seguía con vida. Sin embargo, enterrado entre ramas rotas, hojas esparcidas, hierbas y maleza todavía respiraba.

Cuando intentó levantarse tenía todo el costado derecho dolorido. No podía mover bien la pierna derecha. Tomó una de las ramas rotas más gruesas que tenía a mano y apoyándose en ella a modo de bastón se levantó despacio y con cuidado.

El ave monstruosa se había estrellado contra el peñasco y yacía con el cuello roto.

Observó sus ojos azules sin vida y su gran pico plateado. Sus alas eran tan grandes y anchas que extendidas habrían podido cubrir la cresta de la montaña, pero ahora las rígidas plumas estaban tan apelmazadas y aplastadas que parecían un trapo arrugado.

Se quedó allí de pie, inmóvil, observando el ave muerta.

Ahora que había muerto ya no podría robar más ni tampoco habría nada que arrebatarle. La única prueba de que el pájaro había existido serían las cicatrices en el cuerpo del chico de cuando había sido su presa.

Constatar ese hecho le entristeció

Por alguna razón, se quedó allí de pie durante mucho tiempo mirando sus ojos azules sin vida y deseando que resucitase, que no hubiese muerto con tanta facilidad.

Entonces comenzó a cojear lentamente hacia el pueblo donde le estaba esperando la mujer.

XXII

Cuando llegó al pueblo ya estaba oscureciendo. Por más que lo observase, nunca se cansaba de ver el sol rojizo fragmentándose, esparciéndose y fundiéndose entre las nubes.

Tomó el camino que atravesaba la aldea y siguió hacia el bosque de las montañas que había más allá. No se veían luces desde el camino. El hermano de la mujer habría salido al bosque y aún no habría regresado, y como la mujer era ciega, no necesitaba encender la luz. Mientras pensaba eso aceleró el paso. Ya en frente de la casa llamó a la mujer por su nombre antes de abrir la puerta. No quería asustarla entrando de repente.

No se oía nada dentro. Abrió la puerta de la cabaña.

La mujer, que estaba sentada a la mesa, se levantó en cuanto oyó la puerta. Se acercó y extendió su mano hacia él. Contento de verla, el joven sostuvo su mano.

El instante en que sus dedos rozaron los de ella la mujer se transformó en miles de gotas de agua que se dispersaron en el aire.

XXIII

Abrumado por lo que acababa de ocurrir, se quedó quieto junto a la puerta con la mano extendida.

Oyó un aullido que parecía de una bestia detrás de él y se giró.

El hermano de la mujer cargó contra él esgrimiendo su cuchillo de caza.

Logró esquivarlo justo a tiempo.

Intentó explicarse, pero el hermano de la mujer no le escuchaba. En realidad, el chico tampoco sabía muy bien lo que acababa de ocurrir.

Arrastrado por su propia fuerza, el hermano de la mujer pasó de largo junto al joven, se giró y cargó de nuevo aullando y apuntando la hoja de su cuchillo hacia él.

El joven lo agarró del brazo. Sujetó su muñeca y la alzó intentando quitarle el cuchillo, pero no pudo vencer la fuerza del hombre enloquecido. No importa cuánto se resistiera el chico, la hoja del hombre avanzaba poco a poco hacia su cuello.

La hoja le tocó la garganta. Pudo sentir la sangre acumularse bajo su piel y empezar a fluir.

En ese instante vio que la mano con que estaba agarrando la muñeca del hombre se volvía de un gris acerado.

La muñeca del hombre empezó a doblarse hacia afuera en un ángulo antinatural. Un hueso blanco sobresalía de su piel. Con un alarido el hombre cayó y rodó en el suelo mientras se sujetaba el brazo roto.

El chico lo miró. La expresión furibunda se había desvanecido de su mirada. Al instante sus ojos estaban llenos de terror.

Eso fue lo último que el chico recordaría después.

XXIV

Recobró el conocimiento por la mañana.

La casa de la mujer y su hermano habían desaparecido sin dejar rastro. En el lugar donde se erguía el cobertizo yacían los restos dispersos de un hombre y un gran charco de sangre

Esa visión le pareció insoportable, así que giró la cabeza y se marchó apresuradamente. Al bajar de la montaña encontró el pueblo en ruinas. Donde el día anterior había casas y la gente iba y venía, ahora había un árbol centenario, que parecía llevar allí desde tiempos inmemoriales. Ahí donde se levantaba una valla ahora crecían densos matorrales y en el lugar que ocupaba la herrería solo había hierba seca. Casi todos los residentes habían desaparecido. Solo dos o tres personas vagaban desorientadas por el lugar que una vez había sido su hogar y cuando lo vieron desparecieron aterrorizados de su vista.

El chico se vino abajo.

No había deseado venganza. Al menos no este tipo de venganza. No se le había ocurrido que la supervivencia del pueblo dependía de la existencia de «eso».

Se sentía defraudado por el absurdo final de la historia. Los extraños que le habían robado su infancia con su hechicero y sus supersticiones, los años que había vivido al borde de la muerte… todo aquello no había tenido ningún sentido. Lamentando los largos años de agonía y desesperación, se echó a llorar en mitad del pueblo en ruinas.

Y cuando hubo derramado la última lágrima, echó a caminar hacia el sol naciente en busca de algún lugar en el mundo donde le estaba esperando su vida.

MI DULCE HOGAR

—Por eso, querida, ¿no te parece que lo más razonable sería que me pagaras la diferencia de treinta millones de won? —La dueña del restaurante de *sundae* se dirigió a la joven y a su marido en una extraña mezcla de lenguaje cortés e informal.

El marido de la dueña del restaurante intervino.

—Los jóvenes hoy en día no saben cómo funcionan las cosas. Pero si no pueden hacer algo tan básico, la situación se volverá insostenible para todos —mientras decía esto los miró fijamente.

El hombre de negro, de pie junto a la dueña del restaurante y su marido, asintió.

—Disculpen, señores. . —dijo el marido de la joven—. Pero ¿los traspasos no son algo que se discute de forma extraoficial entre los inquilinos? En términos legales no tienen nada que ver con el arrendador. Y treinta millones de wones no es una pequeña suma de dinero. ¿Si estuvieran en mi lugar, estarían dispuestos a dármelos?

Mientras observaba a la niña la joven escuchaba a medias la voz temblorosa de su esposo tratando de razonar con los extorsionadores y su «ayudante» vestido de negro (o más bien su matón a sueldo), tratándoles de señores y usando un lenguaje formal. La niña estaba en un rincón de la tienda pasando los dedos por la pared y luego se puso a juguetear con la planta

artificial que había junto a la puerta, pero no se aventuró a salir. Cuando sus miradas se cruzaron, la niña sonrió. La mujer le devolvió la sonrisa.

El séptimo año de su matrimonio había conseguido devolver todos sus préstamos. Sus suegros la habían ayudado un poco (o mucho, en realidad), pero aquello no terminaba nunca.

Tras oír que la mejor manera de criar a los niños era tener una casa espaciosa desde el principio, quizá se excedió al comprar ese primer apartamento y tuvo que acostumbrarse a la amarga sensación de ir a los bancos y darles casi hasta el último céntimo que ganaban durante siete largos años. Pero al final había merecido la pena. Después de esos siete años el apartamento por fin era suyo y de su marido, así que decidió que debían venderlo y mudarse a otro barrio más barato y tranquilo. Un año después, cuando llevaban ocho casados, había comprado ese edificio.

No es que la entusiasmase ni mucho menos. Por supuesto, las veces que su marido y ella habían hecho expediciones a distintos lugares de la ciudad habían sido divertidas. El barrio en que se habían instalado era tranquilo, no demasiado caro y la gente parecía haber vivido allí toda la vida. Como la mayoría de los habitantes eran más bien ancianos, el agente de la inmobiliaria (en cuyo letrero se leía el anticuado término *bokdeokbang*, 'hospedajes buena fortuna') pareció perplejo de que una pareja tan joven quisiera comprar un edificio entero al contado.

Pese a todo, estaba contenta. ¡Qué emocionante era comprarse por primera vez una casa con su propio dinero! Además, quería marcharse del apartamento lo antes posible. Cada vez que se cruzaba con algún vecino, ya fuera en el estacionamiento o en el ascensor, le hablaban del precio del suelo y de la vivienda, de las peticiones de la asociación de esposas y de las exhortaciones a asistir a las reuniones de dicha asociación, exhortaciones que rayaban en el acoso. Sabía que no se le daba bien ser «astuta». No sabía dónde habrían aprendido esas personas a ser «astutas» ni le importaba. Ganar tanto dinero como fuera posible, com-

prar una casa más grande, un coche más caro, llevar a los hijos a una academia de inglés más cara y a colegios privados competitivos, viajar al extranjero con toda la familia en cada estación del año... A ojos de los demás todo aquello significaba llevar una vida «próspera», pero no era el tipo de vida que ella buscaba. Quería una vida tranquila y buscaba una comunidad sencilla y cálida en la que pudiera vivir en armonía con los vecinos. Pensó que por fin había encontrado ese lugar.

Sin embargo, el edificio no le gustó desde el principio.

Era un edificio antiguo y estaba en un barrio antiguo, pensó mientras intentaba convencerse a sí misma. Además tenía el precio de un apartamento, y si quería comprar un edificio entero, por pequeño que fuera, no podía aspirar a uno mejor por malo que fuese el barrio. El edificio era muy barato en comparación a otras casas y estaba situado a la entrada de un callejón que daba a una calle principal. Además no estaba lejos de las paradas de metro y de autobús, así que quizá tampoco fuera un barrio tan malo. Después de consultarlo con su marido y de un breve momento de dudas tomó la decisión de comprarlo.

Los verdaderos problemas comenzaron después de que la mujer y su marido compraron el edificio.

Tenía cuatro pisos y un sótano más amplio de lo que esperaban. Había un restaurante en la primera planta y una pequeña oficina alquilada en la segunda. La tercera acababa de quedarse vacía porque el inquilino se había marchado y según el de la inmobiliaria en la cuarta vivía el propietario. Argumentando que sería inapropiado irrumpir en un apartamento donde aún vivía alguien, el agente les enseñó solo la tercera planta vacía. No hacer preguntas ni exigir respuestas y limitarse a mirar lo que se les mostraba antes de firmar el contrato fue un grave error que incluso unos novatos como ellos podrían haber evitado.

Después de que el antiguo propietario se marchara, entraron por fin en la cuarta planta y se encontraron con montones y montones de basura, polvo y excrementos de rata. Los escasos

muebles estaban pudriéndose y cayéndose a pedazos. No podía creer que en ese lugar hubiera «vivido alguien» hasta hacía poco. Además, en el momento en que levantó uno de los montones de basura para limpiar apareció una multitud de cucarachas. Eran más de las que podía aplastar con el pie y mientras golpeaba el suelo y las paredes aquí y allá en un intento por matarlas aparecieron las ratas, asustadas por el ruido. Aterrada, la mujer se fue a toda prisa.

Una empresa de control de plagas fue un par de veces a fumigar, pero con eso no resolvió el problema. Les pidió que fuesen varias veces más a combatir las hordas de cucarachas y ratas mientras ella se rompía la espalda limpiando. Cuando no pudo más llamó al anterior propietario.

No le atendió el teléfono. Lo intentó de nuevo, pero tras varios tonos la llamada se cortó de repente. Volvió a llamar varias veces y justo cuando empezaba a pensar en darse por vencida oyó una voz al otro lado de la línea.

—¿Quién es?

Contenta de que por fin respondieran, la mujer se presentó e intentó resumir la situación, pero en el momento en que mencionó la palabra «edificio» la anciana al otro lado de la línea comenzó a proferir una cascada de insultos y obscenidades en un tono tan elevado que la joven pensó que le estallaría el tímpano, y antes de que pudiera responderle, la anciana le colgó el teléfono.

Eso le quitó las ganas de volver a llamar. Decidió telefonear al agente de la inmobiliaria.

Ese día no tuvo suerte con las llamadas. La mujer que respondió el teléfono después de que comunicase un buen rato le dijo que el agente había salido a enseñarle una casa a un cliente. Imaginó que debía de ser la esposa del agente, a la que solo había visto en una ocasión

—No te pongas así, los jóvenes deben tener paciencia —le dijo la esposa del agente tras escuchar todas sus quejas—. Cuando la conoces esa anciana da bastante pena. Su marido murió joven y

su único hijo tuvo un accidente de moto mientras repartía para ayudarla con su negocio y quedó mal de la cabeza... Menudo desastre, era tan joven... ni siquiera se había casado aún.

La esposa del agente inmobiliario chasqueó la lengua y lanzó un suspiro.

—Después de eso la anciana se volvió un poco extraña... Cerró el restaurante que había regentado toda su vida y se marchó con su hijo. Se fueron a un retiro cristiano en no sé dónde. Lo único que le quedaba era ese edificio y prácticamente lo ha regalado...

—¿A un retiro? Entonces ¿no estaba viviendo en la cuarta planta? —preguntó la mujer sorprendida.

—La verdad es que no la he visto en mucho tiempo. Parece que de vez en cuando se pasaba a recoger ropa y cosas así.

—¿Cuánto tiempo hace que se marchó?

—No sé, ¿tres o cuatro años? —respondió con calma la esposa del agente inmobiliario.

Tras colgar el teléfono se quedó perpleja y tuvo sentimientos encontrados. Ahora entendía por qué aquel edificio era mucho más barato que otros de la misma zona. Y también creyó entender por qué algunos vecinos les lanzaban miradas inquietas a ella y a su marido. En aquel momento había pensado que les debía de parecer extraño que una pareja joven comprase un edificio y se mudase a un barrio habitado por gente mayor.

No sacaría nada más de la antigua propietaria. Pasado un mes, tras diez visitas de la empresa de control de plagas el problema de las ratas y las cucarachas estaba por fin bajo control. Durante el proceso, las ratas acorraladas habían huido hacia la cafetería del primer piso causando mucho revuelo. Esto molestó al propietario, que anunció que se marchaba. A la mujer le preocupaba que todos los inquilinos se fuesen y el edificio quedase vacío, pero no tardó en aparecer un nuevo arrendatario. El restaurante de *sundaeguk* (estofados de morcilla) desprendía un olor más intenso que la cafetería, pero se sintió aliviada. Finalmente, ella

y su marido fueron a buscar las cajas que habían dejado en casa de sus padres y se mudaron a la cuarta planta de su edificio.

A la niña le encantaba el sótano. La mujer pensó que seguramente allí había muchas cosas que ver y con las que jugar. Le habían dicho que eran trastos que había dejado el antiguo inquilino de la tercera planta. No sabía a qué se dedicaba esa persona, pero al parecer el sótano estaba repleto de trajes, zapatos y objetos de atrezo que aparecen en las obras de teatro. La primera vez que la mujer entró allí, casi le da un ataque al encender la luz y ver a la niña saltando sin hacer ruido entre las filas de maniquíes sin cabeza y ataviados de trajes estrafalarios. Sin embargo, después de que la empresa de control de plagas le confirmara que no había ratas ni cucarachas escondidas en el sótano y tras cambiar las bombillas del techo el sótano, dejó de dar miedo. De hecho, empezó a disfrutar paseando entre las hileras de maniquíes ataviados con esa ropa y zapatos increíblemente ostentosos y sus misteriosos accesorios, que los habitantes de las ciudades modernas rara vez pueden ver, iluminados por luces fluorescentes.

—Qué extraño. Normalmente las ratas salen del sótano y se mueven escaleras arriba, pero en este edificio es lo contrario —dijo uno de los empleados de control de plagas ladeando la cabeza después de inspeccionar el sótano—. La mayoría de las ratas y los insectos estaban arriba y el sótano parece limpio como una patena. Sinceramente, es la primera vez que veo un sótano tan lleno de cosas y que no tiene un solo bicho.

Al oír las palabras del empleado se sintió aliviada. Por eso permitía que su hija la arrastrase del dobladillo de su falda hasta el sótano. Y, aunque estaba segura de haber examinado todo lo que había allí, fingía sorprenderse cuando su hija sacaba algún traje u objeto nuevos de alguna parte, y prorrumpía en exclamaciones compartiendo la diversión de la niña.

Cuánto más viejo es un vecindario más les cuesta a los recién llegados establecerse. La mujer vivió por primera vez la política del territorio. Una noche rayaron el coche que su marido había heredado de su hermano. Al principio fueron un par de marcas en la puerta del conductor, pero al día siguiente estaba rayado todo el lateral. Al otro día apareció un arañazo que daba la vuelta a todo el coche y un día después le rompieron los faros. A la semana les pincharon los neumáticos traseros.

Tanto ella como su marido podían imaginarse quién y por qué lo había hecho. Después de mudarse habían estacionado justo enfrente del edificio sin pensarlo y había aparecido un tipo insistiendo en que ese era su sitio. Era un joven en la treintena que vivía en una vieja casa en un extremo del callejón y que pertenecía a una familia que llevaba tres generaciones en el barrio. Se jactaba de que su familia había sido propietaria de todo el barrio, y que, por tanto, el estacionamiento situado a la entrada del callejón le pertenecía a él.

Puede que en el pasado esa tierra hubiera pertenecido a su familia, pero ahora la situación era muy diferente. Los habitantes de un edificio tenían prioridad sobre el espacio de enfrente por ley, y ella y su marido habían pagado los costes de estacionamiento y de vado. Pero, por supuesto esas explicaciones razonables no surtieron efecto en el hombre que vivía al fondo del callejón.

—¡Si os mudáis a un barrio que no es vuestro debéis seguir las reglas de los que vivimos aquí! —gritó apuntándolos con el dedo—. ¡No pueden venir aquí y hacer lo que se les de la gana y alterar el orden del barrio!

La mujer y su marido no entendían cómo estacionar en la plaza que les correspondía y por la que pagaban podía «alterar el orden del barrio». Su marido sugirió que simplemente lo ignorasen y ella estuvo de acuerdo. Un par de días después de ese enfrentamiento y de que siguieran estacionando en el mismo sitio alguien empezó a destrozar su coche por las noches.

La mujer empezó a angustiarse desde que aparecieron los primeros arañazos en la puerta del coche, pero su marido se lo tomó a broma. Sin embargo, cuando le rompieron las luces traseras y le pincharon los neumáticos días después, también se le nubló la expresión. Decidieron colocar una cámara de circuito cerrado en la pared del edificio, justo al lado de la farola. Si alguna vez querían recurrir a la justicia necesitarían pruebas.

Mientras la instalaba, el técnico recalcó que la mera presencia de las cámaras de vigilancia solucionaba la mayoría de los problemas menores. Sus palabras resultaron ciertas al principio, y durante los días siguientes no hubo incidentes. Hasta que una semana después la mujer recibió una llamada. Le dijeron que debía acudir a comisaría porque alguien había presentado cargos contra su marido.

Ese alguien resultó ser, por supuesto, el hombre que vivía al fondo del callejón. Lo acusaba de agresión. Según el hombre, se dirigía a casa a altas horas de la noche tras salir del trabajo cuando al pasar por la entrada del callejón el marido de la mujer se había bajado del coche y le había golpeado. Dijo que le había pegado con la puerta del coche, y que luego lo había levantado del suelo y le había golpeado la cara contra el capó del coche y después le había aplastado los dedos con la puerta causándole graves heridas. El hombre tenía heridas por toda la cara, llevaba la cabeza vendada y la mano derecha escayolada.

Semejante violencia no era propia de su marido, por lo que la mujer sabía que la acusación era falsa. Además, durante la noche y la hora de la agresión, su marido había estado durmiendo en la habitación y no había salido de casa. Cuando negaron sus acusaciones el hombre se puso a gritar y montó una escena, pero la mujer y su marido revelaron su arma secreta, las imágenes que había grabado la cámara.

Como no había habido ningún incidente durante los últimos días, la mujer y su marido habían guardado los videos sin molestarse en mirarlos. Pero las imágenes que vieron junto con el detective encargado del caso revelaron algo realmente extraño.

El hombre se acercaba al coche desde el fondo del callejón. Por su dirección y maneras, estaba claramente haciendo lo contrario de lo que había afirmado antes, puesto que había pasado por delante del coche de camino a casa. Llevaba algún tipo de herramienta en la mano. No se podía distinguir qué era exactamente porque estaba oscuro y se veía borroso.

El hombre se aproximó al coche. El momento en que acercó la herramienta a la puerta esta se abrió de repente. Realmente parecía que la puerta se había abierto intencionadamente para golpear al hombre en la cara. El hombre perdió el equilibrio y cayó de espaldas. Cuando trató de levantarse la puerta le golpeó de nuevo en la cara y cada vez que intentaba incorporarse la puerta le golpeaba la cara.

Entonces, el hombre se puso en pie. Como impulsado por una fuerza invisible comenzó a golpearse la cabeza contra el capó. El hombre forcejeó, dando patadas a los neumáticos como si quisiera resistirse, pero su cabeza seguía estrellándose contra el capó hasta que logró recuperar el equilibrio. En ese momento la puerta del conductor volvió a golpearlo. El hombre se agarró a la puerta con la mano derecha para mantener el equilibrio y esta se cerró con su mano dentro. Liberó la mano y cayó al suelo sujetándosela. El video no tenía sonido, pero el dolor del hombre era perceptible en su boca desencajada, que sugería que estaba gritando.

Tras terminar de ver la grabación el detective a cargo del caso se giró y le pregunto al hombre:

—Dígame, ¿en qué parte exacta de esta cinta de video se produjo una agresión?

La única persona que aparecía de principio a fin era el hombre. No importaba cómo intentara darle la vuelta, todo apuntaba a que el hombre estaba autolesionándose con el coche de la pareja.

—¿Cómo abriste la puerta de su coche? ¿Robaste las llaves? —preguntó el detective.

El hombre se puso a gritar, pero en cuanto vio la mirada desconfiada del detective su voz se transformó en un murmullo.

—No, el caso es que alguien salió del coche y...

—¿De quién estás hablando? ¿Quién salió de dónde? —le cortó el detective secamente.

El hombre intentó añadir algo, pero el detective no le dejó hablar.

—¿Pensaste que podrías extorsionar a esta pobre gente alegando que te habían dado una paliza? ¿Es eso? ¿Te crees que denunciar a una persona es un juego de niños?

—Pero estoy seguro de que alguien...

—¿Cómo que alguien? ¿Dónde? ¿Te atreves a seguir mintiendo después del video que acabamos de ver? —vociferó el detective interrumpiendo la última protesta del hombre, que se había tornado en súplica.

Mencionó que la extorsión era un delito. Pero como todos vivían en el mismo barrio la pareja rogó clemencia para el hombre con la esperanza de solucionar el problema sin armar un escándalo. Incluso mientras salían de la comisaría el hombre seguía insistiendo en que había alguien dentro del coche, pero ahora su murmullo estaba cargado de miedo.

Días después se enteraron de que había sido acusado de intento de extorsión. Y cuando la mujer volvía de la compra vio el lujoso deportivo del hombre estacionado al fondo del callejón, con el interior lleno de grandes piedras y los neumáticos hechos jirones. Asustada por la escena la mujer se metió rápido en casa.

Después de aquello el hombre nunca volvió a molestarlos con el asunto del estacionamiento. Cada vez que se cruzaba con ella o su marido por el barrio miraba para otro lado y apretaba el paso. Muchas veces lo oían refunfuñar, pero no se molestaban en responder.

A la niña le encantaba jugar dentro del edificio. Solía explorar las distintas habitaciones, y cada vez que desaparecía de la vista se la podía encontrar en el sótano.

Eso era todo lo que le gustaba hacer. Rara vez quería salir de casa. La mujer había intentado muchas veces llevarla con ella al supermercado o de paseo por el barrio, pero ella siempre se negaba sacudiendo la cabeza. Así que la mujer tampoco la obligaba a salir.

No lograban encontrar un inquilino para la tercera planta.

Cobrar el alquiler era la única manera para ella y su marido de tener unos ingresos estables. El tercer piso había estado vacío incluso desde antes de que compraran el edificio, por lo que a medida que pasaba el tiempo la mujer se sentía cada vez más angustiada.

–¿Y si lo reformamos? –sugirió su marido.

–¿No saldría muy caro? También tendríamos que conseguir un permiso. ¿Y si nadie quiere alquilarlo después de la reforma? –respondió preocupada.

–Un amigo mío me dijo que lo usaría como oficina. También me contó que conocía a alguien que podía hacernos la reforma a buen precio. La decoradora fue con nosotros a la universidad. Me dijo que se encargaría de los permisos y de todo –dijo su marido esperanzado.

La mujer había conocido a su marido en un club de estudiantes de la universidad. Él era mayor que ella. Al amigo que había mencionado también lo conocía de ese club. La decoradora que se encargaría de la reforma les dijo que también había estudiado en esa universidad y había pertenecido brevemente al mismo club. Después de quedar con ella y oír su nombre la mujer tuvo la sensación de que efectivamente la había visto antes. Cuando empezaron las obras y el amigo de su marido, la decoradora y los operarios empezaron a armar alboroto en el tercer piso, el

marido parecía muy motivado. Él, que no había movido un dedo para ayudarla a limpiar desde que se mudaron, estaba entusiasmado con la reforma de la oficina que iba a utilizar su amigo y le contaba hasta el último detalle de su progreso. La mujer se sorprendió de que estuviese tan interesado en la gestión del edificio y se alegró.

La niña no quería que el tercer piso fuera ocupado. El ruido de las obras era tan insoportable en el cuarto piso que siempre se refugiaba en el sótano.

A la mujer también le resultaba insoportable el polvo y el ruido de taladros y martillos resonando durante todo el día en las escaleras. Aparte de cuando la llamaba su marido o cuando el inquilino de la segunda planta se quejaba, también pasaba la mayor parte del tiempo jugando con la niña en el sótano .

Además de las túnicas rojas y adornadas de los maniquíes y los zapatos tan puntiagudos que parecía imposible caminar con ellos, la niña encontraba a menudo cajas metálicas extrañas en el sótano. En ocasiones, estas cajas tenían cerraduras o mecanismos de cierre con llaves, pero incluso con las llaves era difícil averiguar cómo abrirlas. La niña le entregaba las cajas a su madre y la miraba juguetear torpemente con ellas, y cuando se cerraban con un fuerte «clac» y ella daba un respingo, la niña se reía. Al principio le pareció inquietante que el metal frío se cerrara en sus manos al parecer por sí solo, pero cuando vio a la niña reírse cada vez que cerraba una caja olvidó esa extraña sensación y rio con ella.

Las reformas, que parecían interminables, por fin concluyeron y el amigo de su marido se mudó a la oficina. La mujer se extrañó de que pese a lo mucho que habían reformado la tercera planta y a lo espaciosa que era la oficina, el amigo parecía no tener em-

pleados. Su marido le explicó que el negocio estaba empezando y elogió a su amigo por ser precavido con los gastos. Su marido se pasaba casi todo el tiempo en la oficina de su amigo como si fuese un empleado y cada vez que la mujer echaba un vistazo los veía a los dos sentados a ambos extremos de un estrecho escritorio hablando por teléfono. De vez en cuando el amigo de su marido la llamaba a la oficina y le ofrecía una bebida oscura. Era tan amarga y agria que apenas podía dar un par de tragos por educación antes de dejarla. El amigo de su marido le contó que estaba hecha de un cultivo europeo subvencionado por el gobierno y que tenía unas milagrosas propiedades anticancerígenas, antioxidantes y antienvejecimiento. A su lado, su marido fue asintiendo a la larga explicación de su amigo hasta que sonó el teléfono y respondió apresuradamente.

Apenas pasados tres meses el amigo de su marido desapareció. En la oficina, aparte del pequeño escritorio y dos asientos acolchados giratorios que llamaban «sillas de jefe», había cajas y más cajas de envases de jugos. Ella supuso que se trataba de esa bebida oscura y espesa que el amigo siempre le ofrecía. En los envases había una imagen de pequeñas bayas azules. Y en la esquina había un refrigerador lleno de esos frutos que empezaban a pudrirse.

–Todavía tenemos el dinero de la fianza, así que no hemos perdido tanto. Además, ha dejado todo este producto. Cada una de esas cajas vale 200.000 wones... Imagina el dinero que podríamos ganar vendiéndolas –dijo su marido despreocupado.

Con la intención de minimizar las pérdidas lo máximo posible, llamó a sus conocidos e hizo una campaña ferviente explicando las propiedades anticancerígenas de esos frutos, pero ella no estaba tan segura de que fueran a conseguir vender todas las cajas que había apiladas en la tercera planta.

Y entonces empezaron las llamadas.

Si no hubiesen hecho la reforma, si no hubiesen alquilado la oficina al amigo de su marido... Ella no hacía más que darle vueltas una y otra vez a esos pensamientos.

Sabía que no tenía sentido lamentarse por la leche derramada, pero aun así no dejaba de culparse. A cualquiera en su situación le habría pasado lo mismo.

Su marido le dijo que había pedido un préstamo de 20 millones de wones. Las buenas noticias eran que solo había «invertido» en el negocio de su amigo, pero al menos no había puesto el negocio a su nombre ni actuado como aval.

Ella quería llorar. Quería gritar. Había tardado siete años en saldar sus deudas ahorrando hasta el último won de su exiguo salario mientras trabajaba hasta tarde por las noches y llevaba una vida de austeridad para que ahora volvieran a estar endeudados. No le importaba la cantidad, en cuanto oyó la palabra «préstamo» su rostro se ensombreció.

Su marido había perseguido un «estilo de vida alternativo» que estuviera «libre de las cadenas del capitalismo». Durante sus años de universidad ella también había estado harta y había considerado que las presiones conformistas de sacar buenas notas, obtener un buen currículum y conseguir un empleo estable en una gran empresa o trabajar para el Estado eran tediosas y desagradables. Por eso había pensado que la vida que quería su marido encajaba con la que deseaba ella. Se casaron en cuanto ella se graduó y poco después consiguió un empleo. No tardó mucho en darse cuenta de que un «estilo de vida alternativo» no significaba nada si uno no tenía planes concretos y detallados, y que vivir «libre de las cadenas del capitalismo» significaba trabajar para empresas que no pagaban bien. Mientras se preocupaba por hacer realidad ese estilo de vida alternativo y ponía todo su empeño en trabajar en una empresa del sector no lucrativo que no funcionaba gracias al trabajo normal de los trabajadores, sino a sus sacrificios no correspondidos, su marido, que a pesar de ser mayor que ella se había graduado

más tarde, seguía desempleado en busca de su propia «vida alternativa». Y el resultado de todo aquello habían sido los veinte millones de wones que había pedido prestados y gastado sin que ella lo supiera.

Le había prometido recuperar el dinero y saldar la deuda a toda costa. Ella sabía que era sincero. Pero también sabía que el mundo no era tan fácil como para entregar veinte millones de wones a cualquiera basándose solo en su sinceridad.

Así que indagó si su marido podía utilizar sus bienes comunes como garantía para pedir prestado más dinero sin que ella lo supiera. Pensó en eliminar el nombre de él de la escritura, pero los impuestos eran demasiado complicados. Aun así, parecía legalmente imposible que él pusiera como garantía bienes comunes sin el consentimiento de ella. Pero en el peor de los casos ella solo podría conservar la mitad de la propiedad y esa perspectiva la aterraba.

El sustento de la pareja dependía de su hogar. Y para ella significaba mucho más que una fuente de ingresos. Ese edificio era todo cuanto tenía después de dejarse la piel durante años batallando contra el mundo. Y en todo ese tiempo había trabajado hasta la extenuación, cargándose a su marido a la espalda, y él nunca había movido un dedo para ayudarla. Angustiada por una deuda de veinte millones que él había contraído en secreto, empezó a ser consciente de esas verdades.

Cuando le apetecía, su marido se iba de excursión a unas colinas cercanas. Nunca se iba tanto tiempo como para que ella se preocupase, pero sus excursiones no seguían un patrón constante. A veces iba temprano por la mañana, luego se pasaba varios días sin ir y de repente salía tarde en la noche. Después de que su amigo desapareciese con todo el dinero de la inversión se sentaba en la oficina vacía durante todo el día y hacía llamadas por teléfono hasta que se cansaba y se iba a caminar a la montaña.

La mujer recibió la llamada uno de esos días en que su marido estaba fuera. Había bajado a la oficina para decirle que el almuerzo estaba listo, pero solo encontró su teléfono sobre la mesa y justo cuando entró se puso a sonar como si hubiera estado esperándola.

¿Sería finalmente alguien que quería comprar esas bebidas saludables? Respondió la llamada con un atisbo de esperanza. Tras oírla decir «diga» la persona al otro lado de la línea permaneció en silencio por un momento. Repitió «diga» y añadió un «por favor, diga algo».

—¿Eres tú, zorra?

A la mujer le sorprendió la hostilidad de la voz femenina al otro lado.

—¿Cómo dice?

—Que si eres la mujer de ese puto estafador.

—¿Cómo?

La voz de la mujer al otro lado de la línea hervía de odio.

—¿No fue el imbécil de tu marido el que engañó al mío para vender esa mierda de bebida de frutas antes de que tu marido nos quitara el dinero y le cortara el chorro a mi marido?

En ese momento ella empezó a entender la situación. Y también empezó a enfadarse pensando en lo completamente equivocada que estaba.

—Mira, no es así, ese nego...

Sin embargo, su interlocutora no le dio la oportunidad de explicarse.

—Pusieron el negocio a nombre de mi marido para que cargase con el muerto mientras tú y el despreciable de tu marido se quedaban con todo el inventario y el dinero de las ventas. Mi marido puso todos los contactos y ustedes dos solo le chuparon la sangre como sanguijuelas...

—¡Oiga! ¿Quién se cree que es? ¡Pero si los estafados fuimos nosotros!

La mujer alzó la voz pero su interlocutora contratacó con un tono aún más alto y una retahíla de insultos. Cuando le dijo que

no hacía falta que gritara, la mujer al otro lado de la línea resopló despectiva.

—Mírala, poniéndose del lado de su maridito. ¿Vas a seguir apoyándole, aunque se esté cogiendo a otra? Cuando reformaron la oficina contrató a esa zorra diciendo que era decoradora y se lo montaron delante de tus narices. Es patético que no sepas ni lo que pasa en tu casa...

—¡¿Cómo?!

El involuntario tono alterado de la mujer pareció satisfacer a su interlocutora, que bajó un poco la voz.

—Tengo los mensajes de texto y las llamadas de tu marido como prueba, así que no se saldrá con la suya. ¿Creías que iba a irse de rositas?

La mujer quiso preguntarle para qué servirían las pruebas, pero su interlocutora parecía haber superado la fase de la ira y los insultos y entrado en la de lamentar su suerte.

—Mi marido es el más idiota de todos. ¿A quién se le ocurre asociarse con dos mierdas como ustedes solo por ser antiguos alumnos de la misma universidad? Dejó su trabajo en el que le iba muy bien... ¿De verdad se graduaron? ¿Eh? ¡No son más que un par de estafadores!

El momento en que su interlocutora empezó a alterarse de nuevo la mujer oyó que alguien tecleaba el código de la puerta del edificio.

Su marido. Por alguna razón le entró miedo y colgó apresuradamente.

Lo oyó subiendo por las escaleras. Dejó el teléfono sobre la mesa donde estaba y se acercó a la heladera. La abrió y se puso a rebuscar en su interior. La había limpiado poco después de que el amigo de su marido desapareciese, pero incluso los frutos que estaban bastante frescos en ese momento habían empezado a pudrirse.

Oyó que alguien tecleaba el código de otra puerta. No era su marido, sino los inquilinos que regresaban de almorzar.

Dejó escapar un suspiro de alivio.

Observó el celular de su marido sobre la mesa.

Las palabras «mensajes y llamadas» resonaban en su cabeza.

Al igual que la contraseña de desbloqueo de su marido.

La mujer no sabía si era bueno o malo que justo en ese momento los del restaurante de la primera planta sacasen el tema del traspaso. Al principio el anciano fue solo. Como la que solía tratar con los inquilinos era ella, el hombre seguramente habría pensado que a él, un hombre curtido por la vida, le sería fácil convencer a una joven para que accediese a lo que él quería. Sin embargo, por alguna razón, su marido decidió participar en la reunión.

Cuando el anciano mencionó el traspaso su marido contratacó citándole una serie de leyes relacionadas. El anciano le recordó que habían firmado un contrato modificado para evitar los impuestos y amenazó con denunciarlo a la Agencia Tributaria. Su marido no se amedrentó, siguió llamándolo «señor» y le explicó de nuevo la situación con más amabilidad.

—Mire, ese contrato lo hemos firmado ambas partes, así que si lo denuncia la Agencia Tributaria también lo multará. Además, el alquiler no es muy alto y tampoco lleva mucho tiempo, así que si calculamos las tasas evadidas y los recargos por impago ni siquiera será mucho dinero. ¿No cree que nos saldría más barato pagar los impuestos atrasados que pagar los treinta millones de wones de diferencia de un traspaso que, de todas formas, no tiene nada que ver con el casero?

Esto enfureció al viejo, que repetía una y otra vez: «Los jóvenes hoy en día no saben cómo funcionan las cosas». Al final se marchó con un «ya veremos».

Y poco después regresó acompañado de un «ayudante» vestido de negro de pies a cabeza. El mensaje implícito era que si la mujer y su marido no le entregaban esos treinta millones de wones, les infligirían muchos más daños que los monetarios.

—La próxima vez los grabaremos y los denunciaremos a la policía —dijo el marido de la mujer, imperturbable como de costumbre.

La cuestión era si habría una «próxima vez» para grabarlos y denunciarlos, pensó la mujer. Al mismo tiempo, la palabra «grabar» le trajo a la mente los recuerdos de cuando respondió al teléfono de su marido y las cosas que había descubierto. Sintió una opresión en el pecho y tanta frustración que no pudo seguir hablando, pero su marido confundió su silencio con aquiescencia y se quedó tranquilo. Ahí terminó la conversación.

En el sótano, mientras jugaba con la niña, la mujer se echó a llorar.

Cuando la niña le preguntó qué le pasaba, lo primero que le vino a la mente fue la cara del anciano del restaurante de *sundae*. Sencillamente, no disponían de treinta millones de wones para pagarles, ni siquiera estaban legalmente obligados a ello. Pero tampoco podían pagar los impuestos atrasados. Su marido ya se había gastado los veinte millones que le habían prestado, la tercera planta del edificio seguía desocupado y los del primer piso no habían pagado el alquiler desde el mes anterior alegando que tenían la intención de mudarse pronto.

—No es nada —dijo la mujer mientras sacudía la cabeza e intentaba forzar una sonrisa—. Es solo que a veces el mundo de los adultos es complicado.

Intentó sonreír, pero las lágrimas no dejaban de caer de sus ojos.

La niña se quedó en cuclillas frente a ella mirándola llorar sin decir nada.

La dueña del restaurante nunca cobró su traspaso. Encontraron muerto a su marido en la cocina del establecimiento. Dijeron que cuando lo hallaron varias partes de su cuerpo estaban hirviendo en la gran olla gigante que utilizaban para hacer caldo.

Cuando la policía acudió al lugar del crimen para investigar ese asesinato espeluznante, que no tenía precedentes en la historia del barrio, la hija y el yerno de la propietaria, que trabajaban allí, recogieron sus cosas y desaparecieron sin dejar rastro.

Varios días después la mujer vio en los periódicos una foto del «ayudante» del traje negro que había acompañado al anciano aquella vez. Según el artículo era un gánster que había aparecido muerto en cama de su amante.

La amante declaró a la policía que se había ido a trabajar al ver que seguía durmiendo, pero que al volver se lo había encontrado muerto. Como le habían aplastado el torso de una forma extraña, la policía sospechó que podía tratarse de un ajuste de cuentas de una banda rival.

La mujer no podía sacarse de la cabeza esos acontecimientos mientras jugaba con la niña en el sótano. Que hubiera cesado el chantaje era algo positivo. Nadie les amenazaba con denunciarlos a Hacienda, nadie les exigía un traspaso, por lo que de momento no tendría que preocuparse por el dinero. La tienda de ropa que iba a instalarse en el primer piso estaba planteándose cancelar el contrato o retrasar la fecha del traslado, pero ni siquiera le importaba ya.

¡Clang!

La mujer alzó la vista sorprendida. La niña había encontrado una caja nueva y estaba jugando con la cerradura. Esta tenía un mecanismo sencillo que se abría cuando se giraba. La niña parecía entretenerse cerrándola y abriéndola todo el rato. Mientras observaba su sonrisa radiante y sus manos cerrando y abriendo de nuevo el artilugio, la mujer recordó la frase del artículo que había leído «El torso del cuerpo ha sido aplastado para darle una forma específica…»

¡Clang!

La niña la miró orgullosa mientras repetía el proceso.

La vida es una sucesión de problemas. Sobre todo, cuando uno está casado y tiene familia, porque incluso cuando consigues evitar los problemas del mundo exterior y vuelves a casa sano y salvo, tu familia está ahí esperándote con sus propios problemas.

Después de que se resolviera el asunto del restaurante (si bien había ocurrido de una forma muy inquietante, solucionado estaba) aquella mujer comenzó a llamarlos. En realidad, habían estado recibiendo llamadas desde hacía mucho tiempo, pero su marido no las respondía a propósito y a ella no le quedaban fuerzas, así que había fingido no darse cuenta. Esto indignó aún más a la mujer que los llamaba. De algún modo, consiguió el número privado de la mujer y empezó a acosarla también llamándola a su celular.

Tu marido te puso los cuernos con la decoradora.

Que lo sepas y finjas que no lo ves, me dice que tú también eres una estafadora.

Los tres fueron juntos a la universidad, estoy segura de que fuiste tú la que le presentó a tu marido a la decoradora.

Lo empujaste a ser infiel y conmigo no te va a servir de nada ir de mosquita muerta que no se entera de nada.

¡Dame el dinero que le robaron a mi marido y dime dónde está!

¡No puedo vivir con los acreedores encima! ¡Dime dónde está mi marido y dame el dinero o asume la responsabilidad legal de sus deudas!

Cuanto más la escuchaba más segura estaba de que esa mujer del amigo de su marido estaba completamente loca o tenía algún problema psicológico. Hasta le daba un poco de lástima. Desde el punto de vista de la mujer, su marido había desaparecido de repente un día tras decirle que iba a hacer negocios y los acreedores la acosaban a ella, que no tenía ni idea de nada.

Sin embargo, ella no podía permitirse ayudar a esa mujer que la insultaba y le gritaba por teléfono a todas horas.

Según los apasionados mensajes de texto del móvil de su marido, la decoradora y él llevaban mucho tiempo saliendo. Los veinte millones de wones que supuestamente había invertido en el negocio de su amigo en realidad se los había dado a ella por la reforma. Su amigo nunca había pedido que remodelaran la oficina. Lo único que le había dicho era: «Si tienen una oficina vacía en su edificio, ¿podría utilizarla durante uno o dos meses?». Y cuando empezaron con las reformas el amigo de su marido había dicho desconcertado: «No hace falta que te compliques tanto por mí. Yo solo necesito un sitio en el que meterme un par de meses».

Pero su marido había querido alardear de ser el propietario de un edificio delante de su amante. «Si necesitas más dinero solo dímelo y te daré el que haga falta», presumía en uno de los mensajes. La mujer cayó en la cuenta de que a su marido nunca se le había pasado por la cabeza que ese dinero que le daba a su amante para todo lo que le hiciera falta era prestado y que ese edificio del que tanto presumía lo habían comprado con un dinero que había ganado ella con años de trabajo duro.

A la niña se le daba bien jugar sola, en esta ocasión la mujer no lloró mientras la miraba. La niña seguía abriendo y cerrando las cajas, «¡clang! ¡clang!», y ella la observaba en silencio perdida en sus pensamientos. «¡Clang! ¡clang!», la niña levantó la vista y la miró sonriente mientras seguía jugando con la caja. Intentó devolverle la sonrisa, pero no lo logró.

Una noche su marido le dijo que iba a pasear por la montaña y se marchó.

Enseguida se puso a diluviar.

Jamás regresó de la montaña.

Hubo un accidente en una autopista cercana. Un coche derrapó en la calzada y se estrelló contra el guardarraíl. A la mujer que conducía la llevaron al hospital, pero su estado era crítico. El hombre que iba en el asiento del acompañante había salido volando del vehículo. Habían encontrado su cuerpo en un talud. Se había roto el cuello y había muerto en el acto.

Tras la muerte de su marido la niña la seguía a todas horas, incluso mientras la mujer hablaba por teléfono con su madre.

—¿Duermes bien? ¿Estás comiendo bien?

—Sí, no me salto las comidas y duermo bien.

Mientras contestaba al teléfono hizo señas a su hija de que tuviera cuidado mientras corría sonriente por el suelo del salón.

—¿Cómo va todo en el edificio, estás bien ahí? ¿Te llega el dinero?

—Sí, ahora tenemos una tienda en la primera planta y la editorial de la segunda sigue pagando el alquiler cada mes.

—¿Sales alguna vez? No te pasarás todo el día ahí encerrada, ¿no?

La niña saltó a sus brazos y ella le acarició el pelo.

No se había dado cuenta antes, pero el contorno de la niña parecía más definido.

—Bueno... Aquí se está muy bien —farfulló.

—Aun así, deberías salir a tomar el aire de vez en cuando. Todavía eres joven, no tienes hijos y hoy en día las viudas ya no tienen que andar escondiéndose. Vete de viaje, conoce gente...

La niña sonrió y trató de quitarle el teléfono. La mujer sacudió la cabeza.

—No, ahora mamá está hablando.

—¿Qué? No te he entendido.

—No es nada, mamá.

—¿Hay alguien contigo en casa?

—No, ¿quién iba a haber aparte de mí?

La madre de la mujer suspiró.

—No puedo soportar la idea de que estés ahí sola todo el tiempo y siempre que te digo que me dejes ir a hacerte compañía me lo impides...

—Mamá, estoy bien como estoy. Solo necesito un poco más de tiempo, descansar, reunir fuerzas y podré ocuparme de todo. —La mujer la cortó antes de que su madre reanudase los lamentos.

—No te estará molestando tu suegra, ¿no?

—No mamá, para nada —cortó la mujer—. Oye, ahora estoy hirviendo ropa y tengo que apagar el fuego y sacarla. Te llamo luego.

—Bueno, cuídate. No trabajes demasiado en las tareas de casa y sal un poco de vez en cuando.

—Adiós.

La mujer colgó el teléfono y miró a la niña.

—Ahora volvemos a estar solas las dos.

La niña dejó de correr y la miró con una sonrisa radiante.

—¿Quieres ir de viaje con mamá? Nunca has salido de este edificio, ¿no? ¿Qué tal si salimos? ¿Y si nos vamos las dos a un lugar muy, muy lejano? —preguntó.

La niña la miró a la cara con seriedad. Sin decir nada, sacudió la cabeza.

La mujer ya lo sabía. La niña había estado allí desde el principio y nunca podría abandonar el edificio.

Mientras estuviese con su hija, ella tampoco saldría de casa. Pensó que tampoco estaba mal.

—Ven aquí.

La mujer extendió los brazos y la niña corrió a abrazarla. Casi se cae hacia atrás por el impacto.

La primera vez que vio a la niña no era más que una sombra blanquecina en el sótano.

Ahora tenía un contorno definido y podía sentir claramente la calidez de su cuerpo y el tacto de su piel. Era más grande, pesada y definida.

La mujer se sintió muy orgullosa.

—Mamá y tú vamos a vivir juntas —susurró a la pálida sombra que sostenía en sus brazos— Y vamos a ser felices para siempre.

El vestigio de esa niña pequeña que había esperado a su madre durante tanto tiempo en el sótano oscuro del edificio de cemento, la miró y esbozó una sonrisa radiante.

EL AMO DEL VIENTO Y LA TIERRA

0

Un barco hecho de engranajes dorados flotaba en el aire sobre el desierto arenoso. Cada vez que los miles de engranajes chasqueaban al moverse, los rayos de luz incidían sobre ellos y la embarcación brillaba como el sol. El majestuoso y brillante navío surcaba lentamente el aire caliente sobre las arenas del desierto impulsado por el calor hirviente y las ondas doradas de luz reflejada que rodeaban su casco.

1

Se decía que el dueño de ese barco era un gran guerrero y un poderoso hechicero. Según la leyenda, el rey del desierto había combatido contra el dueño del barco por la supremacía de la tierra que se extendía hacia el sol dorado más allá del horizonte. En la batalla final el rey del desierto le había cercenado el brazo izquierdo al dueño del barco. Este había gritado y maldecido al rey del desierto mientras la sangre brotaba de la herida.

—Me has dejado inválido, así que haré lo mismo con tus descendientes. Has derramado mi sangre en esta tierra y por ello

ninguno de tus descendientes que la gobiernen estará a salvo de sufrir daño.

El rey del desierto no creía en las maldiciones. Mientras observaba cómo el amo de la nave dorada montaba su caballo de engranajes dorados en el aire ondulando a la luz del sol, el rey sonrió victorioso. Gotas de sangre mancharon el camino por donde pasaba el dueño del barco dorado. Mientras miraba esas gotas que hervían como pequeñas chispas antes de secarse con rapidez bajo el calor sofocante del sol, el rey del desierto rio tan alto que su maliciosa carcajada llegó incluso hasta las cubiertas del barco flotante.

2

El rey del desierto tuvo un hijo poco después. El príncipe nació ciego. La ira del rey llegó hasta los cielos y la reina murió con el corazón roto al poco tiempo.

Al quedarse sin madre, el pequeño príncipe fue criado por los sirvientes y las doncellas de palacio. Cuidaron bien de él, pero sus corazones siempre estaban llenos de miedo. El rey del desierto era la ira personificada y el príncipe era la maldición. Los sirvientes y las doncellas hacían reverencias una y otra vez manteniendo la cabeza gacha para evitar provocar la ira o la maldición. Debido a ello, cuando alimentaban al príncipe, lo vestían o lo acunaban por las noches, no sentían por él ni una pizca de amor.

Para sobrevivir, los niños enseguida aprenden el lugar que ocupan en el mundo. Aunque su percepción parezca limitada entienden muy rápido las intenciones de los adultos y si estos confían o no en ellos, incluso mejor que los propios adultos. El príncipe creció rodeado de belleza y riquezas, entre gente educada, pero hipócrita. Por lo que él sabía, así era el mundo y la gente que lo poblaba.

3

El príncipe creció y se convirtió en un niño y después en un joven. Era ciego, pero como único descendiente del rey del desierto, era el heredero del trono. Por eso, cuando alcanzó la mayoría de edad, el rey del desierto envió emisarios a través de las interminables extensiones de arena a las gentes que vivían en las praderas para pedir la mano de una princesa y convertirla en reina del desierto.

El rey de las praderas sabía que el príncipe era ciego y al principio se negó por este motivo. Pero cuando los emisarios le ofrecieron las sedas y joyas que habían llevado, cambió de parecer. Al final regresaron al desierto con una princesa que se casaría con el príncipe maldito.

4

La boda se fijó para al cabo de tres meses. Todos los cortesanos y los sirvientes se afanaron en los preparativos. De repente el soñoliento palacio del desierto se convirtió en un hervidero de actividad. El príncipe sentía una gran curiosidad por la princesa de las praderas que se convertiría en su esposa. Se preguntaba si ella sabía que él era ciego y por qué había venido hasta allí para casarse con él si lo sabía, o cómo reaccionaría si no lo sabía. El príncipe conocía la antigua tradición según la cual el novio no debía ver a la novia antes de la boda, pero estaba decidido a averiguar qué tipo de persona era su futura esposa antes de que fuera demasiado tarde.

Desde pequeño conocía todos los atajos, pasadizos y puertas secretas del palacio. Como nadie sospechaba que un príncipe ciego conociera esos caminos, había podido explorar a su antojo

el palacio e ir adonde quisiera. El rincón más oscuro al que no llegaba la luz no suponía ningún problema para el príncipe, que podía esconderse donde quisiera en el palacio. Así fue como, mientras todos dormían, logró colarse en el dormitorio en que se alojaba la princesa.

Ella estaba dormida. El príncipe se quedó allí quieto durante un rato escuchando su respiración acompasada.

La princesa abrió los ojos, pero él no se dio cuenta y siguió allí de pie.

—¿Quién eres? ¿Qué haces en mi habitación a estas horas? —preguntó la princesa.

Aquello tomó por sorpresa al príncipe, pero se sobrepuso y respondió con calma.

—He venido a conocer a mi novia.

5

Mientras el príncipe palpaba su cara cuidadosamente, la princesa cerró los ojos y permaneció inmóvil. El roce de las yemas de los dedos de aquel extraño en su rostro le produjo vergüenza y cosquillas, aunque también le resultaba agradable. La sensación de estar haciendo algo prohibido la desconcertaba y asustaba un poco, pero también era placentera y secretamente emocionante. Por eso, la princesa notaba que se ruborizaba cada vez que aquellos dedos recorrían su cara.

Cuando el príncipe retiró su mano la princesa ya estaba completamente enamorada, pero no sabía si el objeto de ese amor era el príncipe o si se debía a su propia excitación.

—Eres hermosa. Si tan solo pudiera ver… si pudiera ver el hermoso rostro de mi novia tan solo una vez… —susurró el príncipe.

Lágrimas gruesas brotaron de sus ojos.

—Por favor, no llores —dijo la princesa tratando de consolarlo—. Puedes tocar mi cara siempre que quieras, como has hecho ahora. Estaré a tu lado el resto de mi vida.

—Pero no soy el único destinado a la desgracia. El dueño del barco dorado maldijo a toda mi familia. Dijo que mientras los descendientes de mi padre gobiernen este desierto nadie estará a salvo —continuó el príncipe sollozando

—¿Por qué? ¿Por qué lanzaría una maldición tan terrible? —preguntó la princesa sorprendida.

—Porque fue derrotado en la guerra y perdió un brazo —explicó el príncipe—. Dijo que mi padre lo había dejado inválido, así que él haría lo mismo con todos sus descendientes.

Las lágrimas rodaban por las mejillas del príncipe.

—Si te casas conmigo nuestros hijos y los hijos de nuestros hijos nacerán con cuerpos inútiles como el mío. Si alguna vez el dueño del barco dorado invade de nuevo nuestro país, este lugar gobernado por un rey inválido caerá de inmediato.

El príncipe bajó la cabeza y lloró desconsoladamente.

La princesa lo abrazó y trato de consolarlo. Su hombro quedó empapado con las lágrimas del joven.

El príncipe se marchó de su habitación antes del amanecer. Sentada a solas en la oscuridad, la princesa miró al cielo del este, cada vez más nublado. Mientras observaba la nave de engranajes dorados surcar lentamente el firmamento por encima del sol naciente, tomó una decisión.

Iría a visitar al dueño del barco dorado y le pediría que levantara la maldición. Lo haría por el príncipe, su futuro marido, por los hijos que nacerían y por los hijos de sus hijos.

6

No le fue fácil escabullirse del palacio. La princesa estaba a punto de casarse e iba a convertirse en reina. Estaba rodeada de sirvientas en todo momento, e incluso cuando se encontraba sola en su habitación siempre había un guardia apostado ante la puerta. Así que, cuando el príncipe volvió a visitarla por la noche, ella le pidió consejo.

—No solo eres hermosa, sino también valiente —dijo él con admiración—. Conozco una salida del palacio, pero una vez que estés fuera y encuentres el camino hasta el barco dorado, tendrás que enfrentarte a su dueño tú sola. ¿Serás capaz de hacerlo?

—Tengo que intentarlo. No voy a luchar, sino a pedirle un favor como mujer indefensa. No me hará daño, ¿verdad? —respondió ella con calma.

—No podemos saberlo. Es un hombre cruel... Ojalá no fuera ciego, así podría acompañarte... —suspiró el príncipe.

—Si no fueras ciego no tendríamos que ir a ver al dueño del barco dorado —replicó ella con una leve sonrisa—. Por favor, si fracaso, no me odies.

—Claro que no —respondió el príncipe sosteniendo el rostro de ella entre sus manos—. Al contrario, te estoy muy agradecido por ser tan valiente.

—Una cosa más —prosiguió la princesa—, aunque tenga éxito el rey se enfadará mucho cuando descubra que me he escapado del palacio antes de la boda. Si me encuentran a mi regreso, es posible que me destierren a mi país natal para siempre.

—No te preocupes por eso. Todo lo estás haciendo por mí, así que te protegeré. Eres mi novia y serás mi esposa —dijo el príncipe.

En lugar de responder, la princesa le dio un beso en los labios.

7

El príncipe condujo a la princesa hasta la puerta trasera del castillo. Ahí, en el hueco donde el muro de piedra se había desmoronado ligeramente, los dos amantes se abrazaron y se besaron de nuevo.

—Espérame —susurró la princesa.

—Vuelve sana y salva —respondió él.

La princesa se agachó y pasó con cuidado a través del agujero en el muro de piedra. Tras echarle un último vistazo al palacio, la princesa contempló el cielo sin luna ni estrellas del desierto donde el barco de engranajes dorados emitía un fulgor frío. Empezó a caminar en su dirección.

8

El sol era implacable durante el día y la princesa, que había crecido en las praderas, no estaba acostumbrada a caminar sobre la arena caliente durante tanto tiempo. Se agotaba muy rápidamente y no podía descansar en esa arena abrasadora, por lo que el viaje hasta el barco dorado se le hizo eterno.

Cuando llegó justo debajo del barco flotante, descansó un instante a su sombra y recobró el aliento. La arena bañada por el sol todavía estaba caliente, pero gracias a la sombra del barco estaba un poco más fresca. Era la primera sombra que encontraba después de recorrer la larga distancia desde el palacio.

Mientras se armaba de valor, la princesa se preguntó cómo subiría al barco. El barco flotante se mecía ligeramente de un lado a otro. No parecía tener anclas ni cuerdas. La princesa temió que zarpase en cualquier momento y desapareciese en el horizonte mientras ella se quedaba allí mirándolo sin saber qué hacer.

En ese momento, los engranajes dorados empezaron a girar con fuertes chirridos.

De entre los engranajes descendió una escalera dorada.

Mientras la princesa observaba perpleja, la escalera fue bajando hasta tocar la arena. La princesa se acercó y empezó a subir por la escalera. Calentados por el sol, los travesaños estaban tan caliente que le abrasaban las suaves palmas de sus manos. La princesa fue ascendiendo un travesaño tras otro pacientemente.

Cuando llegó arriba y subió a la cubierta, una voz baja, pero profunda y misteriosa, pareció envolverla.

–¿Cómo es que una princesa de las praderas ha venido hasta el navío del tiempo y el viento?

La princesa miró hacia arriba.

El dueño del barco dorado estaba ante ella.

9

Al contrario de lo que la princesa había imaginado el dueño del barco tenía el aspecto de un hombre corriente. No llevaba una armadura dorada, no tenía una cara hecha de engranajes ni un cuerpo de arena. Su piel tenía un tono bronceado, su pelo parecía decolorado por el sol y el viento, y solo sus ojos llameaban como el oro. Como el príncipe había dicho, al dueño del barco le faltaba el brazo izquierdo, así que la manga vacía de su camisa desteñida ondeaba con la brisa.

–¿Por qué has venido en busca del navío del tiempo y el viento? –preguntó el hombre de nuevo.

Aunque su apariencia era corriente, su voz no era humana. El eco de sus palabras sonaba como los poderosos pasos de una gran bestia en una cueva o un terremoto desgarrando las praderas.

–La maldición… –dijo la princesa.

Justo en ese instante empezó a soplar el viento. El viento caliente y el polvo del desierto no la dejaron terminar lo que estaba diciendo. No podía ver lo que tenía delante.

—¡He venido a pedirte que levantes la maldición! —gritó con todas sus fuerzas una vez se dio cuenta de que el viento no amainaba —. ¡Por favor, levanta la maldición que pesa sobre el rey del desierto!

—¿Qué maldición?

Pese a la tormenta de arena, la voz del dueño del barco se oía con claridad. Hasta el viento parecía vibrar con ella.

—¡Por favor, devuélvele la visión al príncipe! ¡Permite que nuestros hijos y los hijos de nuestros hijos nazcan sanos!

De repente el viento cesó.

—¿Por qué? —preguntó el dueño del barco en un tono tranquilo.

La princesa sintió las tablas doradas de la cubierta bajo sus pies temblar con esas palabras, y ella también tembló de miedo.

—¡Maldecir a alguien por despecho solo porque has perdido una guerra es de cobardes! —gritó cuando reunió el valor de nuevo—. ¡Admite tu derrota y levanta la maldición! ¡El príncipe se convertirá en mi esposo y sus hijos en mis hijos!

—Yo no maldije a nadie. No me rebajo a maldecir a simples humanos —respondió el dueño del barco dorado.

—¡Mientes! —La princesa estaba atónita, pero prosiguió—: Entonces, ¿por qué el príncipe es ciego de nacimiento?

—La verdad es diferente a lo que te han contado —respondió el dueño del barco—. Fueron maldecidos por empezar la guerra. El aire que se extiende desde el horizonte hasta el sol y la luna no es un lugar que pueda ser gobernado por el hombre. Mi navío ha navegado por ese aire desde el principio de los tiempos. Fue el rey del desierto, cegado por la codicia del oro, el que tomó las armas primero.

El dueño del barco hablaba con calma.

—Los que miran el sol fijamente durante demasiado tiempo están condenados a quedarse ciegos. El rey del desierto cometió la estupidez de blandir su espada contra el sol y ahora su hijo está pagando por sus pecados.

—¡Por favor, levanta la maldición! —gritó la princesa—. ¡O al menos enséñame cómo levantarla! El príncipe ha sufrido desde su nacimiento a causa de los pecados de su padre. Por el bien de nuestros hijos, el futuro rey nunca empezará una guerra. Lo juro. ¡Por favor, líbranos de la maldición!

El dueño del barco dorado suspiró. Una vez más, la princesa sintió temblar las tablas doradas bajo sus pies.

—Está bien—dijo lentamente—. Cuando llueva en el desierto libera un pez ciego en el mar. De ese modo la maldición que pesa sobre el príncipe desaparecerá.

Antes de que la princesa pudiera preguntar a qué se refería, el hombre le lanzó una advertencia.

—La verdadera naturaleza de los hombres es diferente de lo que piensas. Incluso cuando se levante la maldición, la princesa no se casará con el príncipe.

El dueño del barco dorado alzó su única mano e hizo un leve ademán.

Al instante siguiente la princesa estaba flotando en el aire. Suavemente como una pluma, se meció en el aire antes de aterrizar con suavidad sobre sus pies.

10

La princesa vagó por el desierto durante mucho tiempo.

El lugar donde el barco dorado la había depositado no era el mismo por el que había subido la escalera. Como había nacido y crecido en las praderas había aprendido desde temprana edad a leer el sol, la luna y las estrellas para conocer su posición. Y así pudo saber con cierta seguridad dónde se encontraba y cómo

podía regresar al palacio. Pero estaba rodeada de arena hasta donde alcanzaba la vista y las dunas se movían cada vez que soplaba el viento. En las praderas de su tierra natal la hierba, los árboles y el horizonte no cambiaban de lugar, no importaba cuánto soplase el viento. Estaba en un terreno desconocido y no tenía forma de predecir cuánto tiempo tardaría en llegar al palacio caminando a través de las dunas. Lo único que podía hacer era determinar dónde estaba el suroeste orientándose con el sol y caminar en dirección al palacio.

Por más vueltas que le daba no entendía qué había querido decir el hombre con el pez ciego ni cómo iba a encontrar el mar en medio del desierto. Y como estaba exhausta de tanto caminar se fue olvidando poco a poco del pez.

Cuando salió del palacio llevaba consigo algo de agua y frutos secos, pero hacía mucho que se le habían terminado cuando llegó al barco dorado. Las dunas seguían cambiando de forma, apareciendo y desapareciendo frente a ella sin cesar. La princesa estaba segura de que encontraría la muerte en el desierto antes de llegar al palacio.

II

Las noches en el desierto eran frías, y el viento soplaba igual que durante el día. Si se sentaba un momento a descansar, la duna a su lado se movía lenta, pero amenazadoramente hacia ella. Si no quería acabar enterrada en la arena tenía que levantarse y seguir caminando.

La princesa no sentía nada, solo movía las piernas de forma automática hacia delante. A cada paso que daba, su pie se le hundía en la arena. Echaba de menos las praderas y el horizonte llano y amplio que no interrumpían las altas dunas de arena. Echaba de menos la tierra dura y árida, y la hierba corta y los

arbustos que crecían en ella. También añoraba cabalgar sobre esa tierra dura y vasta, los cascos del caballo golpeándola...

La princesa tropezó con algo duro y cayó al suelo.

Su cara se hundió en la arena blanda. Tosió y se levantó con esfuerzo. Tras sacudirse y escupir la arena que se le había metido en la nariz y la boca, la princesa se volvió para ver lo que la había hecho tropezar.

Un objeto grande y contundente sobresalía de la arena.

Hasta ahora la princesa no había tropezado con nada en el desierto, ni cuando caminaba hacia barco dorado ni después de bajar de él. Se agachó y empezó a desenterrar el objeto.

La noche se hizo más cerrada. La princesa, sin saber siquiera lo que estaba excavando, movía las manos sin sentir nada. Nada más que la sed, el hambre y el frío. La sed... Más que nada, tenía sed. Había crecido en un lugar seco donde el agua escaseaba, pero como era una princesa nunca había sabido lo terrible que era tener sed. La princesa estaba tan sedienta que se hubiera bebido la arena que estaba sacando con las manos. Beberse la arena...

Justo cuando estaba a punto de llevarse la arena que tenía en las manos a la boca la princesa volvió en sí.

12

La princesa se echó a llorar. Estaba tan sedienta que le parecía que se le iba a desgarrar la garganta y sentía el cuerpo tan reseco que se sorprendió al ver que todavía tenía lágrimas. Apoyada contra ese objeto enorme que había desenterrado, se deshizo en llanto. Tenía miedo, frío y mucha sed. Voy a morir en el desierto, se dijo. No volvería a ver salir el sol. Nunca más vería al príncipe ciego que la esperaba en el palacio ni las praderas en las que había nacido y crecido ni a sus padres. Moriría, se hundiría en la arena y nunca encontrarían su cuerpo. Esos pensamientos la

hicieron llorar más fuerte. Sus sollozos se transformaron en lamentos y, abrazándose a ese objeto misterioso que sobresalía de la arena, la princesa clamó su dolor bajo las estrellas del desierto.

El enorme objeto en que había apoyado la frente pronto quedó cubierto de lágrimas.

Siguió llorando.

El objeto en que tenía apoyada la frente se movió.

La princesa se asustó y automáticamente sus lágrimas cesaron.

Lo que sobresalía de la arena era la cabeza de un pez. Incluso a la tenue luz de la luna pudo distinguir claramente la película lechosa que cubría su único ojo.

«Cuando llueva en el desierto libera un pez ciego en el mar»

La princesa volvió en sí. Comenzó a excavar al pez que se sacudía en la arena.

Hacía un instante había estado exhausta y llorando, pero de repente había sacado fuerzas de flaqueza. Cavó en la arena con una furia impresionante dejando al descubierto primero las branquias, luego la aleta trasera y finalmente el cuerpo. Después de desenterrar la cola, la princesa tocó con cuidado el ojo del pez. Con el suave roce de las yemas de sus dedos, la película delgada y dura sobre el ojo se rompió en escamas.

El pez gigante agitó la cola con fuerza y saltó desde la arena hacia el frío cielo nocturno. En ese momento la princesa oyó un estruendo como si el firmamento plagado de estrellas se resquebrajase como un cristal.

Justo entonces se puso a llover.

El agua caía a raudales de las grietas del cielo roto por el pez. La princesa se puso de pie mientras el agua gélida le empapaba todo el cuerpo. Abrió la boca y bebió. Incluso después de haber saciado su sed extendió los brazos hacia el cielo y continuó bebiendo y bailando de la alegría.

El pez ciego había regresado al vasto mar y la lluvia caía del cielo del desierto.

La princesa estaba exultante. Olvidó el miedo a la muerte y la nostalgia del hogar. Estaba tan feliz que olvidó quién era y por qué estaba en medio del desierto.

Entonces despertó de su sueño.

A lo lejos vio las puertas del palacio.

13

Cuando la princesa regresó, el palacio hervía de actividad. Se estaba celebrando un festival en el patio, y los soldados montaban guardia en las puertas del recinto.

—¡La maldición ha sido levantada! ¡El príncipe puede ver! —gritaban los soldados mientras comían y bebían en abundancia.

—¡Dios ha querido que se levante la maldición! ¡Debemos castigar a los malvados hechiceros!

Aquello alarmó a la princesa. Mientras se habría paso entre los soldados que festejaban y se dirigía al edificio principal del palacio vio que el rey estaba dando un discurso desde uno de los balcones.

—¡Y cuando el hechicero haya muerto el barco dorado será nuestro! ¡Todo el oro y las joyas del barco nos pertenecerán, y con este barco volador, conquistaremos tierras aún mayores más allá del horizonte!

El príncipe, que estaba a su lado, abrió muncho los ojos y gritó:

—¡El oro es nuestro! ¡El mundo entero es nuestro!

Los soldados, los nobles y los sirvientes rugieron al unísono. El clamor fue tal que los muros del palacio temblaron.

El miedo se apoderó de la princesa.

—¿Así que era verdad lo que me contó el dueño del barco? —gritó en dirección al balcón—. ¿Que empezaron una guerra

no para conquistar las tierras que había más allá del horizonte sino porque estaban cegados por la codicia del oro y querían saquear el barco?

Sus palabras fueron seguidas por un silencio sepulcral. Todas las personas reunidas bajo el balcón se giraron y miraron a la princesa.

El primero en hablar fue el príncipe.

—Atrápenla! —gritó señalándola con el dedo—. ¡Es una de las putas del hechicero! Atrápenla!

A la orden del príncipe los soldados arrojaron sus copas de vino y corrieron hacia la princesa.

Ella intentó huir, pero enseguida fue rodeada por los soldados. La atraparon antes de que pudiera dar un par de pasos.

—¡Conspiró con el hechicero para difundir falsedades y derrocar al rey! —gritó el príncipe mientras miraba a la princesa luchando contra los soldados—. ¡Mátenla!

A la orden del príncipe aparecieron más soldados blandiendo espadas y lanzas. La princesa, inmovilizada por los soldados, miró al príncipe en el balcón. Cuando vio la inexpresiva mirada del príncipe se quedó sin habla. Por mucho que se quejara o suplicara, el príncipe no se conmovería. El príncipe estaba impasible, y sus ojos eran gélidos. El extraño que la miraba desde la terraza y que había ordenado cruelmente su ejecución no era el mismo príncipe que había llorado sobre su hombro.

Las espadas de los soldados se acercaron a su garganta. Aterrada, la princesa cerró los ojos con fuerza.

En ese instante el viento empezó a soplar.

14

Una tormenta de arena azotó el palacio. Nadie podía abrir los ojos ni apenas respirar debido al polvo y la arena que volaban por todas partes. La arena se metía en la nariz, los oídos y la boca

de la gente. Sin darse cuenta, los soldados que rodeaban a la princesa soltaron sus armas. Todos intentaron protegerse la cara con los brazos, cerraban los ojos y tosían doblando la espalda.

Y entonces llegó un ruido ensordecedor seguido de gritos. La princesa, que se había cubierto la cara con ambas manos, mirando entre sus dedos vio como el balcón del palacio se derrumbaba. El rey y el príncipe cayeron con él rodeados por la tormenta. Rocas y escombros se precipitaron sobre ellos.

Entonces el suelo empezó a temblar. La princesa miró hacia abajo. Podía ver la arena que lo cubría todo colándose por grietas cada vez más anchas. El instante en que el suelo cedió bajo sus pies, antes de que pudiera gritar, se encontró flotando en el aire.

Unos crujidos que ya había oído antes la rodearon. Sobre su cabeza estaba la misma sombra que una vez la había cobijado. Flotando sobre el palacio en ruinas, la princesa vio cómo el barco de engranajes dorados surcaba tranquilamente el cielo del desierto.

15

El palacio quedó destruido del todo. No quedó piedra sobre piedra. De nuevo en la cubierta del barco dorado, la princesa contempló las ruinas envueltas en una nube polvo.

—Esto no es culpa de la princesa —proclamó una voz grave, haciendo temblar otra vez las tablas de la cubierta bajo sus pies—. Levantar una maldición es posible, pero no se puede curar a quien está cegado por la codicia. Siempre supe que estaban esperando el momento de empezar otra guerra.

La princesa asintió mecánicamente. Al igual que la nube de polvo que había abajo, sus pensamientos eran tan borrosos que le resultaba difícil pensar con claridad.

Algo frío y húmedo tocó su mano. Sorprendida, volvió la vista.

El dueño del barco dorado le dio un cáliz con agua. El recipiente era más pequeño que la palma de su mano. Por alguna razón, a pesar del viento caliente que lo rodeaba el agua estaba helada y se habían formado gotitas de condensación en el exterior del cáliz.

La princesa lo examinó con detenimiento y se lo llevó a los labios. El agua fría fluyó en su interior.

A pesar de que el cáliz era más pequeño que la palma de su mano el agua fluía sin cesar. Bebió hasta saciarse. Le parecía que había pasado una eternidad desde la última vez que había bebido un agua tan fresca. Quizá fuese la primera vez en su vida.

—Quédate aquí —dijo la voz suave que resonó en la cubierta dorada—. Gobierna el viento y la tierra conmigo, y navega sobre el horizonte del tiempo. Hasta el día en que el sol y la luna se desvanezcan, este espacio infinito en que se pueden tocar las nubes y las estrellas te pertenecerá.

La princesa miró el cáliz que tenía en la mano. A pesar de que había bebido hasta saciarse, se había llenado de nuevo en un abrir y cerrar de ojos. De nuevo tenía gotitas en el exterior y la humedad fría que notaba en la mano le dio una sensación extrañamente agradable.

—Quiero vivir como una mortal —respondió finalmente la princesa—, conocer a alguien como yo, que me aprecie y me ame como yo lo amo, tener hijos, verlos crecer y que encuentren sus propias parejas y tengan sus propios hijos. Esa es la vida que deseo.

—Al final de una vida así aguarda la muerte —dijo el amo del viento y la tierra con voz suave.

La princesa asintió.

—Lo sé, pero viviré la vida plenamente hasta que llegue mi hora.

—No puedo ofrecerte una vida mortal —repuso el dueño del barco—, pero a cambio te prometo una paz y eternidad desconocidas para los humanos —sugirió el dueño del barco.

La princesa sonrió y asintió.

La manga vacía del hombre empezó a moverse. La princesa sintió una brisa fría y suave rozándole la mejilla derecha.

Los engranajes del barco dorado comenzaron a girar y crujir. Cuando la nave cambió de rumbo, los dientes de sus engranajes reflejaron la luz del sol y despidieron chispas resplandecientes. Con el sol detrás, el barco dorado surcaba el cielo del desierto en dirección a las praderas, el hogar de la princesa.

EL REENCUENTRO

Esta historia de amor es para ti.

Nadie nos preguntó, cuando aún no éramos famosos
si queríamos vivir o no
yo esperaba tantas cosas
pero no sabía lo que quería..

Estaba sentada en el lado sur de la plaza. Sostenía una jarra de vino caliente barato, de esas que venden en cualquier esquina en invierno. El vino caliente es una bebida europea que se hace hirviendo vino tinto a fuego lento y añadiendo especias como la canela y el clavo. El alcohol se evapora un poco con el calor, pero no del todo, por lo que aún queda suficiente para emborracharse. Por eso, cuando bebía ese líquido caliente en invierno la cabeza me daba vueltas.

—*Kogo pani szuka?* ("¿Estás buscando a alguien?")

Me volví y él me sonrió.

Extendió los brazos. Me levanté y nos abrazamos. Además me dio un beso en cada mejilla. Torpemente, hice lo mismo. No importaba cuánto me alegrara de ver a alguien, saludar con besos aún me resultaba extraño.

—*Mogę?* ('¿Puedo sentarme?') —preguntó señalando la silla a mi lado.

Sonreí y asentí.

—*Wiedziałem, że będzieś Czekałem* ('Sabía que vendrías. Te he estado esperando') —dijo.

•

Lo había conocido hacía mucho tiempo en esa misma plaza. Los veranos en Polonia son calurosos y húmedos. Yo estaba sentada a la sombra con una bebida fría en la mano. Mi vida me estaba volviendo loca. Quería escapar de mi ansiedad, aunque fuese por un rato.

La plaza estaba llena de gente, pero la mayoría de las voces que me llegaban hablaban en inglés o en alemán en vez de en polaco. Se trataba de una ciudad turística. Nueve de cada diez personas sentadas a los pies de la estatua del centro de la plaza eran extranjeras. Yo era una de estas personas y, al igual que el resto, estaba sentada en la terraza de una cafetería mirando la luz del sol que calentaba los adoquines.

Entonces vi a un anciano.

La primera vez no noté nada especial. Como he dicho, la plaza estaba llena de gente y había muchos extranjeros tomando fotos, bebiendo cerveza, hablando por teléfono y charlando entre ellos. Algunos se movían despacio, otros estaban parados y otros caminaban con prisas. Había gente con perros y gente con niños. No habría sido fácil detectar el comportamiento inusual de una persona entre esa multitud.

Pero la razón principal por la que le presté atención al anciano fue porque caminaba con una cojera muy pronunciada. Otra razón fue que a pesar de ello se movía con una agilidad asombrosa.

La tercera razón por la que seguí observándolo fue que solo caminaba hacia una dirección. Tengo que explicar esto un poco más.

La plaza era casi cuadrada y en su centro se erguía la estatua de un venerado poeta romántico polaco. La razón por la que digo que «casi» era cuadrada es porque, aunque los cuatro lados de la plaza daban a calles, también había pequeños callejones que irradiaban desde el centro. Era una típica plaza de ciudad europea con la cara norte, el lado hacia el que miraba la estatua del poeta, llena de tiendas de suvenires, y la oeste, un poco alejada de la estatua del poeta, con una torre del reloj. Los lados este y sur de la plaza estaban ocupados por las terrazas de las cafeterías, pubs y restaurantes. Yo estaba sentada de espaldas a la estatua del poeta, mirando hacia el sur.

El anciano apareció por mi izquierda y caminó hacia mi derecha. Cojeando a una velocidad sorprendentemente rápida, cruzó la calle principal y desapareció por un callejón. Luego, menos de cinco minutos después, reapareció exactamente por el mismo lugar a mi izquierda. Con la boca firmemente cerrada, mordiéndose levemente el labio inferior, y los ojos muy abiertos, el rostro congelado en una expresión desesperada, se desplazó diligentemente del este al oeste de la plaza en línea recta.

La plaza era amplia. Al anciano habría tardado entre quince y veinte minutos en atravesar el lado sur de la plaza con su pierna mala y su andar tambaleante. Incluso si hubiera tomado un atajo que yo no conocía, debería haber tardado al menos veinte minutos en dar la vuelta a la plaza, si había tardado veinte minutos en llegar a callejón. Sin embargo, el anciano había desaparecido y reaparecido en apenas cinco minutos en el mismo sitio. Y cojeaba a lo largo del mismo tramo a una velocidad terrorífica. Una y otra vez en la misma dirección.

—*Pani teżwidzi?* ('¿También lo estás viendo?') —Volví la vista sorprendida. El hombre que estaba de pie con el sol a la espalda me parecía un gigante desde donde yo estaba sentada.

—*Mogę?* ('¿Puedo sentarme?')

El hombre estaba señalando la silla que tenía al lado. Acerté a asentir con la cabeza. Sinceramente, ya estaba bastante des-

concertada con el anciano para que ahora apareciera ese gigante como por ensalmo, y me quedé muda.

El hombre se sentó a mi lado.

Durante la hora siguiente no intercambiamos una palabra y observamos al anciano. Y el anciano, al parecer impermeable al cansancio, siguió renqueando y renqueando en la misma dirección que antes.

Allí sentados, el hombre alto y yo descubrimos algo nuevo del anciano al que observábamos. Era pleno verano, pero el anciano llevaba pantalones largos negros y una cazadora militar con un suéter debajo, y a pesar del sol, que le daba de lleno, no mostraba signos de cansancio ni de calor. Desde donde estaba yo no podía saber si estaba sudando, pero al menos no hizo ningún movimiento para secarse el sudor. Por mucho que lo observase, no lograba averiguar adónde quería llegar ni cómo se las arreglaba para volver a pasar por el mismo sitio tan rápido.

—*Przypomina mi o dziadku.* ('Me recuerda a mi abuelo') —murmuró el hombre que tenía al lado.

Yo volví la mirada hacia él.

—*He reminds me of my grandfather* —repitió en inglés.

La mayoría de los polacos no esperan que los extranjeros entiendan su idioma. Como no sabía quién era, ni por qué me dirigía la palabra, ni entendía la situación ni quién era el anciano, decidí dejarlo correr. Así que no contesté.

Al hombre no pareció importarle.

—*He was lost, my grandfather. Just like him* ('Mi abuelo estaba perdido. Igual que él') —me dijo.

Automáticamente busqué al anciano al que el hombre estaba señalando.

El anciano ya no estaba. Fue inquietante. Miré hacia el lugar del que venía y también hacia el que se iba, pero no estaba por ninguna parte.

—*Wróci. Zawsze wraca* ('Volverá. Siempre vuelve') —murmuró el hombre.

Entonces el hombre se levantó, me saludó con la cabeza y se marchó.

*

La próxima vez me lo encontré en la biblioteca.

Por entonces yo estaba terminando mis estudios de posgrado y estaba en Polonia con la intención de escribir mi tesina. Había conseguido una subvención de mi universidad, pero el dinero no me alcanzó ni para el billete de avión. Tuve que pagar de mi bolsillo los gastos de alojamiento, el pasaje del autobús e incluso las fotocopias de los libros de la biblioteca. Y para colmo no estaba segura de que todo ese gasto serviría para algo. Aun así, quería terminar lo que había empezado y la manera más inmediata y tangible de lograrlo era tomando prestados libros de la biblioteca.

Como muchas bibliotecas en Europa del Este, la biblioteca universitaria que había visitado ese día tenía los libros en vitrinas cerradas. En otras palabras, debía encontrar la signatura de cada libro, rellenar una ficha y pedir al bibliotecario que fuese a buscarlo. Así que rellené las solicitudes y cuando fui al mostrador para entregárselas al bibliotecario resultó que era el hombre de la plaza.

Ni él ni yo dijimos nada. El hombre recogió mis solicitudes, las ojeó un momento y me pidió que volviese un par de horas más tarde. Asentí y volví a mi sitio a buscar más bibliografía.

Dos horas después regresé al mostrador, el hombre me tendió una pila de libros y dijo:

–*Więc pani mówi po polsku?* ('¿Hablas polaco?')

–*Tak*. ('Sí.')

Era una pregunta que me habían hecho muchas veces. Respondí de forma escueta. El hombre miró mi pila de libros y me hizo otra pregunta:

–*Druga wojna światowa?* ('¿La Segunda Guerra Mundial?')

No pude responderle. Acababa de recoger los libros y estaba tratando de mantener el equilibrio, presionando la parte superior de la pila con la barbilla. El hombre dejó de hacerme preguntas. Así que, abrazando los libros, me giré con cuidado y volví a mi sitio.

Fue porque eras capaz de ver al anciano y también porque estabas investigando sobre la Segunda Guerra Mundial, me contó más tarde. Yo ya me lo había imaginado. Posiblemente también había algo de curiosidad racial, pero no se lo pregunté. En cualquier caso, durante el día leía y al caer la tarde iba a la plaza a cenar algo ligero mientras observaba a la gente. En aquella época los precios en Polonia eran muy bajos y podía permitirme una comida incluso en el centro turístico de la ciudad, siempre que me limitara a las cafeterías al aire libre y no fuese a restaurantes. Así que me compraba una gaseosa y un bocadillo y me sentaba a ver pasar a la gente y las calesas para turistas mientras intentaba no pensar en el futuro. No creía que fuese a tener un futuro prometedor. Ni siquiera estaba segura de si sería capaz de ganarme la vida. Por eso, sentía que el pasado siempre había sido mejor que el presente y que el ahora era mejor que los días que estaban por llegar. Sabía que cuando regresase echaría de menos estar sentada tranquilamente en la plaza y disfrutando de la puesta de sol. Por eso intentaba disfrutar al máximo del momento.

Tras terminar mi jornada en la biblioteca me dirigí a la plaza y estaba buscando un sitio libre en una de las terrazas cuando apareció el hombre alto.

—*Piwo?* ('¿Una cerveza?') —preguntó de forma escueta.

Tras un instante de vacilación asentí.

A partir de ese momento, cada vez que salía de la biblioteca y me dirigía a la plaza él se me acercaba al poco rato. En los días en que yo no iba a la biblioteca el hombre me esperaba en la plaza. Mientras cenábamos algo sencillo el solía beber cerveza y yo café o gaseosa.

No volví a ver al anciano.

—*Kiedyś wróci tu* ('Algún día volverá') —dijo él.

Me reí.

—Ese es el título de un manual para aprender polaco que publica una universidad de aquí.

—Lo sé —respondió él sonriendo.

En realidad, el título era *Kiedyś wrócisz tu* ('Algún día volverás aquí'). Yo no creía que fuese a volver algún día. Por mucho que me encantara ese lugar la vida no da tales oportunidades a menudo y yo no podía seguir flotando entre la realidad y la irrealidad para siempre.

Probablemente por esa razón, cuando me propuso ir a su apartamento acepté.

Si pudiera pedir un deseo
no sabría qué decir,
qué debería desear,
malos tiempos o buenos tiempos…

Me pidió que lo atase. Las herramientas, los métodos y las posturas diferían ligeramente cada vez, pero me explicaba con mucho detalle sus necesidades.

No tenía intención de atarme a mí, solo me pedía que lo atase, y parecía tratarse de algo muy importante para él, así que cumplí su deseo sin hacerle preguntas. Por supuesto, era la primera vez en la vida que ataba a alguien. Me costaba hacer nudos. Con pa-

ciencia, él me explicó lo que quería una y otra vez y me agradeció que lo atara meticulosamente justo de la forma que él deseaba.

Más que un fetiche parecía tratarse de una obsesión. Parecía tener un guion fijo para todo, de principio a fin. Solo cuando él y la otra persona (es decir, yo) seguían ese guion con precisión parecía encontrar alivio. Pero si algo se salía del guion, se ponía muy ansioso e insistía repetidamente en que lo corrigiera hasta que encajaba exactamente con lo que tenía en la cabeza. Sin embargo, ese guion era solo suyo, y el problema era que al principio yo no lo conocía.

En apariencia yo era la que ataba y él era el atado, pero en realidad él era quien me daba las órdenes y yo la que intentaba seguirlas al pie de la letra. No parecía ser consciente de estar siguiendo un guion imaginario. Utilizaba palabras como «correcto» o «erróneo» para describir mis acciones, aunque objetivamente la forma en la que atas a tu amante a la cama no puede ser correcta o errónea. Era difícil para mí porque no entendía su criterio subjetivo a la hora de determinar qué estaba bien y qué estaba mal. Él repetía con paciencia o intentaba usar palabras mas sencillas, pero eso solo hacía que me sintiese estúpida. No se enfadaba cuando hacía algo «erróneo», pero podía percibir que se ponía nervioso y eso me hacía sentir más estúpida e inútil.

—Lo siento.

Él se disculpaba cuando me veía frustrada.

—Sé que esto es desagradable. También sé que soy raro, por favor, ten paciencia conmigo.

Atarlo no me resultaba raro o desagradable. Sobre gustos no hay nada escrito, y si el suyo me hubiera parecido tan inaceptable no me habría quedado. No me desagradaba y por eso quería hacer lo mejor posible eso que parecía tan importante para él, y para ello necesitaba adivinar la escena general que había dibujado en su mente y su guion.

Tardé bastante tiempo en entender un poco el contexto. Su apartamento, para hablar en términos coreanos, era un «one-

room». Era pequeño y estrecho, pero tenía el techo muy alto y una claraboya por la que podían verse las estrellas. Mientras contemplaba mi cuerpo y el suyo atado reflejándose en los paneles de cristal sobre nosotros contra el oscuro cielo nocturno, murmuraba:

—Hermoso.

Yo asentía mecánicamente. Desde mi perspectiva todo era demasiado irreal para apreciarlo. Polonia, ese hombre atado y yo misma.

Entonces me habló de su abuelo.

*

Se había ido a vivir con su abuelo el verano en que cumplió diez años. Su abuelo había sobrevivido a los campos de concentración nazis. Los nazis no solo tenían «campos de exterminio» con sus cámaras de gas, sino que también dirigían campos de trabajo forzado para producir municiones y construir infraestructuras. Muchos polacos sin ascendencia judía acabaron en esos lugares. Al final de la guerra, cuando la mano de obra escaseaba, los alemanes deambulaban por las calles capturando a cualquiera que pudieran encontrar y los enviaban a las fábricas de municiones o a trabajar la tierra. Su abuelo era una de esas personas que habían apresado en las calles.

—Pero mi abuelo nunca me contó cómo era la vida en el campo de concentración. ¿No es extraño?

Él parecía realmente perplejo.

En lugar de eso, su abuelo tenía otras preocupaciones. Según su nieto, el único propósito en la vida del anciano podía resumirse en una palabra: «supervivencia».

El abuelo apenas salía de casa. Su vida consistía en practicar la manera de sobrevivir sin tener que salir de casa. Una vez se ponía el sol estaba terminantemente prohibido encender la luz, abrir las canillas para lavarse o hacer algún tipo de ruido. Ra-

cionaban el agua y la comida tanto como les era posible, razón por la cual su casa siempre estaba repleta de comida enlatada.

—Mis épocas favoritas eran la Semana Santa, las navidades y otras fiestas católicas, pues solo esos días comíamos platos que no estuvieras enlatados.

Su abuelo también limpiaba la casa y lavaba la ropa con frecuencia, así que la casa estaba muy bien ordenada y la ropa limpia. Sin embargo, siempre había una valija hecha junto a la puerta por si había que salir huyendo. Una parte crucial de su vida en común había consistido en revisar el contenido de esa valija, asegurándose de reemplazar la comida y las pilas de las linternas.

Durante mucho tiempo intentó comprender a su abuelo y seguir sus reglas lo mejor que pudo. Pero cuando cumplió quince años se rebeló contra él por primera vez. Un día de invierno su abuelo le prohibió salir con sus amigos después de que el sol se hubiera puesto. Su abuelo no pretendía obligar al chico a obedecerle porque sí, sino porque estaba muy ansioso y asustado. Cuando entendió esto, el chico no pudo soportar más la frustración y le habló con brusquedad.

—Le grité que la guerra había terminado hacía mucho, que el comunismo había muerto y que ahora todo el mundo era libre, así que a los chicos que salían a la calle después de las siete de la tarde no les pasaba nada.

—¿Qué te contestó?

—No dijo nada.

Su abuelo se había quedado mirándolo un buen rato, después se había dado la vuelta y se había ido a su habitación. Su mirada desorientada y sus hombros caídos hacían que pareciese haber envejecido diez años en un momento.

Desde entonces su abuelo dejó de comprar comida enlatada y de colocar la valija de emergencia junto a la puerta. Hasta el día en que él se graduó en la escuela secundaria, todo lo que

hacía su abuelo era sentarse y mirar fijamente una pantalla de televisión. Y murió frente a ese televisor.

–Cuando llegué a casa ya había dejado de respirar. Y a su lado había una versión joven de él. Más o menos de mi edad ahora, con el aspecto que tenía antes de que se lo llevaran al campo de concentración.

La versión joven de su abuelo miraba confundido alternativamente la cara de su yo mayor y la de su nieto. El nieto señaló lentamente la puerta. Cuando él asintió, la versión joven de su abuelo, todavía con la mirada confundida, abrió la puerta y se marchó. Su nieto se quedó observando por la ventana durante mucho tiempo cómo el alma de su abuelo caminaba por la calle, cruzaba la plaza soleada y desaparecía a lo lejos.

–El abuelo se pasó la vida aterrorizado por una guerra que había terminado hacía mucho tiempo, por un campo de concentración que había desaparecido hacía décadas. Solo después de su muerte pudo caminar de nuevo libremente por las calles –murmuró él.

–¿Quién era ese anciano que caminaba todo el rato por la plaza en la misma dirección? –aproveché para preguntarle.

–Seguramente alguien a quien dispararon durante la guerra. Lo he visto allí a menudo. Cruza la calle e intenta volver a casa por todos los medios, pero probablemente perdió demasiada sangre y murió en el intento.

–Me pregunto por qué no pueden dejar atrás esos tiempos terribles, tanto los vivos como los muertos.

–Probablemente por el trauma.

Si pudiera pedir un deseo
quisiera ser un poco más feliz,
si me volviera demasiado feliz,
extrañaría la tristeza...

A veces tarareaba aquella canción en voz baja. Le pregunté cuál era, pero me dijo que no lo sabía.

—Es una canción que solía cantar el abuelo. Seguramente de los tiempos de la guerra.

Mucho tiempo después la oí en una vieja película. Era sobre la Segunda Guerra Mundial y los campos de concentración nazis, y la protagonista alteraba ligeramente la letra de una canción de Marlene Dietrich.

Vida
amo la vida
No sé lo que quiero
pero aún espero mucho.

En la película la protagonista está presa en un campo de concentración y seduce a un oficial nazi para salvar su vida cantando esa canción mientras sonríe semidesnuda. Una canción que habla sobre una vida destruida, y ese no saber lo que uno quiere pero a pesar de todo amar la vida: la letra resucitó a mi olvidado amigo, y los pensamientos sobre él persistieron durante mucho tiempo.

*

El verano fue corto y tuve que regresar. Cuando me quedaban solo unos días le pregunté:

—¿Qué tristeza echas de menos para querer que te aten?

Pareció desconcertado, y antes de responder vaciló unos instantes.

—Es la primera vez que me lo preguntan.

—¿Eres feliz cuando estás atado?

—No —respondió de inmediato, y, después de pensarlo un poco, añadió—. Me siento más seguro.

—¿Por qué?

Siempre me pedía que lo atase lo más fuerte que pudiera. No había duda de que le dolía cuando lo hacía y una vez lo desataba tenía ronchas rojas por todo el cuerpo. Aunque yo fuese una mujer y él un hombre, aunque fuese su amante, me costaba creer que unos nudos tan apretados le hicieran sentirse seguro.

Despacio susurró:

—Siento que me están dando permiso para estar vivo.

La respuesta resultó tan desgarradora que hizo que lo atase con todas mis fuerzas.

•

La siguiente vez que nos vimos seguía en el mismo apartamento. Había pasado mucho tiempo y no lo recordaba muy bien, pero su apartamento parecía más vacío y deprimente que antes.

—Pensé que ya te habrías casado.

—Estuve a punto.

—¿Por qué no lo hiciste?

—Ella no quería atarme —respondió.

Yo asentí.

—¿Y tú? ¿Por qué no te has casado?

—Tengo deudas.

Después de pensarlo un poco, le di la respuesta más sencilla que encontré.

—Mi madre tomó dinero prestado a mi nombre.

Todavía seguía haciéndolo, pero no podía explicárselo con detalle porque no sabía cómo decir «falsificación de documentos oficiales» en polaco.

Él asintió como si hubiera entendido y no hizo más preguntas. Me gustaba eso de él.

—¿El anciano sigue en la plaza?

—Seguramente. Últimamente no lo he visto porque suele vérsele en verano.

El anciano que cruzaba la plaza de este a oeste todo el rato es el único fantasma que he visto nunca. Ni antes ni después de aquello he visto otros fantasmas en Corea ni en ningún otro país a excepción de ese anciano. Hasta ahora.

–¿En serio? –se sorprendió él cuando se lo dije–. Como no pareciste darle importancia pensé que los veías todo el tiempo.

Él veía cosas que otros no podían desde que tenía cuatro años. No solamente personas que habían fallecido, sino también gatos, perros, caballos y otros animales. Dijo que como de pequeño no entendía lo que significaba la muerte, le parecía divertido ver a aquellas personas y animales semitransparentes flotando a través de los objetos circundantes.

Como la mayoría de los polacos, sus padres eran católicos. Cuando empezó a describir los animales muertos que veía, su madre pensó que tenía una imaginación hiperactiva, pero cuando le detalló cómo eran las personas justo antes de morir se asustó muchísimo. Rezó, lo consultó con un sacerdote y se pasó la mayor parte del día con él en la iglesia, pero no sirvió de nada. Incluso en la iglesia podía ver al sacerdote que había muerto hacía dos años o a la persona que habían enterrado la semana anterior. Su madre se lo llevó a casa y dejó de darle de comer. Cada vez que se quejaba de hambre le golpeaba.

Las palizas surtieron efecto instantáneo y él dejó de hablar de las personas y animales muertos que veía, pero el hambre tuvo el efecto contrario porque aguzaba su sensibilidad. Especialmente cuando se acostaba con el estómago vacío, hablaba con los muertos mientras dormía o caminaba sonámbulo con los muertos en plena noche. Aquello aterraba a su madre, que le prohibía comer y lo encerraba todo el día en casa golpeándolo sin piedad. Su madre siempre lloraba mientras le pegaba, y justo después se ponía a rezar entre sollozos. Sabía que su madre tampoco comía ni dormía y se pasaba el día encerrada con él, y por las noches lloraba y rezaba entre susurros, así que cuanto más le pegaba más culpable se sentía él. Cuando tenía once años murió el tío de su madre, es decir, el hermano de su abuela. Al regresar del

funeral él se despidió de su madre con la voz del hermano de su abuela, al que nunca había conocido en vida. Debido a eso su madre se pasó varios días rezando sin comer hasta que perdió el conocimiento e ingresó en el hospital. Entonces decidieron enviarlo a vivir a esta ciudad con su abuelo. Así fue como me enteré de que no había nacido en esa ciudad sureña sino en los suburbios de Varsovia.

—Entonces, ¿tu madre sigue viviendo en Varsovia?

—Supongo que sí. No volví a verla desde que me mandaron a vivir con mi abuelo excepto por un breve momento el día de mi graduación en el instituto. Desde entonces no he vuelto a tener ningún contacto con ella.

—¿Y tu padre? —pregunté.

Él nunca hablaba de su padre. Su desconcierto era tan evidente que me disculpé.

—Oh, lo siento...

—No, no es eso. Mi padre es... ¿cómo lo diría?... —Frunció el ceño—. Era una persona... insegura. ¿Sabes a qué me refiero?

No tenía ni idea, así que esperé a que continuara.

—Cuando estaba con mi madre o mi abuelo el propósito de mi existencia era claro. ¿Entiendes lo que quiero decir? El objetivo del abuelo era sobrevivir utilizando lo que aprendió en la guerra, así que siempre tenía algo que hacer. Revisar la valija de emergencia, el agua, las pilas y las latas de conservas. Y por la noche apagar las luces y no hacer ruido. Cuando el sol salía al día siguiente tenía la sensación de haber sobrevivido para ver otro día. En el caso de mi madre...

Se interrumpió sumido en sus pensamientos.

—Con mi madre las cosas estaban mal, pero porque yo era malo y la hacía sufrir, así que mi objetivo en la vida era no ser malo. Cuando decía algo malo mi madre lloraba, no comía, rezaba, me ataba a la cama y me golpeaba, a veces me dejaba atado toda la noche para que no me fuese a caminar con los muertos. Así que mi propósito era no ser malo, pero mi padre...

Frunció el ceño de nuevo.

—Bueno, mi padre es el hijo de mi abuelo, aunque no podían ser más diferentes. No sé para qué vivía. No parecía feliz ni nada. Siempre estaba haciendo algo sin sentido mientras tenía la cabeza en otra parte.

Se quedó pensando por un instante más y añadió:

—No sé nada sobre mi padre. No estamos en contacto.

Finalmente pude comprender la terrorífica y brutal claridad de lo que él consideraba significativo. La desesperación y el terror de que tu vida y el futuro por venir dependieran de un solo instante. También entendí cómo, en una situación en la que había una sola persona que podía matarte pero también salvarte, todos tus instintos de supervivencia se concentraran en satisfacer a esa persona. Una vez experimentas un trauma terrible y entiendes el mundo desde una perspectiva extrema, es difícil superar esa perspectiva. Porque tu propia supervivencia depende de ello.

Los padres que destruyen las vidas de sus hijos, que succionan el futuro de sus hijos, no solo para mantener sus propios fantasmas sino también para expandirlos celosamente en la vida de sus hijos, tales padres casi pueden entenderse desde la perspectiva de la obsesión. Tras las palabras «da las gracias porque te he criado» están implícitas «en lugar de haberte matado o abandonado a tu suerte». Y quizá sean palabras sinceras. Al igual que los supervivientes de la Segunda Guerra Mundial, mis padres y la generación de sus padres, que sobrevivieron a la Guerra de Corea, nunca se propusieron vivir una vida humana sino mantener el instinto de supervivencia de un animal.

A pesar de ello, entender y perdonar son cosas completamente diferentes.

—¿Vas a atarme? —susurró.

Yo asentí.

–¿Te marcharás antes de que amanezca? –pregunté.
–No lo sé. ¿Qué vas a hacer después de que me vaya?
No pude responderle. Él me preguntó de nuevo:
–¿Regresarás a tu país?
–No. No pienso volver nunca. –Mi propia respuesta me sorprendió.
–Entonces me quedaré aquí contigo –dijo él con tranquilidad.
–Gracias –susurré.

Cuando me levanté a la mañana siguiente él se había marchado. Abrí la puerta del baño. Tenía los ojos cerrados y colgaba del radiador por el cuello, justo igual que cuando murió.
Lo toqué ligeramente y abrió los ojos.
–¿Quieres que te desate? –pregunté.
No podía responder con la cuerda apretándole la garganta, así que solo parpadeó.
Mientras desataba la cuerda que rodeaba su cuello canté con desgana al unísono con él

Si pudiera pedir un deseo
no sabría qué decir,
qué debería desear,
malos tiempos o buenos tiempos.

Ya no esperaba que vinieran buenos tiempos, pero tampoco quería desear los malos. Estaba esperando algo, pero no sabía muy bien qué esperar. No había futuro. Todas nuestras habilidades de supervivencia quedaron atrapadas en el pasado.
Algunas personas viven atrapadas en un momento traumático del pasado que hizo aflorar sus instintos de supervivencia de forma lúcida. Así que repiten sin cesar ese momento singular en el que estaban más seguros de estar vivos. Ese momento es breve, pero mucho después de que haya pasado, los buenos y malos

tiempos siguen escapando como arena entre sus dedos mientras repiten y confirman su supervivencia en vano. Aquellos que ignoran que sus vidas se escapan mientras permanecen atrapados en el pasado (ya sea él, su abuelo, su madre o yo) somos al final, vivos o muertos, fantasmas del pasado.

Si pudiera pedir un deseo
quisiera ser un poco más feliz,
si me volviera demasiado feliz,
extrañaría la tristeza.

Le desaté el cuello y las muñecas.

—¿Cómo narices te hiciste eso? ¿Cómo pudiste atarte las manos y colgarte solo? —le pregunto maravillada.

—Estuve pensando en esto durante mucho tiempo.

Él parecía un poco orgulloso de sí mismo.

—Tenía que hacerlo solo porque si algo salía mal y no me moría, iba a sufrir mucho.

Lo abracé fuerte. Lo imaginé solo en ese apartamento vacío meditando durante mucho tiempo sobre la forma más eficaz de ahorcarse.

—Está bien. Gracias —me dijo.

Entonces se marchó y me quedé sola en aquel baño vacío.

Nadie nos preguntó cuando todavía no teníamos nombre
si queríamos vivir o no.
Ahora vago sola por la gran ciudad
mirando a través de puertas y ventanas
esperando y esperando algo…

Ya no me quedaba nada que esperar.

Pero allí me quedé, en su baño, esperando a que alguien me encontrase milagrosamente y me liberase de mis ataduras a esta vida.

Este libro ha sido publicado con el apoyo del Literature Translation Institute of Korea (LTI Korea)

La edición original coreana se publicó con el título 저주 토끼

Gran Via Carles III, 94 - 08028 Barcelona
www.alphadecay.org

Primera edición: octubre 2023
Primera edición en Argentina: noviembre de 2023
Segunda edición en Argentina: abril de 2024

Edición coordinada por Julia Echevarría

Corrección de pruebas: Brenda Algozino

Maquetación del interior: Robert Juan-Cantavella
Maquetación de la cubierta y la faja: Sergi Gòdia
Impresión: Imprenta Kadmos

BIC: FA
ISBN: 978-84-126457-8-5
Impreso en Argentina

Las diez historias que componen este libro plantean un escenario espeluznante en el que lo sobrenatural irrumpe en la vida cotidiana y se apodera del espacio doméstico.

En el primer relato, una lámpara con forma de conejo trae la desgracia a toda persona que la posee. En otro, una mujer se ve atormentada a diario por una extraña criatura que surge del inodoro. Unas píldoras anticonceptivas que embarazan; un robot que despierta sentimientos en su creadora; reyes, princesas y monstruos, fantasmas, cicatrices y todo tipo de maldiciones llenan las páginas de esta colección de género inclasificable, a medio camino entre el realismo mágico y el terror; la ciencia ficción y la literatura del absurdo.

La autora coreana Bora Chung utiliza elementos fantásticos y surrealistas para desgranar los efectos del patriarcado y el capitalismo en la sociedad moderna, más concretamente sobre las mujeres y su papel en el mundo actual. Valiéndose de lo ilógico y lo escalofriante, y recogiendo elementos de las leyendas tradicionales de Corea, estos relatos deslizan, a modo de fábula siniestra, una cruel enseñanza sobre la oscuridad de la naturaleza humana. Publicada por primera vez en castellano, Bora Chung se erige como una nueva voz de la narrativa fantástica que expande los límites de cualquier género con una personalidad arrolladora.

«La obra de Chung puede definirse como una amalgama fascinante de historias absurdas, irreales, que emanan de la ciencia ficción, el terror y la fantasía. En un sentido extraño, son cuentos adictivos que provocan ansiedad en los lectores, que siempre quieren saber lo que va a pasar, pero a la vez tienen miedo de llegar al final». *The Korea Times*

«Las historias de *Conejo maldito* mezclan elementos de terror, fantasía y surrealismo, y cada una está visceralmente arraigada en los miedos reales y las presiones de la vida cotidiana». Justificación del jurado del International Booker Prize

«Aterrador, fantástico y extrañamente divertido... un terror que tiende a lo absurdo y con una marcada inclinación feminista». *PEN America*

«En las diez historias escalofriantes que componen este libro proliferan los fetiches espeluznantes y los deshechos humanos como metáforas de la condición femenina.» VIOLET KUPERSMITH, *The New York Times*

Traducción de Álvaro Trigo Maldonado